

LA CONSTITUCIÓN INCONCLUSA

CHILE EN LA INCERTIDUMBRE

TESTIMONIO DE DIEZ CANDIDATOS
AL CONSEJO CONSTITUCIONAL

Sergio Bitar (editor)

Guillermo Ceroni | Carmen Frei | Jorge Insunza
Miguel Littin | Marco Antonio Núñez | Ricardo Núñez
Juan Sutil | Salvador Urrutia | Andrés Zaldívar

Ariadna
ediciones

LA CONSTITUCIÓN INCONCLUSA

CHILE EN LA INCERTIDUMBRE

TESTIMONIO DE DIEZ CANDIDATOS
AL **CONSEJO CONSTITUCIONAL**

Sergio Bitar (editor)

Guillermo Ceroni | Carmen Frei | Jorge Insunza
Miguel Littin | Marco Antonio Núñez | Ricardo Núñez
Juan Sutil | Salvador Urrutia | Andrés Zaldívar

Ariadna
ediciones

Santiago de Chile, septiembre 2024
Primera edición
ISBN: 978-956-6276-37-1

Gestión editorial: Ariadna Ediciones
<http://ariadnaediciones.cl/>
<https://doi.org/10.26448/ae9789566276371.114>

Portada, diseño y diagramación: Matías Villa Juica.
Edición de textos: Francisco Dagnino

Obra bajo Licencia Creative Commons



Ariadna Ediciones postula y/o indexa su producción en Repositorio ANID (solo proyectos con folios FONDECYT u otras agencias de financiamiento chilenas), Book Citation Index (sólo en inglés), ProQuest, OAPEN, ZENODO, HAL Archives Ouvertes, DOAB, Digital Library of the Commons, SSOAR, Open Library (Internet Archive) Catalogue du Système Universitaire de Documentation (SUDOC, Francia); UBL (Universidad de Leipzig).

Impreso en Talleres Gráficos LOM.

Índice

Prólogo	7
Mi desconcertante campaña al Consejo Constitucional: Lecciones para el futuro. Sergio Bitar	11
Por qué acepté ser candidato a consejero constitucional. Guillermo Ceroni	25
Reflexiones sobre el estado de nuestra democracia a partir de los fallidos procesos constitucionales. Carmen Frei	35
La caída del momento constituyente: escenas y reflexiones. Jorge Insunza	45
La lección electoral: la Constitución en las calles. Miguel Littin	65
El Socialismo Democrático: desafíos electorales y alternativas de futuro. Marco Antonio Núñez	77
Mi reencuentro con Atacama. Ricardo Núñez	89
Por las calles de mi querida Región de O'Higgins Juan Sutil	105
Lo que vi, viví y aprendí en esta campaña constitucional. Salvador Urrutia	125
¿Por qué y para qué acepté ser candidato? Andrés Zaldívar	141

Prólogo

En mayo de 2023 tuvo lugar la primera elección de candidatos con voto obligatorio e inscripción automática de la historia de Chile, precedida de una campaña especial y única. Los resultados electorales sorprendieron al país y, aún más, a los postulantes que participaron en ella. Era un momento álgido para el futuro: el segundo intento de acordar una nueva Constitución surgida de la voluntad popular en democracia. Después de 50 años del golpe militar, y en un momento nacional y mundial de conflictos e incertidumbre, Chile buscaba concordar un nuevo pacto social que nos encaminara al futuro. Pero el fracaso de este proceso comprometió seriamente el desarrollo de la nación. La tarea quedó inconclusa.

La sociedad chilena había cambiado. Las campañas son instantes en que las y los candidatos toman conciencia de esas transformaciones, de los cambios de comportamiento, aspiraciones, realidades y emociones de la ciudadanía, factores que obligan a repensar el rumbo. Los testimonios de 10 destacados postulantes al Consejo Constitucional que contiene este libro revelan vivencias y situaciones que sorprenden por la magnitud de los cambios que ellos observaron en los territorios, y que muestran los nuevos riesgos y oportunidades por los cuales atraviesa el nuevo Chile que palparon, iluminando lo que viene, y proponen ideas para evitar un deterioro de la calidad de la democracia.

Los 10 son personas de larga trayectoria y experiencia de servicio público, y a lo largo de sus vidas han dado prueba de su compromiso con el país y su futuro. Cuatro fueron senadores y cuatro han sido diputados; uno es un connotado director de cine

y exalcalde, y otro un destacado dirigente empresarial; varios de ellos fueron ministros y todos hablan desde las nueve regiones del país por las que postularon.

De los 10, sólo uno llegó al Consejo Constitucional y, siendo el mayor, debió ejercer como presidente de la ceremonia de inauguración de la instancia; otros dos ganaron, pero fueron reemplazados por mujeres para cumplir el criterio de paridad. Los otros siete perdieron. No obstante, todos expresan sentirse satisfechos de haber participado, sin atisbo alguno de arrepentimiento.

Sus palabras denotan sabiduría. Todos se la jugaron por convicción, en la calle, entre la gente, varios al final de su vida política y lejos de ambiciones personales. A su edad, la mayoría efectuó un esfuerzo personal enorme, como asoma de sus relatos, a veces con emoción. Sabían que era un paso esencial para Chile en un periodo de cambios mundiales y nacionales, y que, por lo mismo, requería de un nuevo horizonte de acuerdos para un futuro compartido.

Si bien esta elección de los consejeros constitucionales fue distinta de todas las otras elecciones, tal excepcionalidad no le resta trascendencia para constatar lo fundamental: la desconexión entre la política y el sentir ciudadano, así como el desprestigio de los políticos y de los partidos, y el desconocimiento y la volatilidad del comportamiento electoral. Las experiencias relatadas por todos develan una constatación común: la primacía de los temas de seguridad por sobre el tema constitucional. La inseguridad era una amenaza diaria, mientras la Constitución era una compleja construcción jurídica que para la mayoría resultaba ininteligible y desconectada de la vida cotidiana.

Los riesgos y desafíos para la democracia chilena son altos, y seguirán presentes si no se convienen las formas de superar el estancamiento constitucional.

El desafío constitucional sigue pendiente

¿Cómo llegamos a este punto y qué consecuencias podrían derivarse de este desenlace? Es indispensable explicar el contexto histórico en que tuvo lugar la elección del 7 de mayo de 2023. Todo partió con el llamado estallido social de octubre de 2019. Su intensidad e imprevisibilidad generó asombro, estupor y desconcierto en todo el arco del sistema político, creando incluso temor en algunos de quiebre de la institucionalidad democrática.

La masividad de la manifestación pacífica legítima y su coincidencia con una inusitada violencia, desatada por grupos anarquistas y organizaciones criminales, eran hechos inéditos e intempestivos que tornaban muy compleja cualquiera interpretación.

No podía tolerarse tal deriva ni reprimirse sin medida. Entonces, el sistema político chileno tuvo la capacidad de reaccionar para desactivar la crisis, y encontrar una forma de canalizar institucionalmente el conflicto. En sólo horas, los partidos en el Parlamento acordaron la realización de un plebiscito para consultar al pueblo su voluntad de elaborar una nueva Constitución y la modalidad de hacerla. Así, se aprobó velozmente una reforma constitucional que agregó un artículo para prescribir la forma de modificar la Constitución entera. El plebiscito de octubre de 2020 validó ese derrotero con casi un 80% de respaldo electoral.

La Convención Constitucional elegida en 2021 nació con la esperanza de satisfacer ese sueño abrigado por tantos años, pero lamentablemente no supo estructurar consensos amplios sobre las reformas. Sus miembros elegidos fueron incapaces de concitar entendimientos básicos para convivir, prevaleciendo la mirada identitaria por sobre la colectiva, a ratos con fanatismo y pugnacidad. Su propuesta refundacional fue derrotada por el 62% de los votos en el plebiscito de septiembre de 2022, con una participación histórica debido a la reposición de la obligatoriedad del sufragio.

Tras ese fracaso, el Congreso se vio nuevamente conminado a buscar un camino para superar el impasse, y acordó reali-

zar un segundo proceso constitucional, modificando de manera importante algunas normas para impedir las posibles causas del fracaso anterior. Se llamó entonces a la elección de un nuevo Consejo Constitucional de 50 miembros, Consejo que recibiría, al comenzar su misión, la propuesta de texto constitucional elaborado por los expertos, respaldada por todo el arco de partidos, muy diferente a la llamada hoja en blanco que primó en el primer intento. Ello despertó la esperanza de la gran mayoría. No obstante los resguardos tomados por el Congreso, el Consejo Constitucional elegido el 7 de mayo de 2023 fue dominado esta vez por 22 miembros de derecha dura e intransigente que modificaron el texto consensuado transversalmente, rompiendo el acuerdo de los partidos políticos. Su propuesta fue rechazada en el plebiscito del 17 de diciembre de 2023 por el 55,8% de los votos. El proceso institucional chileno fracasó por segunda vez y la nueva Constitución quedó inconclusa.

En sus reflexiones, los autores de este libro sugieren algunas de las posibles causas de este resultado decepcionante. Las nuevas constituciones, en la mayoría de los países, se han implantado después de grandes crisis, guerras, luchas por la independencia de potencias coloniales, derrocamientos o fin de dictaduras, hitos históricos para un cambio constitucional. En Chile, la ciudadanía rechazó dos propuestas constitucionales en sendos plebiscitos, estimando que no existía un gran acuerdo nacional suficiente. Es un hecho sin precedentes.

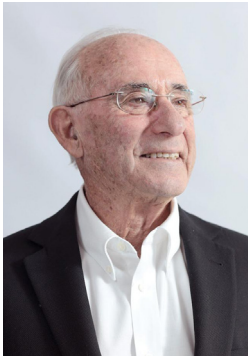
¿Qué fue lo que falló?, ¿acaso, en medio de la dispersión política, la multiplicidad y superposición de crisis distintas, no era el momento histórico?, ¿o bien los procedimientos diseñados no eran los conducentes?

El desafío sigue pendiente, y es necesario que el lector disponga de estos antecedentes para reflexionar sobre las circunstancias y causas del intento fallido y también sobre las maneras de superarlo. La Constitución quedó inconclusa y su futuro es tarea de todos.

Sergio Bitar

Sergio Bitar

Mi desconcertante campaña al Consejo Constitucional: Lecciones para el futuro



Sergio Bitar nació en Santiago en diciembre de 1940. Ingeniero civil de la Universidad de Chile, y postgrados en Planificación, en París, y en Economía en la Universidad de Harvard. Ministro de Minería de Salvador Allende y, tras el golpe de Estado de 1973, preso político en Isla Dawson y obligado a 10 años exilio en Estados Unidos y Venezuela. En 1985 regresó al país y se integró activamente a la oposición a la dictadura militar, ejerciendo como vicepresidente del periódico de oposición

Fortín Mapocho; como dirigente de la Izquierda Cristiana ayudó al nacimiento del Partido Por la Democracia, colectividad que ha presidido en tres oportunidades. Fue senador por la antigua región de Tarapacá entre 1994 y 2002. Entre 2003 y 2006 fue ministro de Educación de Ricardo Lagos; y entre 2008 y 2010 ejerció como ministro de Obras Públicas de Michelle Bachelet. Entre sus múltiples actividades, fue miembro del Consejo Superior de las Universidades de Chile, Católica de Temuco, de Santiago y Mayor; y miembro del Advisory Board de IDEA Internacional (Estocolmo, 2015-21). Es integrante del Diálogo Interamericano (Washington); fundador y presidente de la Corporación Museo del Salitre; presidente Consejo Chileno de Prospectiva y Estrategia; integrante del Consejo de Políticas de Infraestructura; y del directorio de la Fundación Chile 21. Autor y editor, entre otros libros, de Dawson Isla 10 y Transiciones Democráticas.

Por qué decidí competir

Muchas personas me han preguntado por qué decidí involucrarme en una campaña por una nueva Constitución, a esta edad y luego de una prolongada carrera política. Sabía que era probable que, con apenas tres meses de campaña y en un pacto levantado a última hora, que incluyó al PPD, al PDC y al PR, las preferencias me serían esquivas.

Mi razón es que estaba convencido de que era esencial una Constitución que lograra una amplia mayoría para concordar un nuevo pacto social de futuro. La vigente, a pesar de las importantes enmiendas realizadas desde 1990, no está a la altura de los nuevos desafíos. Para mí era relevante mostrar un camino sustentado en los valores de la socialdemocracia, solidaridad y dignidad, libertad y derechos humanos, diversidad y mayor igualdad. Consideré que tenía la obligación moral y política de entregar mis energías y culminar mi vida electoral con esta, mi última campaña. Hoy me siento satisfecho de haber hecho el esfuerzo. Tengo la conciencia tranquila.

Partimos con entusiasmo y confianza de lograr buenos resultados

Partimos con entusiasmo. No escatimamos esfuerzos para llegar con nuestro mensaje de optimismo y responsabilidad. Con mi esposa alquilamos un departamento para vivir, oficinas para el trabajo y armamos un equipo de primera. Hicimos una buena campaña, escuchamos las prioridades de la gente y precisamos los ejes principales de nuestro relato y mensajes. Nos dirigimos a conversar con organizaciones de trabajadores, deportivas, adultos mayores, ferias libres, iglesias, pastores evangélicos y católicos, con profesores, comerciantes y toda la comunidad. Con mi jefe de campaña, un iquiqueño talentoso y alcalde por cuatro veces en San Joaquín con altísima votación, Sergio Echeverría, nos la jugamos en la calle, organizamos eventos, des-

plegamos palomas, repartimos volantes y elaboramos mensajes radiales. Pusimos a prueba toda nuestra capacidad; empleamos intensamente las plataformas digitales, las radios, los videos y las visitas.

Mi mensaje fue que Chile necesitaba un amplio acuerdo, y que yo trabajaría por la convergencia de voluntades para superar la polarización y el fracaso del intento constitucional anterior. Me propuse atraer los votos de una parte de la izquierda, que siempre me apoyó, y de sectores de centro con los cuales tenía afinidad por mi trayectoria. Pensé que, habiendo sido senador, fundador y presidente de la Corporación Museo del Salitre, que habíamos restaurado y logrado que las salitreras fueran calificadas por UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, tendría respaldo para obtener una votación honorable.

La realidad que encontré fue muy distinta de lo que esperaba

A los pocos días de caminar por ferias libres, calles y asistir a reuniones con organizaciones sociales, me di cuenta de que podía necesitar -a lo menos- media hora con cada interlocutor para explicar de qué se trataba esta elección, a qué estaba postulando y cuándo había que votar. Me impactó cuánto había cambiado la realidad del país y del norte, y los nuevos comportamientos electorales, intereses y preocupaciones de los ciudadanos. El panorama se nos develó en poco tiempo: el tema de una Constitución era totalmente ajeno a las inquietudes de la ciudadanía, existía sólo un asunto de real preocupación: la inseguridad.

Constaté que mi plan de campaña no estaba funcionando como esperaba. El electorado de Tarapacá había rechazado con un 68%, el más alto del país, la propuesta de la Convención en septiembre de 2022. El fracaso de aquella instancia había marcado profundamente el ánimo de la gente y ello se proyectaba sobre la elección del Consejo Constitucional, que ocurría apenas siete meses después. En ese contexto era casi imposible desper-

tar interés por el tema constitucional, argumentar qué cambios eran mejores y destacar mis cualidades para que votaran por mí.

Había un ambiente antagonista, contrario a quienes habíamos votado Apruebo, aunque hubiéramos llamado a votar Apruebo para Reformar para marcar nuestras divergencias con el resto de la izquierda en el plebiscito anterior. Muchos, por esa razón, nos vinculaban con el gobierno, que contaba entonces con muy baja aprobación. Y la errónea decisión presidencial de otorgar indultos a quienes habían destruido bienes públicos y actuado con violencia hacían más rígidas y negativas las posturas de muchas personas que podían estar abiertas a considerar mi nombre. La derecha, por su parte, concentró su campaña en mantener ese antagonismo Apruebo-Rechazo que estaba fresco en la memoria colectiva. El Frente Amplio y el PC, más el PS, que había resuelto ir en la misma lista con ellos, retenían la mayor parte del voto del Apruebo, y la derecha se concentraba en los votantes del Rechazo. El nuevo discurso hacía el consenso y la moderación no contaba con espacio ni con tiempo suficiente para trizar esa polarización.





La nueva campaña cayó en terreno árido

Yo llegué a esta campaña con la idea de que el acuerdo sobre las bases de una nueva Constitución, texto al que habían arribado los miembros de la Comisión de Expertos, de republicanos a comunistas, era conocido por la gente, y me dije que si apoyaba ese acuerdo iba a contribuir a su aprobación. El diseño que había acordado el Congreso para salir del impasse del primer rechazo fue privilegiar a los expertos para reducir el peligro que significaba elegir personas ineptas o políticamente inhábiles como la vez anterior. El camino se auguraba promisorio. Si la gente sabía de este entendimiento podría votar por mí y por quienes estábamos respaldándolo.

Pero me equivoqué. El plebiscito anterior y esta elección estaban muy próximos; mucha gente veía al nuevo Consejo Constitucional como una simple réplica de la Convención anterior, fracasada. Una campaña tan corta hizo muy difícil un despliegue serio de ideas y propuestas, y menos de posicionamiento personal ante la opinión pública. Tampoco hubo preparación

de los electores, a quienes no se les explicó las opciones. Me indignó la imprevisión de descargar en los candidatos la tarea de educar a la ciudadanía sobre los contenidos y la trascendencia del proceso en pocas semanas y sin contar con medios de comunicación social. Esa era obligación del Estado a través de sus órganos electorales autónomos como el Servel. El interés por la elección y los candidatos sólo apareció en el radar de la ciudadanía a días de ir a votar y muchos se levantaron esa mañana del 7 de mayo solo porque el voto era obligatorio. No había tiempo para una reflexión que indujera a recapacitar y pocas personas estaban informadas.

Un electorado indiferente al tema constitucional

A la falta de interés contribuyó de manera decisiva el ambiente de inseguridad intenso en el norte del país. Asaltos, robos, agresiones a las policías, ocupación de los espacios públicos por una inmigración desbordada y sin control exigían otra respuesta, que no la daba la Constitución. La gente no percibía de qué forma una nueva Carta Fundamental podría resolver los problemas de su vida cotidiana.

Múltiples anécdotas me lo confirmaron. En un club de adultos mayores, donde me invitaron y fui bien recibido, expliqué cómo la Constitución ayudaría a las nuevas generaciones, a sus nietos, y les expuse cómo yo podía servir a ese propósito, y pedí su voto. A los pocos minutos, la única pregunta fue si podía comprometerme a pedir al alcalde que les arreglara un muro de su sede. En otra ocasión visité a un grupo de deportistas que hacían una labor loable con niños y adultos, expuse la importancia de las organizaciones intermedias en la nueva Constitución y les señalé mi propuesta. A la salida, su destacado dirigente, que me apoyaba, me pidió si podía conseguir con el alcalde o el gobernador un desfibrilador para emergencias que a veces sufrían los deportistas mayores. Me parecía justo y necesario, esos clubes

son vitales para la salud y la convivencia, hice una gestión, era mi hábito en las tareas de senador y ministro.

Era evidente que la gente no entendía para qué servía esta elección, y lo que podían hacer estos candidatos que no se postulaban ni a concejal, ni a alcalde, ni a gobernador, ni a diputado, ni a senador. El consejero constitucional era un cargo difuso, que duraba sólo seis meses, no ayudaba a resolver sus graves problemas inmediatos, y luego desaparecía.

Intenté un giro en mi estrategia de campaña

Habiendo constatado que el ánimo constitucional no brotaba, decidí hacer un giro en el enfoque de la campaña y en el mensaje. Realicé un denodado esfuerzo por vincular la solución de las dificultades presentes, en particular la inseguridad, a reformas de artículos concretos de la nueva propuesta de Constitución. Y puse un mayor empeño en tratar esas ideas y conseguir oportunidades para hablar por las radios regionales y locales.

Para llegar a sectores proclives a la derecha, conversé con algunos pastores evangélicos y busqué un voto con el cual año tuve cercanía por las leyes que respaldé en el Senado para igualar las condiciones entre las iglesias y credos. Algunos me ayudaron, pero había muros infranqueables, como el repudio al aborto propuesto en la anterior Convención, o la simpatía hacia José Antonio Kast como exponente de la seguridad ciudadana. Las puertas a este sector apenas se me abrieron.

Recibí el apoyo del movimiento Amarillos de Tarapacá, progresistas alejados de lo que fue la Concertación, y también el de dirigentes de organizaciones empresariales y profesionales que me conocían por mis actividades senatoriales y ministeriales a favor del crecimiento, varias desplegadas desde el Ministerio de Obras Públicas, entre 2008 y 2010, cuando impulsamos las nuevas rutas Iquique-Pozo Almonte e Iquique-aeropuerto. Pensé que mi experiencia y conocimientos eran atributos para los

votantes que compartían los acuerdos que yo propugnaba. Pero las cosas no ocurrieron como había imaginado.

Pensé sortear la frialdad natural hacia los candidatos, realizando mi ventaja de un nombre más conocido. El desprestigio de los partidos y de la política era notorio. Vi pocos miembros de los partidos en reuniones, y mi partido, el PPD, no era ni la sombra de los tiempos en que ejercí como senador. Intenté alejarme del voto de lista. Sin embargo, al final ocurrió lo contrario, la gente se guió por las listas, no por la persona del candidato o candidata, porque ni los conocían ni les interesaba el tema, sino por la afinidad con las grandes corrientes políticas que mejor se identificaran con ese gran problema de la inseguridad. Y arrasaron los republicanos, que ni siquiera querían una nueva Constitución. Obtuvieron los dos consejeros que se elegían en Tarapacá, derrotando a Apruebo Dignidad, a Chile Vamos, al Partido de la Gente y a mi lista. Aunque los tres alcaldes de las comunas que representan al 80% de los votantes (Iquique, Alto Hospicio y Pozo Almonte) sintonizaban con mi lista, lo que me había dado esperanza al comienzo, esa sintonía no incidió en los resultados. Obviamente las cosas habían cambiado.

Cómo hacer una campaña más eficaz

En política es indispensable una relación presencial directa, sin ella no hay política que perdure. No se puede comprender y servir sin un diálogo con las organizaciones sociales intermedias, como las juntas de vecinos, los centros de adultos mayores, los clubes deportivos, los comités de vivienda, de educación, de salud pública, de defensa del medio ambiente, de limpieza de la ciudad, de organismos no gubernamentales, de grupos religiosos y de todo tipo de agrupaciones que conocen y viven las más diversas necesidades de la sociedad.

Las prácticas de puerta a puerta que realizábamos años antes se veían ahora bastante amagadas. La gente no abría la puerta o cuando se acercaban los brigadistas para ofrecer un volante,

habitualmente ni se asomaban y solo se oían ladridos desde el interior de las casas. Me costó encontrar grupos organizados que pudieran juntar a muchas personas, como ocurría antes. Me acogían cuando se convocaban para resolver sus problemas de vivienda, motivación prioritaria de miles de familias y grupos de allegados. Esta declinación del contacto presencial creció con la pandemia y obligaba a entregar de otra manera la información, los argumentos y el material escrito en los votantes. Era prioritario combinar la campaña presencial con la virtual.

El desafío fue entonces fue diseñar una estrategia híbrida, que conjugase lo presencial y lo virtual, enfatizando el empleo de las redes. Nos concentramos en la calle, entregamos volantes con nuestras propuestas, letreros en lugares alquilados, y en ubicaciones reguladas y supervisadas por el Servicio Electoral. Y también nos volcamos en las plataformas digitales. Pero aprendí que hay que tener cuidado, y saber distinguir las formas de comunicación digital: una cosa es su eficacia para el reconocimiento de un nombre y otra es la creación de confianza en ese nombre para conseguir los votos. Se puede gastar harto dinero en las redes sociales, que operan con criterio comercial, pero resultan más útiles las redes que conectan a personas afines, que confían en la opinión del otro, para ayudar y votar por un determinado candidato.

¿Y los jóvenes?

El electorado joven estuvo ausente. No pude o no supe reunirme con organizaciones juveniles, especialmente universitarios; tampoco hubo invitaciones de alumnos o profesores a los candidatos para debatir y analizar este nuevo desafío constitucional. Algunos académicos universitarios me lo propusieron y no lo concluyeron, sugerí a varios que sería formativo para los estudiantes de Derecho conversar con varios de los candidatos sobre las propuestas de Constitución. La ausencia de un diálogo intergeneracional ha debilitado la formación política de los jóvenes y la transmisión de experiencia histórica. Las universidades dedican poca energía a formar personas preocupadas por

nuevas políticas públicas. Soy un convencido de que el diálogo intergeneracional se debe fortalecer y la política deberá analizar cómo atraer y estimular la participación de la juventud.

¿Cómo despertar el interés por lo público y fortalecer la democracia a futuro?

Esta era la primera elección con inscripción automática y voto obligatorio en la historia de Chile, y el número de votantes creció enormemente. Lo que observé me despertó dos grandes inquietudes para el futuro. Primero, la gente votaba sin conocer las virtudes y defectos de los candidatos, una gran debilidad del proceso democrático. Debemos mejorar la información y atraer a candidatos capaces. Y segundo, ha decrecido el interés por ejercer funciones de representación popular, y es indispensable motivar relevando la importancia y nobleza de la función pública, evitar la medianía y el menosprecio por la política, y mejorar la responsabilidad de los partidos de seleccionar a personas idóneas.

Los votantes desinformados o pasivos poseen escaso interés en lo público y una débil formación e información de los temas políticos prioritarios. Veo con alarma cómo se expande el individualismo, la mediocridad y la indiferencia, y con ello el riesgo de autoritarismo y polarización. Una amenaza grande para la democracia es el deterioro de la calidad de la política y el distanciamiento de las personas con vocación y capacidad que privilegian la aversión, el ataque y la crítica. Estoy convencido de que un gran desafío para el futuro del país es redoblar la educación cívica y cultivar una cultura de compromiso social en los estudiantes.

Tampoco existía esperanza en el progreso económico. El norte estaba abandonado por el Estado, no se intuía un futuro mejor, lo que generaba decepción. Nunca había sentido en esta zona del país una sensación de desprotección del Estado, con

pocas obras y escasos proyectos. La ciudadanía percibía que su vida se había deteriorado y no se atrevían ni a circular por ciertas calles por temor a la delincuencia.

Me encontré con una región con la mayor tasa de homicidios del país, con la más alta proporción de extranjeros, con una inmigración ilegal continua desde la frontera con Bolivia; se copaban los servicios públicos de educación y salud, además de las tomas de terrenos; el hacinamiento era enorme. Grupos organizados se instalaban y controlaban territorios, corrompiendo con droga, trata de personas, sicariato, amenazas, y una cultura de desprecio y agresión. Nunca se había visto tal irrupción del delito y una policía poco preparada para encarar este tipo de criminalidad.

Otro problema mayor era la escasez y el encarecimiento de la vivienda. En la visita a una feria me conmovió escuchar a una mujer que conocía, y que me contó orgullosa que había logrado que sus dos hijas estudiaran en la universidad, pero que tuvo que irse a vivir en una toma en Alto Hospicio, pues no tenía los 500.000 pesos que ya costaba el arriendo de la más humilde vivienda en Iquique. Más tarde visitamos La Mula con el senador Jorge Soria, una toma enorme, peligrosa y sin protección, donde pocos se atrevían a ingresar. Sin agua, sin luz, y a veces sin recolección de basura, controlada por grupos criminales organizados y mucha pobreza. ¿Y esto estaba ocurriendo en el Chile de hoy?

Cuando visité a las autoridades civiles y militares en Colchane para ver con mis ojos y entregar mi apoyo, vi que Pisiga -por el lado boliviano- había crecido más que el lado chileno. Por la frontera atravesaba un gran número de camiones bolivianos cargados hacia los puertos chilenos para exportar por el océano Pacífico, y ofrecíamos un servicio de infraestructura de pobre calidad. La carretera de Colchane a Iquique era lamentable, la infraestructura sin cuidado, el puerto de Iquique sin renovación ni ampliación. No había un gran proyecto que despertara esperanza y ánimo de futuro. El norte necesita acciones de envergadura y ambiciosas, que no se ven desde hace años. En

este contexto, poco podía hacer un candidato o candidata para entusiasmar por la trascendencia de una nueva Constitución y convencer que ella hacía una diferencia.

¿Cómo hacer política cercana a la vida cotidiana y atenta a las aspiraciones de la gente?

Ante la ausencia de una motivación colectiva se ha extendido una cultura individualista, que no vincula el progreso personal al esfuerzo colectivo, ni a un proyecto compartido de reformas. Los ciudadanos ponen atención y escuchan a los candidatos o líderes políticos que proponen acciones específicas, y valoran menos las propuestas de grandes transformaciones. Se desconfía del centralismo, y se prefiere la acción local a lo nacional, de allí la creciente relevancia de los municipios.

Las vivencias de esta campaña fueron para mí una sonora campanada de alerta. Si se quiere liderar, se debe gestar una propuesta de futuro compartida, realzar los valores que las inspiran y mostrar resultados.

Durante la campaña percibí el debilitamiento de la capacidad del aparato público de ejecutar proyectos, cumplir metas y asegurar el orden. Una estrategia de futuro debe contar con un Estado capaz de trazar rumbos y convocar a los acuerdos, y un sector privado con responsabilidad social. Y ambos colaborando en inversión, innovación, y servicios de calidad, inclusivos y sustentables.

Constaté la tremenda importancia para la cohesión social de las organizaciones intermedias, como antídoto al individualismo, la soledad y la falta de solidaridad. Ellas son una red que sostiene la democracia, organizan a los distintos grupos y permiten crear redes con dirigentes que interactúan, supervisan y exigen mejoras de los servicios del Estado. Pero son débiles y es prioritario apoyar y valorar a esos dirigentes. Cuando la política ha tomado un giro extremadamente transaccional, las organiza-

ciones intermedias colaboran a instalar nuevas formas de participación y deliberación, y se vinculan al diseño y evaluación de las políticas públicas.

Los partidos estaban distantes, débiles y lejanos. El descrédito de la política y el desacoplamiento entre los dirigentes y la ciudadanía es uno de los grandes obstáculos para el futuro, un riesgo grave para la democracia y una barrera para los cambios.

Y lo más patente, especialmente para los sectores progresistas, era la debilidad para encarar la seguridad personal como un derecho fundamental de cada persona, y especialmente de los más modestos y desprotegidos. Es crucial priorizar la seguridad y rechazar sin ambages la violencia, entender que no hay libertad ni democracia sin seguridad. Igualmente, es necesario conjugar seguridad personal con seguridad social, ambas deben desplegarse paralelamente, son dos caras de la misma medalla, ni pura mano dura ni sólo política social. La seguridad debe entenderse de manera integral.

Un nuevo proyecto estratégico para el norte de Chile

No basta con medir el progreso en toneladas de cobre o litio, el progreso real debe medirse también en la calidad de vida de las y los nortinos. Hay que gestar un plan de desarrollo productivo junto con un proyecto urbano con viviendas dignas en las ciudades que concentran más del 90% de la población. Es urgente fortalecer las fronteras y la seguridad, definir una política migratoria y, a su vez, una política de integración con los países vecinos; y debemos repensar y crear nuevos instrumentos, como la Zona Franca (ZOFRI) que ya no funciona como antes. Chile debe impulsar un potente programa de construcción de infraestructura y calidad logística para ofrecer buenos servicios a sus vecinos de esa región. Por último, es indispensable reformar el sistema de gobierno regional. Un sistema con dos cabezas al mando, un gobernador con recursos y sin capacidad operacio-

nal, y un delegado presidencial sin recursos y escasa capacidad real de coordinación de los organismos del gobierno central, como las Secretarías Regionales Ministeriales (Seremis), no funciona bien para impulsar el desarrollo regional.

Hoy estamos ad portas de una nueva etapa, hay que levantar la mirada para entender mejor lo que está ocurriendo a nivel nacional y global. El mundo está cambiando tan velozmente que los riesgos y oportunidades se multiplican más rápido que la capacidad de abordarlos y gobernarlos. Necesitamos una visión y una estrategia compartida, aunque sea en solo algunos campos, que guíe la acción por períodos largos. Nunca hemos tenido más gente preparada y más conciencia de los desafíos como ahora.

La experiencia que podemos transmitir los que vivimos esta campaña constitucional sirve para prepararnos mejor y construir un país democrático, más fraterno y pujante.

Guillermo Ceroni

Por qué acepté ser candidato a consejero constitucional



Guillermo Ceroni nació en Parral el 30 de julio de 1946. Abogado de la Universidad de Chile, en 1971 ejerció como asesor jurídico de la Corporación de la Reforma Agraria. Luego del golpe de Estado de 1973, fue abogado de la Cooperativa Agropecuaria Perquilauquén Ltda. y desarrolló su profesión en Parral, además de emprender actividades agrícolas. En 1987 fue nombrado como abogado de Amnistía Internacional para causas de derechos humanos. En 1988 fue dirigente de la campaña

por el No y fundó el Partido Por la Democracia en Parral, a lo que se sumó su contratación por parte del gobierno de la República Democrática Alemana para investigar y perseguir el caso de Colonia Dignidad. A principios de los años 90 presidió la asociación de regantes Dignas en Parral y encabezó la Asociación de Arroceros de la misma ciudad. Entre 1994 y 2018 fue diputado por seis periodos consecutivos representando al antiguo Distrito N°40 de la Región del Maule, con una activa participación en la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, entre otras, siendo elegido como vicepresidente de la Cámara de Diputados en 2008.

El Consejo Regional del Partido Por la Democracia del Maule me pidió en forma unánime competir como candidato al Consejo Constitucional. Fue algo que no esperaba ni estaba en mis planes, porque ya había dado por cumplida mi etapa de ser representante popular, ante cualquier instancia, después de haber sido diputado en seis períodos. Pero acepté ante la insistencia, a la vez que me apasionaba poder contribuir a la gestación de una nueva Constitución para el país, sobre todo por ser abogado y por mi vasta experiencia legislativa en la que fui miembro e incluso presidente de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia de la Cámara de Diputadas y Diputados. Tuve la convicción de que tenía los conocimientos adecuados para hacer un aporte a dicho proceso.

A lo anterior se unía el recuerdo de la modificación a la Constitución Política del año 2005 en la presidencia de Ricardo Lagos, ya que al ser integrante de la Comisión de Constitución de la Cámara conocí y aprobé dichas modificaciones. Allí fue muchas veces José Miguel Insulza, entonces ministro del Interior, en la que expresó los diversos argumentos para aprobar dichas reformas. En principio, la derecha se resistió a los cambios de la Constitución de 1980, pero finalmente se acordaron modificaciones de gran importancia que contribuyeron a acercarnos más a un real sistema democrático, tales como el término de los senadores designados y vitalicios, la eliminación de la disposición Constitucional que establecía a las Fuerzas Armadas como garantes de la institucionalidad, la eliminación de la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y del director general de Carabineros. En total, fueron 58 enmiendas, incluida la reducción del período presidencial de seis a cuatro años.

Las opiniones de si con estas modificaciones estábamos ante una nueva Constitución Política al llevar la firma del presidente Lagos y sus ministros, o si era sólo una modificación al texto impuesto por la dictadura, fue una discusión posterior. En mi opinión, fue una modificación, pero de tremenda importancia para la democracia de nuestro país al sacar los enclaves autoritarios. Creo que hoy no se reconoce lo difícil que fue lograr

todos esos cambios constitucionales, pues muchos analizan esas reformas con los ojos de hoy y no con los de ayer.

Todo lo que vivimos en 2004 y 2005 fue apasionante y contribuyó a ir formando una opinión ciudadana favorable y necesaria para dotar a Chile de una nueva Constitución Política que expresara el sentir de la gente, en especial después de la movilización de octubre de 2019.

El fracaso del primer proyecto Constitucional

El fracaso contundente del proyecto de texto constitucional propuesto por la Convención Constitucional de 2022 despertó mi ánimo de involucrarme en un nuevo proceso para lograr una nueva Constitución que expresara adecuadamente el sentir ciudadano. El primero proyecto había sido rechazado por tener una concepción ideológica que no representaba para nada a la sociedad chilena actual, lo que, además, terminó por cansar a la ciudadanía, perdiendo el interés en involucrarse en respaldar la redacción de una nueva Constitución Política, abonando más aún al desprestigio de la clase política.

Mi convicción fue que había que revertir esto, y entonces ¿por qué no contribuir con mi experiencia a intentar cambiar ese sentir ciudadano en esta segunda oportunidad que se planteaba? Fue así como decidí embarcarme en esta elección.

La campaña

La Región del Maule está compuesta por 30 comunas y a dichas personas, que componen el electorado, debía llegar con nuestra visión de lo que Chile necesitaba y debería tener como una nueva Carta Fundamental. En esta breve campaña sólo alcancé a visitar parte de dichas comunas. Y ante la imposibilidad de recorrer toda la región, opté por aquellas en donde estaba la

mayor parte del electorado, como Curicó, Talca y Linares, y en el resto sólo en algunas me limité a hacer propaganda. En las comunas que había representado como diputado, que eran Longaví, Retiro, Parral, Cauquenes, Chanco y Pelluhue, dado que era suficientemente conocido y había obtenido altas votaciones, consideré que era suficiente hacer un rápido recorrido y puse esencialmente algo de publicidad radial, además de folletería y letreros. Todo fue muy austero por la escasez de recursos, que en gran parte fueron propios. No obstante, el sentirme confiado en estas comunas fue un claro error, pero ello no fue lo definitorio de mi derrota, ya que, en todo caso, fue donde obtuve la mayor cantidad de votos.

Cómo expliqué la importancia de una nueva Constitución

En la campaña hice poco puerta a puerta y más bien a través de los medios de comunicación explique qué pensaba sobre una nueva Constitución, lo que debería contener y la importancia de ella.





Hice ver la necesidad de cambiar el papel del Estado y la necesidad de establecer y consagrar en la Constitución un Estado social y democrático de derecho, de forma que el Estado tuviera el importante papel de garantizar los derechos consagrados en el futuro texto constitucional, en especial los relacionados con la salud, la educación, la seguridad social y la vivienda, de manera tal que el sector público no fuera sólo el que intervenga en ello cuando los privados no lo hagan, además de superar la concepción actual de un Estado subsidiario por uno solidario. Tener un Estado más sólido y fuerte con las herramientas para combatir las desigualdades fue parte importante de mi mensaje. Expresé que hoy, por el contrario, teníamos una Constitución que privilegia al sector privado para intervenir más, incluso en la provisión de los derechos sociales, y que no había dudas de que ello ha significado un enriquecimiento de dicho sector en desmedro de la ciudadanía. Explicué que la actual Constitución limita al Estado en su actuar, por lo que teníamos un sector público débil al que debíamos estimular y reforzar.

Explique cómo una Constitución debía establecer la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, la no discriminación, la seguridad ciudadana, los derechos de los pueblos indígenas, y tantos otros temas institucionales. Asimismo, hablé sobre

los temas centrales de una Constitución Política, como que de ella se deberían desprender las nuevas leyes de acuerdo con los principios constitucionales, y que las nuevas normativas concretarían las legítimas aspiraciones de progreso de las y los chilenos.

El gran desafío fue explicar todo ello en forma sencilla.

La recepción de la gente al mensaje

Al conversar con la gente, y en especial en los puerta a puerta, que daba la oportunidad de hablar más tranquilo con la gente de manera directa, hubo claramente y desde el inicio una reacción de no interesarle la Constitución y manifestar nuevamente su rechazo a la política y los políticos, estimando que esto sólo era un interés personal de todos quienes éramos candidatos para obtener un ingreso económico, en circunstancias de que era todo lo contrario, dado que uno debía dejar sus actividades profesionales perjudicando la propia actividad personal. Esto era algo diferente en las comunas que ya había representado como diputado, pero la crítica a la política y políticos era dura y generalizada.

¿Cómo se podía explicar la importancia de una nueva Constitución en una feria libre? Entre el griterío de los feriantes vendiendo sus productos y diciendo “caserita, caserito le tengo las mejores papas”, en ese enjambre de feriantes y gente que pasaba rápido, comprando y otros pagando sus compras, a uno lo miraban como un ser de otro planeta.

Esta tarea de candidato al Consejo Constitucional fue muy diferente a la de años atrás cuando fui candidato a parlamentario. En ese entonces era más sencillo presentarse ante la gente y entregar un volante donde se mencionaban las propuestas.

En esta ocasión, al contrario, el mensaje de tener una nueva Constitución y los beneficios para el país que ella implicaba era opacado por la crítica y más bien por la total desconfianza hacia la política, y en especial porque estaba latente el reciente fracaso del primer proyecto Constitucional.

La gente, mayoritariamente, demostraba un total desconocimiento de lo que era la Constitución y la importancia que significaba en forma directa para ellos y para el país. Nada de ello les interesaba escuchar. Era muy difícil o casi imposible, en tan poco tiempo, explicar el significado y el papel que desempeña en un país una Constitución Política.

Así, lograr apoyo con un discurso serio y veraz frente al populismo de la derecha era una tarea extremadamente difícil.

La derecha y su discurso populista

En esta campaña, la derecha no explicaba ni se interesaba en decir el real sentido de una Constitución. Más bien se dedicó a promover un discurso populista circunscrito esencialmente en tema de la seguridad ciudadana, afirmando que la Constitución que harían sería una que solucionaría per se los problemas angustiantes de la ciudadanía, y que gestaría una Constitución que solucionaría prácticamente de inmediato los temas más sensibles, como las pensiones, la salud y la educación. En definitiva, enarbolaron un discurso facilista.

El tema de la seguridad ciudadana fue tomado y abusado por la derecha para ganar adeptos. En nuestra zona, esencialmente agrícola, se habló además de proteger las tradiciones y se insistió en el derecho de propiedad de las aguas y en general en el derecho de propiedad, haciendo ver a la gente que nuestras propuestas constitucionales estaban muy alejadas de dichos temas y que incluso atentaban en contra de ellos. El Partido Republicano fue el más duro en dicho discurso.

Así, la contienda electoral enfrentó dos visiones de sociedad y dos modos de hacer política: uno, con un discurso serio y progresista; y ellos, con uno netamente engañoso y populista.

Por otra parte, la derecha utilizó más que nunca grandes recursos económicos, desplegando una campaña con publicidad intensa en todos los medios de comunicación, además de una gran cantidad de pancartas en todos los lugares de importancia

en las 30 comunas de la región. Ante tal magnitud de recursos en el territorio y en los medios, uno no podía competir en igualdad de condiciones.

Apoyo político en la campaña

Los integrantes del PPD e independientes que normalmente apoyaban mis candidaturas, esta vez, en la práctica, mostraron poco entusiasmo con el proceso en general. Muy escaso fue el apoyo y eso, sumado a la insuficiencia de recursos y de propaganda, contribuyó igualmente con el mal resultado obtenido.

Esto contrastaba claramente con la experiencia de mis candidaturas a diputado en mi original distrito 40, donde siempre obtuve una muy buena votación y, en algunas comunas, la primera mayoría. Pero esta vez la competencia abarcaba a toda la región y en la mayoría de las comunas era muy poco conocido; a pesar de lo anterior asumí el desafío confiando en que la gente apreciaría la experiencia y el conocimiento, cosa que no fue así, resultando electo en los cinco cupos en disputa, tres republicanos, uno de la UDI y un socialista. Fue reconfortante, eso sí, ver que en las comunas que era conocido obtuve una gran votación, como la primera mayoría que saqué en Parral.

Fui derrotado, pero me siento feliz de haberme atrevido a asumir este hermoso desafío.

Reflexiones

No hay dudas de que es necesario reflexionar sobre la contradicción entre el contundente resultado del plebiscito constitucional de octubre de 2020, en el que la ciudadanía aprobó la realización de una nueva Constitución con el 78,2% de los votos, frente a los dos rechazos consecutivos a los proyectos constitucionales propuestos por la Convención Constitucional en 2022 y por el Consejo Constitucional en 2023.

La primera propuesta de los sectores ultras de izquierda no representó a la izquierda tradicional y democrática de Chile; en tanto que el segundo texto expuso la visión de un sector ultra de la derecha. Ninguno de los dos logró representar el alma de Chile, que más bien es moderada y no comulga con divisiones, sino que con los acuerdos. La clase política falló en eso al no interpretar a la gente.

Lamentablemente, eso sigue y lo vemos hoy en día en la falta de acuerdos en temas tan importantes como el de una reforma al sistema de pensiones, un acuerdo en lo tributario y tantos otros asuntos importantes para la ciudadanía. Hoy tenemos sectores políticos más bien interesados en tener discursos polarizantes para llevar “agua para sus propios molinos” y para defender sus intereses, particularmente de los sectores más conservadores.

Veo con preocupación que no se ha aprendido la lección que dejaron los fracasos de los dos proyectos constitucionales y que todavía no se comprende que Chile es un país en que se valoran más los acuerdos que la confrontación de trincheras políticas que no hacen sino alejar a la ciudadanía de la actividad política.

Carmen Frei

Reflexiones sobre el estado de nuestra democracia a partir de los fallidos procesos constitucionales



Carmen Frei nació en Santiago el 22 de junio de 1938. Estuvo casada con Eugenio Ortega Riquelme (QEPE), tres hijos (María Paz, Eugenio y Francisca) y seis nietos. Educadora de párvulos de la Universidad de Chile, fue una activa dirigente universitaria y militante de la Juventud Demócrata Cristiana, la que obtuvo las presidencias en todas las federaciones universitarias del país a fines de la década del 50. En las elecciones municipales de 1971 fue electa regidora por la Municipalidad de

Santiago, donde obtuvo la primera mayoría nacional. Entre 1976 y 1979 se radicó en Estados Unidos para trabajar en el Programa Federal de Asistencia a Niños Extranjeros de Origen Latino. A su regreso a Chile, fue elegida directora del Departamento de la Mujer de la Democracia Cristiana y comenzó su lucha en contra de la dictadura militar y su activa defensa de los derechos humanos, además de su apoyo social a diversos movimientos en el país. En 1988 participó activamente en la campaña por el No y un año más tarde triunfó en las elecciones senatoriales por la Región de Antofagasta, obteniendo la primera mayoría, siendo reelecta por esa misma circunscripción en 1997, cargo que ejerció hasta 2006. Entre 2021 y 2022 presidió la Democracia Cristiana. Actualmente es vicepresidenta de la Organización Demócrata Cristiana de América Latina y el Caribe (ODCA).

A partir de la invitación de Sergio Bitar a un grupo de personeros de todo el arco político, y que en común está el hecho de que fuimos candidatos al segundo proceso constitucional chileno de 2023, es que me interesa dejar un testimonio de esta breve y atípica campaña electoral y formular una reflexión política sobre el estado de la democracia en el país.

Primero que todo, debo decir que no fue fácil aceptar ir a una campaña electoral para ser consejera constitucional en representación de la Región Metropolitana. Acepté el desafío y no me arrepiento, a pesar de que sabíamos que iba a ser una tarea muy difícil, pues enfrentamos un escenario electoral con alta incertidumbre, con un patente agotamiento del tema constitucional y con una necesidad imperiosa y creciente de orden y certezas, en el cual los principales problemas que preocupaban a los ciudadanos no eran en absoluto los temas constitucionales, sino que aquellos vinculados con lo cotidiano: la seguridad y la economía. De hecho, los estudios de opinión pública de enero de 2023 indicaban que sólo un 35% de los encuestados señalaba estar realmente interesados por el nuevo proceso. Pese a no haber resultado electa, y siendo espectadora de cómo en el Consejo Constitucional se repitieron los errores de la primera Convención, sigo pensando que Chile requiere una nueva Constitución nacida en democracia, y que sea un punto de encuentro y no de división.

Sabemos que la polarización y la intolerancia que vivimos en el pasado y que no fue buena para Chile, hoy ha vuelto a nuestro país con inusitada fuerza.

Dado el poco tiempo de duración de la campaña, desplegamos una activa estrategia digital y radial. De la misma forma, visitamos innumerables comunas de la Región Metropolitana, donde tuvimos la oportunidad de encontrar a tantas mujeres y hombres que no pierden la fe de vivir en una sociedad en que todos tengamos los mismos derechos y oportunidades. Recuerdo con especial cariño la visita a la Fundación Raimapu de la comuna de La Florida, en que un grupo de jóvenes autogestionan actividades de acompañamiento a niñas y niños en situación

de vulnerabilidad; o el encuentro con mujeres pobladoras que luchan por obtener una vivienda en la población Monseñor Manuel Larraín de Pudahuel.

Lamentablemente, en esta campaña pude constatar que la desinformación, o más bien la información manipulada y mentirosa, ha hecho mucho daño a la actividad política.

Tiempos difíciles para la democracia

Pues bien, a partir de esta experiencia de campaña y del contacto con la gente, quiero hacer una reflexión sobre cuatro aspectos: qué fue lo que falló en los dos procesos constitucionales frustrados; el estado de nuestra democracia; la situación del sistema de partidos; y algunos desafíos que inexorablemente tendremos que seguir enfrentando como país.

Para nadie es un misterio que la democracia, en Chile y en el mundo, vive tiempos difíciles. Pareciera que el conflicto, la polarización y la lucha descarnada por el poder dominan la escena pública.

Nuestro país vivió en los últimos años un proceso que puede graficarse con la imagen de una “montaña rusa”. Nos subimos como sociedad en una experiencia acelerada, vertiginosa, de alta adrenalina, con dos giros sucesivos de 180 grados cada uno, para llegar al mismo lugar del que partimos, quedando con la sensación de haber vivido sentimientos intensos, pero que al final fueron vacíos y terminaron en nada.

Desde el “estallido social”, que por un lado fue una demostración de movilización social pacífica sobre los problemas pendientes del país y, por otro, una explosión de violencia y rabia acumulados de sectores de la sociedad chilena, sumado a los dos procesos constitucionales fallidos, no hemos logrado encontrar una fórmula adecuada para resolver los problemas de la convivencia política democrática y los déficits de nuestra institucionalidad. Como acertadamente ha señalado el filósofo español Daniel Innerarity, no logramos resolver como país los

problemas que están experimentando las sociedades complejas del siglo XXI.¹

Es una realidad el hecho de que se ha hecho más difícil gobernar. Pareciera que lo que hoy guía la acción política es la irritación, la indignación, la descalificación, la inmediatez, el aquí y el ahora. Mientras que para la derecha, el problema radica en que los gobiernos (los de los otros) no pueden gobernar con eficacia, la izquierda argumenta que los contrarios no quieren hacerlo con equidad. Esto constituye un verdadero suma cero ante los ojos de la ciudadanía.

Qué duda cabe: la democracia está bajo amenaza, pero no una externa, como ocurría en otras épocas, sino que el problema está en el corazón de los valores fundamentales en los que se basa la teoría y la práctica democrática. Me refiero a valores perdidos o escondidos, como lo son la tolerancia, la concreción de acuerdos, la amistad cívica y la confianza; en definitiva, la búsqueda del bien común basados en un comportamiento ético.



1 Innerarity, Daniel (2020) *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*, Galaxia Gutenberg.



Es cierto que Chile no escapa a la tendencia global de aumento de la desconfianza con la política, la democracia, el gobierno y casi todas las instituciones. La primacía de valores individualistas y de pérdida del sentido colectivo es una consecuencia negativa de aquello. Pero, a la vez, es un error pensar que los ciudadanos no tienen preocupación o que no les interesa el bienestar general de la sociedad.

El destacado investigador, politólogo y abogado alemán nacionalizado chileno Norbert Lechner, en un artículo de 1997 titulado “El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos”,² formuló una reflexión que creo continúa estando vigente. Recalcó -usando la metáfora de los mapas- que experimentamos una época que se asemeja a “un viaje a la deriva, sin cartas de navegación y sin brújula”, agregando que era un deber de los actores políticos construir mapas mentales para hacernos una idea del mundo y ordenar así la complejidad de los asuntos humanos en un panorama inteligible que ofrezca criterios de orientación.

2 Lechner, Norbert, (1997) “El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos” en *Norbert Lechner Obras III, Democracia y utopía: la tensión permanente*, 2014, Flacso y Fondo de Cultura Económica pp. 375-392

Estoy convencida de que los ciudadanos quieren que los gobiernos superen el actual problema de efectividad y eficacia de las políticas públicas que cruza a todos los sistemas políticos modernos. Pero también aspiran a que el gobierno -cualquiera sea su orientación política- tienda siempre al bien común y que se presente una interpretación de la realidad y un camino seguro a seguir, un relato contundente que dé sentido y propósito a la vida individual y colectiva. Es cierto que los problemas actuales son más sofisticados y acuciantes, que se aspira a soluciones aquí y ahora, y que la paciencia de los electores se acaba rápido.

Parte del problema es que al no ampliar la temporalidad, a levantar la mirada, al no tener mapas que delimiten el espacio, que establezcan jerarquías, que releven los obstáculos y que permitan discernir condiciones favorables, y al no presentar proyectos de largo plazo, los actores políticos refuerzan la tendencia que hace más difícil la convivencia democrática.

Efectivamente, tras la polarización e hiper ideologización de los años 60s, 70s y 80s del siglo pasado, el declive de las ideologías pudo observarse como algo positivo. Sin embargo, ante el aumento actual de la polarización e ideologización de un signo distinto que hoy observamos en Chile y en el mundo, se hace necesario volver a construir claves interpretativas que permitan hacer inteligible la nueva realidad social con todas sus complejidades.

Sin duda, la acción política se basa en la competencia y el conflicto, pero también en acuerdos y cooperación. Es tarea de los actores políticos recoger las emociones y subjetividades existentes en la sociedad, buscando conducir las y articularlas con racionalidad, basados en la evidencia. Aunque para la teoría democrática no ha sido fácil cuadrar el círculo de eficacia, cooperación, competencia, ética y bien común, ante las nuevas dicotomías y conflictos existentes, esta conversación sigue estando vigente y más necesaria que nunca.

Vuelvo a citar a Lechner, quien con extrema claridad planteó: “La percepción de que las cosas están fuera de control y que ‘todo es posible’ afecta las raíces mismas de la política. La socie-

dad moderna, secularizada, espera de la política que asegure `ley y orden´ no sólo en tanto seguridad jurídica, sino también como ordenamiento moral y simbólico de la convivencia social. Las dificultades actuales para cumplir dicha tarea son particularmente visibles en los partidos políticos. Entre sus labores ocupa un lugar preferencial la elaboración de esquemas interpretativos que permitan a los ciudadanos estructurar sus creencias, preferencias y temores en identidades colectivas y `proyectos nacionales´”.³

¿Qué fue lo que falló en los procesos constitucionales frustrados?

Desde que se aprobó la Constitución de 1980, en el plebiscito fraudulento impuesto por la dictadura, reclamamos su ilegitimidad de origen y promovimos que era necesario establecer una nueva Carta Fundamental que nos representara a todas y todos. En estos 40 años se promovieron diversos intentos por lograr este objetivo. Desde el mismo acto en el Teatro Caupolicán de agosto de 1980, en los informes del Grupo de los 24⁴, la negociación de reformas constitucionales de 1989, las innumerables otras reformas constitucionales implementadas por los gobiernos de la Concertación, hasta los encuentros locales autoconvocados de la presidenta Michelle Bachelet, se intentó crear una nueva Constitución nacida en democracia, que fuera un espacio de encuentro para los chilenos y chilenas.

Lamentablemente, todos esos intentos chocaron, de una u otra forma, con el rechazo de los sectores de derecha que con nostalgia preferían reformas específicas, puntuales, más que un acuerdo constitucional integral. El no actuar a tiempo tuvo un altísimo costo para el país y llevó, de esta forma, a que tanto el

3 Ibid. pp. 381

4 Grupo de Estudios Constitucionales, llamado “Grupo de los 24”, fue un equipo de trabajo formado en 1978, integrado por personas de variadas tendencias políticas que buscó, a partir de ideas democráticas, bases de acuerdo para una futura institucionalidad alternativa a la de la dictadura.

texto constitucional de la Convención Constitucional que funcionó entre julio de 2021 y julio de 2022, como el del Consejo Constitucional de 2023, resultaron ampliamente rechazados por la ciudadanía en sendos plebiscitos ratificatorios o de salida, por ser programáticos y maximalistas. El primero dominado por la izquierda refundacional y el segundo por la extrema derecha conservadora.

De esta forma, ante la evidente incapacidad de los actores políticos dominantes en cada una de las dos instancias de entregar una propuesta consensuada que resolviera el problema integral del sistema político chileno y, pese al buen trabajo que realizó la Comisión de Expertos en el segundo proceso, el que logró consensuar un texto transversal en el Anteproyecto que presentaron al país en mayo de 2023, se cerró el debate constitucional. Sin embargo, esto no cambia un hecho cierto: seguimos teniendo severos problemas institucionales no resueltos que afectan el funcionamiento actual y futuro de nuestra democracia. Fue así como perdimos la oportunidad de crear un nuevo pacto social y político para Chile.

El estado de nuestra democracia

El listado de los elementos que demuestran un inadecuado funcionamiento de nuestra democracia es amplio y diverso. Por ejemplo, mantenemos una desmejorada provisión de derechos económicos, sociales y culturales; no hemos logrado superar la configuración de un Estado subsidiario neoliberal para transformarlo en un Estado social y democrático de derecho; la fragmentación partidista continúa acentuándose en el Congreso Nacional, que día a día aumenta su desprestigio ante la ciudadanía; el sistema de calificación y nombramiento de jueces mantiene severos problemas de opacidad e influencias indebidas; se mantiene una descentralización tímida con un predominio presidencial excesivo y una limitada autonomía de los gobiernos locales y regionales, sólo por mencionar algunos de los problemas actuales.

En definitiva, el sistema político se mantiene bloqueado, impidiendo al que gobierna avanzar en su agenda; y el que pueda gobernar en el futuro, probablemente vivirá la misma realidad. En cierta forma, vivimos lo que una vez el politólogo italiano Norberto Bobbio llamó acertadamente “las promesas rotas de la democracia”, que es cuando no se cumplen los postulados de la soberanía popular y de la representación política⁵.

La situación del sistema de partidos

Durante mis más de cinco décadas en la actividad política he creído en la importancia fundamental de los partidos políticos. Creo firmemente que sin partidos bien organizados, fuertes, que estén en contacto permanente con los ciudadanos representando sus intereses y aspiraciones, no es posible la democracia. Por eso, el actual estado de los partidos, su desprestigio y la falta de vinculación con la sociedad es un problema de la máxima relevancia. Cuando los partidos se ideologizaron y polarizaron perdimos la democracia. Los actuales dirigentes partidarios deben estar a la altura del problema que hemos resñado. No sirven las excusas. Los dirigentes políticos deben asumir lo que el país hoy les está exigiendo.

Algunos desafíos futuros

Creo firmemente en la democracia. Viví -como muchos de los autores de este libro- lo que implicó su pérdida, con su estela de muerte, violación de los derechos humanos y dolor. Asimismo, creo en el reencuentro de personas que, habiendo tenido fuertes diferencias políticas en el pasado, lograron ponerse de acuerdo por el bien de Chile.

Por ello, será un deber de los actores políticos buscar la

5 Bobbio, Norberto (1986), *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica.

forma de recuperar los valores que hacen posible la vida civilizada, como lo son la amistad cívica, la confianza, la búsqueda del bien común y de un sistema de representación que sea eficaz, con el objetivo de recuperar la legitimidad social.

Sin lugar a duda, será difícil que en el corto plazo volvamos a tener un nuevo esfuerzo constituyente. Sin embargo, se deberá seguir intentando por la vía de reformas que se acuerden en el seno del Congreso Nacional para incorporar nuevos mecanismos de colaboración entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, que permitan un mejor equilibrio en el trabajo conjunto, así como cambios necesarios en los sistemas de representación y en la capacidad del sistema político en su conjunto para acercarse a la ciudadanía e interpretar sus demandas. Es necesario impulsar reformas para fortalecer a los partidos con mecanismos como la pérdida del escaño del parlamentario que renuncie a su colectividad, o la introducción en nuestra institucionalidad de mecanismos como las iniciativas populares de ley.

Pero, a pesar de todo, creo que un día, espero no lejano, podamos vivir en un país unido. Logramos en el pasado construir una democracia sólida y hoy somos muchos más los que mantenemos nuestros sueños y esperanzas.

Jorge Insunza

La caída del momento constituyente: escenas y reflexiones



Jorge Insunza nació en Santiago el 12 de febrero de 1967. Abogado de la Universidad Bolivariana, comenzó su actividad política desde muy joven. En 1983 fundó en su liceo el Comité Democrático para luchar contra la dictadura militar y fue uno de los precursores de la organización de los estudiantes de educación media que después revivió la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES). En 1984 fue expulsado del Liceo Experimental Manuel de Salas por estas actividades y luego

debió salir a Argentina tras un intento de secuestro por parte de la Central Nacional de Informaciones (CNI) del régimen militar. En la década del 90 comenzó una destacada carrera como analista político y consultor. En las elecciones parlamentarias de 2005 fue electo por el antiguo distrito N° 28 de la Región Metropolitana; y en los comicios de 2013 obtuvo la diputación por el antiguo distrito N° 9 de Región de Coquimbo, cargo que ejerció hasta 2015. Por un breve período, fue ministro Secretario General de la Presidencia del Gobierno de Michelle Bachelet. Es autor de los libros “La apuesta de Chile” (2005) y “Nudos ideológicos de la Constitución” (2018). En 2022 editó una compilación de los textos políticos de su padre, Jorge Insunza Becker. Es un activo militante del Partido Por la Democracia, miembro de la directiva nacional de la colectividad.

Cuando algunos amigos han enfrentado la duda de ser o no candidatos a una elección popular, siempre les decía que esa era una decisión muy personal, que exige una introspección sincera respecto a si su alma está conectada a un desafío de esa naturaleza; y que, al mismo tiempo, más allá de cualquier cosa, una elección sería un aprendizaje vital, un momento en que vivirían experiencias inolvidables y que, a pesar de sus momentos amargos, la recordarán con cariño. En toda contienda electoral se está sujeto a una ruda exposición, es cierto, pero tiene momentos entrañables y entrega lecciones que de un modo u otro acompañarán para siempre. Quizás por eso, soy de esas aves raras a las que les gustan las campañas, sobre todo por el fenómeno humano que encierran.

En la campaña al Consejo Constitucional, que fue muy corta y se desarrolló básicamente entre marzo y los primeros días de mayo de 2023, volví a tener esa sensación de vivir una experiencia clave y marcadora, y de asistir a un momento fundamental del país, de aquellos en que se palpita una crisis, un cambio más profundo. Estábamos frente a la caída de lo que hasta ese entonces llamábamos el “momento constituyente”, aquel que condensa la necesidad de un nuevo orden institucional, y que se cerró -paradójicamente- sin resolver la crisis.

Creo que vale la pena explorar y tratar de dilucidar su atmósfera, la trama que nos rodeaba, los personajes y conversaciones que prevalecían, porque creo que retratan un telón de fondo de la campaña y, por cierto, del país.

Prefiero detenerme, inicialmente, en algunas de esas “escenas” que más me marcaron y luego explorar reflexiones que me cruzaban en esos momentos y otras que mastiqué posteriormente.

Escenas de la Campaña

La distancia

En la Feria de las Pulgas de Baquedano, en Coquimbo, un domingo a mediados de marzo, fue cuando sentí más nítidamente el hastío que existía con una nueva elección. La mayoría aceptaba el volante con amabilidad, pero también con indiferencia. Me miraban, indagando brevemente si era el de la foto, pero sin mucho interés, sin mayores preguntas, siguiendo su camino. Pero también era donde más rechazo había a recibir cualquier papel, sin siquiera saber quién era. Muy pocos querían hablar. En muchos casos sentí que ya ni siquiera tenían ganas de expresar su rabia. A estas alturas, la indignación había perdido fuerza y sentido.

Entre ellos, venía un hombre que bordeaba los 60 años, delgado, enjuto, fuerte, de piel quemada por el sol, que miraba con calma qué había en los puestos y que, al decirle “buenos días, le puedo entregar este volante, por favor”, su expresión tranquila cambió a una mueca de desagrado y un movimiento de su mano y su cabeza que, sin decir palabra alguna, expresaba nítidamente “no quiero saber nada de eso, no me pase nada, no más”. Lo comprendí, no sólo su expresión, sino su sentimiento, y atiné a decirle “no se preocupe, lo entiendo”.

Uno de aquellos hombres, trabajador, maduro, de expresión reflexiva, que yo sentía podía compartir el desafío en que estábamos, transmitía toda su distancia y desilusión. Desde su severa sensatez me decía “no creo en esto”.

La amargura por el asesinato de una carabinera

Otro domingo, esta vez en la feria El Toqui de Las Compañías, en La Serena, íbamos saliendo y en el estacionamiento el cuidador que nos había acomodado, un hombre de unos 70

años, delgado, bajo y de voz ronca, con una expresión que transmitía toda su amargura, me reconoce y me dice: “¿Sabe lo que pasó?”. Le dije que no, prestándole atención, porque era evidente su tristeza, y me cuenta que en Quilpué había sido asesinada una carabinera. “Tenía dos hijos pequeños”, agregó.

Retuve su expresión, porque no era de rabia o esa mezcla de indignación e impotencia que naturalmente podía esperarse, sino una pena profunda, una sensación de desamparo, de que se podía esperar cualquier cosa, como un “no hay caso”. Su amargura era también una suerte de resignación, una auténtica desesperanza.

Sin nuevas alternativas

En la feria San Juan de Coquimbo, la dueña de uno de los puestos de verdura me contó el problema que tenía con los intermediarios: “Estoy empezando y solo tengo esto: los mesones, el toldo y pago mi patente. No tengo una camioneta o cómo traer los productos. Dependo de los intermediarios, que compran al por mayor o directo a los productores y ellos nos venden a nosotros. Ellos hacen la mayor ganancia y, como algunos también tienen sus puestos aquí, nos fijan el precio y si las ventas no están buenas, bajan sus precios a un valor menor al que nos vendieron a nosotros. Si todavía tenemos productos a la una de la tarde, nos quedamos acachados o tenemos que vender bajo el precio que compramos. Terminamos perdiendo”.



En esos mismos días, me junté con la presidenta de la Sociedad Agrícola del Norte, María Inés Figari, y en su descripción de lo que llamaba una “tormenta perfecta” que afecta al sector agrícola de la región, también consignó el abuso de los intermediarios, que castigan los precios de los productores. Ella también recalca que ellos se estaban llevando el mayor pedazo de la torta de la comercialización.

A propósito de la crisis de la sequía en la región, conversé con Teo Valenzuela, el ministro de Agricultura, y aproveché de contarle estos relatos. Me dijo que es un fenómeno que han detectado y que, como el control de precios es inviable, creía

que la solución pasaba por las cooperativas de productores. Me entusiasmó su planteamiento, porque en la región había una tradición en torno a ellas que se podía potenciar.

En abril, esta vez en Monte Patria, me junté con una asociación de productores y, en medio de las angustias por la sequía, apareció rápidamente la misma queja sobre los intermediarios. Esta vez me sentí con la tranquilidad de al menos poder plantear una alternativa y le mencioné la recomendación del ministro sobre las cooperativas. Me duró poco. Sin recriminación alguna, al contrario, como contándome algo con pena, la presidenta de la asociación me dijo: “Sí, podría ser, pero ha habido malas experiencias con las cooperativas. Algunas entraron en crisis o han tenido problemas de administración y hay varios casos en que algunos se han robado la plata”. La serenidad y aplomo con la que transmitía su desesperanza no me dejó espacio. Sabía que mi insistencia sería la de una idea abstracta, que aparecería como una ilusión frente a su experiencia concreta. Era más sensato expresar sólo mi comprensión y asimilar esa angustia, porque tenerla presente es lo que me obligaría a indagar nuevas alternativas. Era mejor el silencio.

Problemas recurrentes sin solución

En mis reuniones con los pequeños mineros de Illapel, Combarbalá y Ovalle, los relatos eran básicamente los mismos: hay oportunidades que se pierden por los costos de los trámites, firmas y permisos que se les exige. Muchas veces Sernageomin levanta exigencias que carecen de realismo o elevan los costos a un punto inviable para las pequeñas faenas; el alza en las patentes mineras, sin distinguir el tamaño de la actividad, ha terminado afectando a los pequeños mineros y fortalece la propiedad y la capacidad especulativa de los grandes; hay proyectos o áreas de concesión minera que sólo pueden ser explotados eficientemente por pequeños mineros o pirquineros, pero están restringidos por falta de disposición o de concebir acuerdos razonables con quiénes tienen concesiones sin explo-

tar; las dificultades de ENAMI les repercuten directamente y, a pesar de ser tratado tantas veces, subsisten los problemas de transparencia en la determinación de la ley del mineral, esto es, en el valor final de lo que van a recibir por cada carga que llevan.

En algunos casos es un problema normativo, en otros simplemente de criterio de la autoridad o estrictamente de gestión, ya sea de eficacia o de esa debida transparencia. Son todos asuntos conocidos, que cada cierto tiempo se vuelven críticos o que muchas veces sólo se amortiguan por los mejores ciclos de precios de los minerales, pero que acumulan malestar, desafección y bravura.

La sana rudeza de los pescadores

En abril me reuní con varias agrupaciones de pescadores de Coquimbo. Había conversado con el presidente de una de ellas y quedó de organizar el encuentro. Lo hicimos en uno de los restaurantes de la caleta. Llegué unos minutos antes, por la convicción de que la puntualidad es una expresión de respeto. Ellos llegaron todos juntos, también puntualmente. A medida que los iba saludando, con el apretón de manos firme, como me enseñaron que era lo debido, sentía la severidad de algunos, el desgano de varios y la cautelosa observación de otros tantos. Yo iba traduciendo esas expresiones como el escepticismo que tenían de juntarse otra vez con un político en campaña, que quizás qué ofrecería esta vez.

La intervención inicial del presidente que organizó la reunión, probablemente por lo que le había costado armarla, no facilitó mucho las cosas. Partió diciendo: “Bueno, don Jorge, aquí estamos para escuchar qué nos tiene que decir”. No pude evitar una leve sonrisa, que en ese minuto era solo mía, porque al menos ratificaba que mi percepción no estaba extraviada, pero también por la íntima satisfacción que tenía de estar frente a hombres duros, orgullosos de sí mismos, que saben hacerse res-

petar. Era un modo de decir que no estaban para ingenuidades ni tonteras superficiales. Como tenía la palabra y ya había un breve silencio de espera, preferí sincerar mi apreciación: “Asumo que han tenido muchas reuniones de este tipo y que, de una forma u otra, el tiempo los ha decepcionado. Espero no ser el caso y para eso quizás es mejor precisar de qué se trata esta conversación”. Y agregué que “el debate constitucional es de reglas generales. Sería distinto si yo fuera candidato al Congreso o al Gobierno Regional. No puedo ni haré promesas específicas, sería una falta de respeto de mi parte... y tampoco me las creerían. Lo que sí me importa es escucharlos, entender en detalle los problemas y desafíos que tienen y ver qué resguardos constitucionales se asocian a ellos. Por mi propia historia y formación, me importa resguardar sus intereses, el futuro de su actividad, y traducirlos en principios, derechos o normas generales. De eso se trata una Constitución”.

No inmediatamente, pero a medida que avanzaba la conversación, sobre todo -creo- a medida que iban sintiendo la autenticidad de mi interés, el clima de la reunión fue cambiando. No descarto -pensando ya con la distancia del tiempo- que ellos mismos captaron el respeto que generaban en mí, por la comprensión profunda que tenían de los problemas que enfrentaban, la información detallada que contaban de los hechos y las regulaciones que los afectaban; la precisión con que identificaban las redes de poder e influencia que se tejían alrededor de ellos; el orgullo con que contaban las peleas que habían dado; la satisfacción por aquellas que habían ganado y la mirada crítica que tenían de sus propios fracasos. No se pasaban películas ni se dedicaban al autobombo. A ratos, entre ellos había diferencias, que abordaban con rudeza, pero con respeto. Incluso, uno de los dirigentes con más ascendencia, que quiso agregar algo al relato de uno de ellos, fue cauto cuando el otro no quiso ser interrumpido, y guardó silencio con singular humildad, sin sentirse ofendido, como sabiendo que en ello radicaba parte de su autoridad. Con todo ello quiero graficar que estos hombres de mar tienen la estirpe de los dirigentes sindicales que han hecho escuela en la historia de Chile.

No diría que terminamos de amigos ni con una relación especialmente cercana, pero al menos todos sentimos que fuimos honestos y directos. Para mí, a su vez, fue reivindicar la idea de que sus demandas y aspiraciones, algunas de las cuáles son efectivamente constitucionales, tienen ese potencial de que un interés particular es y puede ser al mismo tiempo un interés general. Ese vínculo, que a veces es esquivo, fluía de esa conversación. El cuidado de los recursos del mar, los equilibrios medioambientales, la exigencia de altos estándares a las empresas sanitarias, el equilibrio con las actividades portuarias, el control a las grandes navieras, entre otras temáticas, están todas obviamente asociadas a su actividad, a cómo los afecta, los limita o los puede potenciar. Pero, paralelamente, todos estos asuntos también aluden a principios o criterios de orden general, que nos incluyen a todos. Ahí radica su legitimidad y, por eso mismo, debía asumirlo. Ellos tenían razones fundadas para enfrentar con sospecha la reunión. A pesar de esas razones, no han logrado resolverlas y el apoyo real para enfrentarlas sigue siendo esquivo.

El cansancio de los comités de vivienda

Por obligación legal, casi todos los días me llegaban correos de las actividades oficiales. No fui a casi ninguna, porque me topaba con otras actividades, eran en comunas distintas a las que estaría esos días o, francamente, también me iba a encontrar con grupos más organizados y probablemente ya vinculados a redes políticas o con el voto más o menos decidido, en circunstancias de que -en una campaña tan corta- trataba de llegar a públicos más masivos y a esos votantes más despolitizados, a los indecisos.

Sin embargo, la única de esas invitaciones a la que asistí fue a la entrega de subsidios de vivienda que se iba a hacer en el gimnasio del estadio de Coquimbo. Llegué justo a tiempo y casi toda la gente estaba sentada. Me quedé de pie un rato, observando. Las expresiones eran algo taciturnas, agradecidas, pero sin entusiasmo. Las personas eran llamadas a pasar adelante por grupos.

El Seremi, el director del Serviu, el alcalde y unos pocos concejales que había les iban entregando a cada uno el certificado, se sacaban una foto, esperaban a los demás y se sacaban una foto grupal. Ahí, las sonrisas eran auténticas, pero tenues y breves. Después se retiraban a sus asientos casi sin hablar y, para mi sorpresa, agarraban sus cosas, hablaban algo con el familiar que los acompañaba y se iban. Todos hacían lo mismo. Mi esperanza de poder saludarlos y hablar con algunos al cierre de la ceremonia se esfumaba grupo por grupo. Al final, a medida que se vaciaban las sillas, me senté en un borde para observar el panorama de una ceremonia sin energía, sin entusiasmo, sin mucha esperanza. Era la escena del famoso “papelito”, que quizás cuándo se iba a poder usar en una casa o un departamento real. El sueño de la casa propia seguía muy lejano.

También en Coquimbo, a fines de abril, se realizó la cuenta pública del alcalde. Esta vez llegué muy temprano y comencé a saludar fila por fila a la gente que ya estaba lista y ubicada para el evento. Cada organización se sentaba más o menos junta, me contaban algo de ellas y echaban las tallas de rigor. Al poco rato, me encontré con un comité de vivienda, todas mujeres, que me contaron contentas que en agosto recibirían sus casas. Sabiendo el trabajoso recorrido que eso significaba, les pregunté: “¿Hace cuántos años están organizadas, cuánto tiempo han esperado?”. Esta vez, sin perder la alegría de estar ya cerca de la entrega, una de ellas me dice: “Hace 14 años”. Yo abrí los ojos, apreté los labios sin dejar de sonreír, moví levemente la cabeza y, sin perder su tono, ella agregó: “Así fue, fue muy duro, nos costó mucho, pero lo logramos”. Transmitía el bonito orgullo de un largo sacrificio.

En Los Vilos, mi primera actividad fue una reunión con dirigentas que conocía desde cuando había sido diputado. Una de ellas llevó a otra que encabezaba un comité de vivienda. En su caso, estaban organizadas hace tres años, pero no habían podido avanzar, sobre todo por el costo de los terrenos privados y las dificultades -por indefinición de las autoridades, lentitud del Serviu o resistencia de las instituciones- que había para obtener un terreno público en el cual construir sus hogares. En los úl-

timos años, por ese retraso, se acumularon más de 20 comités que reúnen a más de mil familias, que todavía no logran resultados. Desde luego, eso agudiza el drama de los allegados, pero también que se extienda el fenómeno de los loteos irregulares y el conflicto de una toma de terrenos públicos, que hasta ahora -cuando escribo estas páginas- sigue sin solución.

La impotencia de la política

En las entrevistas radiales que tenía a diario, sentía que uno de los argumentos que más daba sentido sobre por qué era importante una nueva Constitución, era cuando describía la parálisis política de los últimos años: la reforma tributaria acababa de ser rechazada en la Cámara de Diputados; llevábamos ocho años discutiendo una reforma previsional, sin romper su bloqueo; la crisis de las Isapres era reflejo de una ley que no tenía solución desde el año 2011, hacía ya 12 años; las listas de espera en salud se habían agudizado con la pandemia y no había acuerdo político respecto de cómo reducir las; no teníamos consenso sobre cómo avanzar sobre el litio, el hidrógeno verde, la transición energética y el cambio climático. En fin, en cada ámbito las diferencias no tenían mecanismos de resolución, sino que prevalecía el bloqueo.

Esa descripción contenía fuerza crítica, lograba explicar la desazón con la que es vista actualmente la política, situaba el problema en un punto medular y se vinculaba esencialmente al sentido de una Constitución. Me sentía cómodo con ella, con claridad respecto de algo relevante.

Sin embargo, con el correr de las semanas, haciendo ese mismo ejercicio en varios encuentros con un grupo de personas, sentía cada vez más nítidamente que ese relato era entendido, que estaban de acuerdo, que había hechos evidentes de ese problema, que agradecían la sinceridad y asertividad de la explicación; pero que al mismo tiempo -como suele suceder con las explicaciones- les producía un cierto agobio, no visualizaban

cómo salir de este entrapamiento, no veían un futuro distinto, no generaba esperanza ni era emocionalmente movilizador. El entusiasmo que los abogados podemos tener por las normas, por el potencial que ellas representan, por sus posibilidades de cambio de la realidad, no lograba hacerles sentido y no dibujaba en sí mismo un futuro distinto. El cambio de la Constitución no garantizaba que eso fuera distinto. Por cierto, en eso había y hay algo de desconfianza con la política, pero también late detrás la intuición de que en esa parálisis hay algo más sustantivo, aunque todavía no se descifre o no se lo traduzca en palabras.

Era claro que la ventana de oportunidad del “momento constituyente”, ese conjunto de esperanzas que convergían en la idea de una nueva Constitución, ya se había desvanecido por completo. Era la consecuencia del fracaso de la Convención Constitucional de 2022, sin duda. Pero también hay un sentido de realidad en que los dilemas estructurales a los que estamos enfrentados van más allá de una norma, una ley o una Constitución. Es un juicio impreciso, pero que capta una anomalía.

En concreto, la estrategia de la campaña -pensada en torno a los temas constitucionales- se desvanecía frente a mis ojos.

El interés de conversar

Mi última actividad de campaña fue un encuentro con una familia de Las Compañías. Son 12 hermanos que mantienen la tradición iniciada por sus padres de decidir juntos por quién votan todos. Lo han hecho así por muchos años y ahora la hermana mayor heredó la condición de matriarca de ese proceso: los convoca, encabeza la reunión y pronuncia la decisión. Me decían que entre hijos, nietos y parejas son más de cien... y que se alinean a la hora votar.

Como ya había sucedido en otras ocasiones, al principio prevalecían las miradas penetrantes, que auscultaban o querían saber de qué madera estaba hecho. Algunos opinaban con seriedad, transmitiendo su desazón o derechamente su “cabrea-

miento” por las cosas que estaban pasando en el país; otros eran más inquisitivos, para entender bien o saber con precisión mi pensamiento. A ratos era un auténtico examen de grado. Me daba gusto eso, porque es la escena de gente inteligente, atenta al país y a sus vidas, que se respeta a sí misma y que toma estas decisiones con la dignidad y responsabilidad debida.

En un momento de la reunión, cuando ya llevábamos unos 40 minutos, el hermano que era inicialmente el más arisco, tuvo un giro. Para él la clave fue mi explicación sobre por qué una nueva Constitución nos podía ayudar a superar la crisis de los últimos años. Su preocupación estaba ahí, en cómo recuperar la tranquilidad y la seguridad.

De ahí en adelante ya movía levemente la cabeza apoyando cada cosa que decía, cada ejemplo que daba... y eso fue animando al resto. La conversación adquirió un tono de confianza, porque había logrado acoger algo esencial. Los abrazos, apretones de manos, sonrisas y bendiciones o apoyos se fueron sucediendo al despedirme.

Una crisis inconclusa

Los retazos que describo, de solo algunos momentos, los retengo como un punto de referencia o una alerta a tener presente para apreciar el momento, sus rasgos y tendencias latentes.

La acumulación de crisis que nos rodea es un auténtico cambio de época, que en su marcha tiene sucesivos períodos de crisis más agudas. El mundo sin duda se está reordenando, con enormes cambios en muchos campos, pero por ello mismo toma tiempo y tiene su propia dinámica, no muy controlable. A pesar de los entusiasmos revolucionarios, que tienden a creer que un hito o algunos hechos consolidan en sí mismos un cambio radical, son procesos largos. Esos hitos pueden ser un cambio de poder, pero las tendencias más profundas que incuban toman tiempo en decantar. En ese intertanto, sin embargo, sus efectos tienen un potencial caótico que inevitablemente generan

incertidumbre. Su dificultad es que, efectivamente, muchas crisis son respecto de causas estructurales de algún tipo, que están sujetas a muchas variables, y por eso son más difíciles de manejar y resolver. Están llenas de contradicciones.

Eso explica, en contra del ensueño voluntarista, por qué los gobiernos tienen menos margen de maniobra y viven más en manejos de crisis que en el despliegue de sus programas. Hay una mayor confusión estratégica y los grandes relatos tienden rápidamente a generar desilusión, porque se desvanecen.

Esto, que racionalmente es comprensible, que lo podemos diseccionar analíticamente y que alguien -equivocadamente- puede creer que exculpa las debilidades de los gobiernos, la mayoría de la población lo vive desde su experiencia, no desde las explicaciones: las crisis los afectan directamente, el futuro es incierto, la inestabilidad genera angustia, la impotencia produce rabia y el discurso político, al perder sus posibilidades de cambio o de acción, también pierde poder y sentido. Si el poder pierde poder, vale decir, incidencia en la realidad, es obvio que pierda confianza.

Vale decir, ese juicio crítico de la gente está conectado a un sentido de realidad, es un juicio fundado. Más allá de cualquier explicación, por muy razonable que sea, se traduce en la percepción de una política inútil, en sucesivos gobiernos que no logran avanzar mucho, que no hay resultados ni logros para sus vidas. Esa es la fuente de la distancia y la desconfianza hacia la política.

Para efectos de ponderar el clima que rodeó la campaña, importa recalcar esto: la distancia y el desinterés que esta contienda generaba no responde linealmente a una despolitización, aunque en un sentido limitado a la política partidista lo sea, porque expresa una comprensión del estado de los asuntos públicos. Tampoco se debe a una suerte de ignorancia, en este caso deliberada, de no querer saber, de ya no querer escuchar otra cantinela. Es más bien un escepticismo sensato, que sabe, pondera o intuye que “por ahí no va la cosa”. Es decir, hay una sabiduría popular en esa distancia.

Eso mismo genera, a su vez, que las palabras vayan perdiendo sentido. Todo un arsenal de conceptos y expresiones

pierden fuerza, ya no significan lo que antes lograban representar. Es lo que sucedió con la sola idea de “Constitución” o es lo que ya pasa con la noción de “reformas”. Incluso, en un clima de desconfianza, aquello que antes era valorado en un sentido republicano, como el “acuerdo”, el “sentido de Estado”, los “consensos país” o la “mirada de largo plazo”, no generan certeza o algún imaginario. Son expresiones que se han vaciado de contenido. La declaración de un propósito, de un objetivo, de un fin, se vuelca rápidamente a la necesidad de responder al cómo hacerlo, un “ya, pero qué hay que hacer” o “en concreto, qué van a hacer”.

Un factor complementario, pero algo distinto del anterior, es que el cambio estructural al que asistimos, aterrizado al dominio de cuáles son los cambios institucionales que se gestan, cuáles son las políticas públicas más adecuadas o cuáles se adelantan a algunas tendencias; o también respecto de cómo se estructurarán algunos mercados e industrias hacia el futuro, lleva a que lo que consideramos “una solución” va perdiendo su vigencia o tiene un alcance limitado o derechamente carece de sustento. Cambios tan profundos van dejando atrás los viejos enfoques y lo que después consideraremos esas “soluciones” serán alternativas que hoy recién asoman o están en disputa. Los relatos sobre el problema de los intermediarios y las cooperativas, las dificultades de los pequeños mineros, las contradicciones entre los pescadores y otras industrias o actividades económicas, o la evidente crisis de las políticas de vivienda, reflejan esa realidad. En rigor, sólo son botones de muestra de un fenómeno mucho más extendido.

Cada reforma estructural que hemos emprendido o que está actualmente en debate se encuentra con esa complejidad: la creencia de que la organización del sistema educacional haría la diferencia de calidad exhibe sus flaquezas ante fenómenos pedagógicos aún más profundos; la tensión entre capitalización y solidaridad en la reforma de pensiones se expresa como un choque de intereses y expectativas de distintos sectores sociales, y también de distintas generaciones; cada revolución tecnológica significa cambios, desplazamientos o destrucción de empleos, algunos a gran escala; la diferencia que hay entre un mundo em-

presarial más consolidado y globalizado, y por lo mismo más cosmopolita, liberal y atento a la agenda mundial, y aquel empresariado frágil, que va quedando atrás, que tiene dificultades de adaptación o las pymes que apenas pueden cubrir sus costos, es donde penetran las consignas facilistas de la ultraderecha; la propia transición ecológica significa costos, limitaciones y exigencias que también afectan a sectores económicos y sociales concretos, como se aprecia en la madeja que existe alrededor de la transición energética, que se ha transformado en una disputa de intereses empresariales a ratos muy cruda.

Es decir, entrar en las profundidades de tantos cambios simultáneos -muchos de ellos en rigor inevitables- constituyen un enorme desafío de comprensión del momento y de las tendencias en curso, de estudio de las contradicciones en juego, de identificación de cuáles pueden ser los criterios generales más justos que deberían orientarlos y qué estrategia se debe seguir para abordarlos. Nada de eso es obvio ni simple. Por eso, las generalidades declarativas sirven tan poco, o sólo sirven por un momento, como flores comunicacionales de un día.

Dicho en términos históricos, los cambios revolucionarios que se están produciendo en el mundo van a significar modificaciones institucionales que todavía no configuramos o no delineamos. Paradójicamente, la discusión constitucional respondía a esa necesidad: qué órganos renovar, qué modificaciones al sistema político realizar, qué nuevos derechos fundamentales impulsar. Sin embargo, estando en medio de la crisis, además de la ceguera y la pequeñez que hubo en ambos procesos, no tuvimos capacidad de resolver esos nudos.

Tal vez, si lo miramos con mayor humildad, todavía no estábamos en condiciones de hacerlo. Hay tendencias que todavía deben decantar antes de configurar con mayor claridad cuál será su arquitectura institucional. Todavía tenemos muchos puntos ciegos.

Esta reflexión, si me permiten otro relato, nace de otro diálogo que me marcó. Haciendo puerta a puerta, un hombre de unos 65 años me dijo respetuosamente: “¿Sabe?, yo en realidad

no creo en esto que están haciendo”. Le pedí que me contara más por qué pensaba eso y, luego de un par de argumentos de la coyuntura, agregó: “Mire, ustedes mismos dan como ejemplo las constituciones de Italia o Alemania, pero esas constituciones se hicieron después de la guerra, no en medio del conflicto, y nosotros todavía estamos en medio del conflicto. No creo que vaya a resultar”.

A la luz de los hechos, ¡cuánta razón tenía!

Hacia fines de marzo, sobre todo tras los diálogos que describo en las ferias de sectores populares de Coquimbo y La Serena, me formé la percepción de que estamos frente a un riesgo democrático, esto es, que se están formando condiciones para una regresión autoritaria, corta o relativamente prolongada, por el estado de ánimo que genera el bloqueo político y la percepción de que la democracia no funciona, que no logra resultados ni resguarda su autoridad moral.

En la propia ciudadanía hay una ambivalencia, porque normalmente declara que valora los acuerdos y a los liderazgos que son capaces de construirlos, pero al mismo tiempo no sólo vota por quiénes tienden a la polarización, sino que también sitúa como un alto valor las convicciones que los liderazgos pueden encarnar, aunque ello los lleve a la rigidez, a resistir las concesiones que cualquier acuerdo requiere. El solo discurso del acuerdo, enseguida, tampoco hace sentido. O se desconfía de él, porque puede haber “gato encerrado”, o resulta impreciso, indeterminado, ausente de contenido propio.

La radicalización de las élites también es una radicalización de la ciudadanía. Los momentos jacobinos y su reacción conservadora también suceden en la sociedad. Uno de nuestros errores ha sido creer que, frente a la polarización, la gente demanda moderación, traducida como equilibrio, integración de posiciones, articulación o, genéricamente, como consenso o acuerdo. Por eso mismo, la idea de “centro político”, si es que existe en alguna parte, ha perdido tanto sentido.

El momento tiende a exigir, más bien, que frente a la sensación de inseguridad haya una demanda de certezas; si se quie-

re, de nuevas certezas. La gracia de los polos, aunque su dinámica genere cansancio y hastío, es que transmiten esa seguridad. La historia enseña que eso sufre su propio agotamiento, pero es un ciclo. En ese intertanto, la sola moderación no logra construir un espacio. La diferencia respecto de los polos también requiere su propia radicalidad, ya sea laica, secular, liberal, en nuestro caso socialdemócrata o, para otros, socialcristiana. Para que ello adquiera identidad en la ciudadanía requiere distinguir y expresar cuáles son sus valores fuertes.

La convicción que creo que esta campaña reforzó es que, frente a las incertidumbres que una época de cambios tan sustantivos produce, requiere de ideas y valores fuertes para constituirse en un espacio de poder, esencial para otorgar certeza y seguridad a la ciudadanía.

Nuestro resultado en la campaña, nuestra derrota, se debe en gran parte a que no logramos construir un espacio de poder e identidad suficientemente fuerte como para transmitir esa certeza, esa capacidad de cambiar el estado de cosas. La división del Socialismo Democrático, que el PS fuera en una lista y nosotros -el PPD- en otra, agudizó esa incapacidad.

Por último, el progresismo que nosotros representamos tiene espacio en la sociedad en la medida que represente una esperanza y no sólo una crítica. En tiempos de desesperanza y desilusión, lo que prevalece son los valores conservadores. El miedo tiende al refugio, a la sobrevivencia, a los instintos básicos y, a partir de ahí, a distintas formas de individualismo, personal, familiar, de grupo, de clase, de nación o de etnia, de religión o cultura, que desde luego también lo será de intereses concretos de diversos sectores de la sociedad. Los valores progresistas y la conciencia respecto de ellos, en cambio, tienen lugar cuando logramos despertar la imaginación de un futuro mejor, y que esa posibilidad adquiera sentido de realidad para la mayoría. La crítica adquiere potencia cuando su descripción dibuja otro futuro y, al contrario, como suele ocurrir en los últimos años, si la crítica sólo transmite impotencia, un dar cuenta del estado de las cosas que no visualiza soluciones o alternativas y que, más bien,

se transforma en un círculo vicioso, en una especie de eterno retorno, cae en un vacío que sólo alimenta la ética y el discurso conservador.

No estamos representando una esperanza, que en estos tiempos requiere ser concreta y real. Ese es nuestro mayor desafío político, conceptual, programático y de acción, de cómo lograr avances.

Para mí, esta campaña tenía algo de cierre de un ciclo vital, porque inicié mi actividad política luchando contra la dictadura, a los 16 años, en 1983, y soy de los que creen que ello no ocurrirá del todo mientras subsista el núcleo dogmático de la Constitución de 1980. El gran fracaso de la Convención Constitucional de 2022 fue ese, agravado porque quisieron repetir su lógica y no salir de ella; esto es, establecer una Constitución ideológica y programática, y no rescatar la tradición del constitucionalismo democrático, que más bien cree en textos mínimos.

La campaña tenía ese sentido y, por lo mismo, me era indiferente la limitación a que, si era electo, no pudiera participar de las próximas elecciones. Ser parte de ese cierre era un modo de cumplir un propósito mucho mayor, como para toda mi generación fue ganar el plebiscito de 1988 y después, poco a poco, gestar pequeños triunfos que iban dejando atrás la dictadura.

A fines de febrero, compartí esta reflexión con un grupo de amigos muy cercano, que serían parte del grupo de confianza política para analizar y orientar la campaña. Ellos la entendieron y la compartieron, pero al mismo tiempo -con la franqueza que estos equipos deben ponderar las cosas- todos remarcaron que ese mensaje no haría sentido. Podía estar en la médula de lo que pensara o hiciera, pero era un motivo algo nostálgico que no le haría sentido a la mayoría. Con pena reconocí que tenían razón. Con el correr de esas semanas, además, como relaté previamente, se volvía claro que tratar de hablar de los dilemas constitucionales era muy difícil.

Yo tenía un error de apreciación. Creía que el momento constituyente estaba vigente o que, al menos, se trataba de otra fase de lo que da forma a eso que llamamos momento consti-

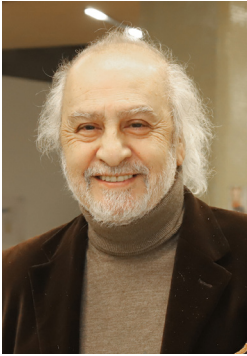
tuyente. Pensaba que el Plebiscito de septiembre de 2022 había sido la derrota de la fase jacobina de ese momento, su auténtico Termidor, pero que sobrevivía en la ciudadanía la necesidad de un acuerdo político y social suficientemente transversal para tener una nueva Constitución. Lamentablemente, una cosa es que en las encuestas la gente mayoritariamente diga que está de acuerdo con una nueva Constitución y otra que ello constituya en sí mismo un momento constituyente, esto es, que en el imaginario de la sociedad ello condense u ordene las esperanzas de un conjunto de cambios.

Cuando hablamos de la “gran farra” de la Convención Constitucional es, en realidad, que generó un agotamiento del momento constituyente, lo llevaron al desprestigio, le restaron legitimidad y fuerza, lo vaciaron de sentido y contenido. La elección no fue sobre la Constitución, el clivaje de la elección no estuvo en torno a ella.

Ese desafío seguirá todavía pendiente.

Miguel Littin

La lección electoral: la Constitución en las calles



Miguel Littin nació en Palmilla el 9 de agosto de 1942. Destacado director de cine, estudió en la Escuela de Arte Dramático de la Universidad de Chile. En 1963 fue asistente de dirección de Helvio Soto, para luego emprender una prolífica carrera como director cinematográfico, desarrollando temáticas sociales y políticas. Se consagró con el filme El Chacal de Nabuelto (1969), en el cual denunció la marginalidad del campesinado y el absurdo accionar de la justicia. En 1971, el presidente

Salvador Allende lo nombró presidente del directorio de Chilefilms. Durante la Unidad Popular estrenó el documental Compañero Presidente y filmó el largometraje La Tierra Prometida. Tras el golpe de Estado de 1973, partió al exilio a México y luego a España. En 1976, con Actas de Marusia ganó el Premio Ariel a la mejor dirección, guión y mejor película. En 1985, regresó clandestinamente a Chile para filmar Acta general de Chile, documental que inspiró a su amigo Gabriel García Márquez a escribir Las aventuras de Miguel Littin clandestino en Chile. Militante histórico del Partido Socialista de Chile, fue alcalde de Palmilla por dos períodos, entre 1992 y 1994, y entre 1996 y 2000. Ha sido nominado tres veces a los premios Oscar, dos veces en el Festival Internacional de Cine de Cannes y ganador de nueve premios Ariel. Fue distinguido como Dr. Honoris Causa en Arte por la Universidad de La Habana. En 2015, fundó el Instituto de Altos Estudios Audiovisuales de la Universidad de O'Higgins.

Querido Sergio, en las próximas líneas intentaré relatarte una de las experiencias más importantes que me ha tocado vivir en los últimos años.

Habida cuenta, estimado amigo, que hoy día, estando ya lejos las pasiones de la contienda electoral, tengo al menos dos caminos. Uno, intentar el análisis de esta controvertida experiencia político-social o tomar el atajo del relato humano que, de una u otra manera, retratará -en parte- rasgos íntimos de lo que constituye el ser nacional y su perenne zigzaguo entre posibles alternativas políticas. Iré por la segunda y dejaré el análisis para mentes más expertas en definir situaciones sociales que expliquen el movimiento oscilante del ciudadano chileno, con un pie en la cordillera y el otro en el mar, de modo tal que en medio está el vacío.

Tomada la decisión de aceptar la propuesta de presentar mi candidatura a consejero constitucional por la Región de O'Higgins -cuestión nada fácil-, había cumplido en el último agosto (2022) ochenta años y tenía en mi cuerpo las huellas presentes del tiempo transcurrido. ¡Ochenta años, bien vividos! Digo ahora, parafraseando a Salvador Allende.

Consulté con Ely buscando naturalmente su aprobación en esta nueva aventura. Ella me miró, intenté adivinar sus pensamientos en el fondo verde de sus amados ojos. No dijo nada, pero en lo insondable de su mirada apareció una pequeña luz que era, sin duda, una señal. Entonces, salí a la calle y partí.

No teníamos plan ni propaganda, ni lo que los políticos de la zona, llámense gobernadores, asesores, expertos, y un largo etcétera, demandaban: "Tácticas y estrategias".

La primera reunión con los expertos políticos fue un verdadero desastre, ya que comenzaron en forma sibilina de malos actores de reparto a criticar mi cantidad de años (hecho irrefutable), mi falta de experiencia política y, con gran rapidez, profetizaron mi inminente derrota. La situación tenía como escenario un comedor de un intrincado y tenebroso restaurante de algún lugar (de esos nombres de los que uno no quiere acordarse) en Rancagua. Respondí con la energía necesaria, exigiéndoles

a mis inflexibles inquisidores que exhibieran en público lo que ellos habían logrado en los tiempos de sus vidas, en comparación con la mía. Rápidamente quedé solo en el restaurante, ya que la mayoría de los presentes se retiraron junto con las altas autoridades. Bien, le dije a José Manuel, hijo de un querido hermano de mi madre, quién sería mi fiel compañero durante toda la campaña. José Manuel Cucumides es socialista de nacimiento y, por tanto, era la persona óptima para acompañarme en esta nueva aventura.

Vámonos de aquí, le dije, vámonos de aquí volando, que aquí no nos quiere nadie, repetí citando entre risas la frase que Gabriel García Márquez le atribuye a Simón Bolívar en su novela “El general en su laberinto”.

Esa misma tarde casi por azar nos dirigimos a San Vicente de Taguatagua, distante a más de 100 kilómetros de Rancagua. Cuando llegamos, la ciudad se encontraba casi desierta. Arribamos a la plaza de armas, nos detuvimos, me acerqué a la única persona que sentado en un amplio escaño de la plaza parecía dormir su siesta. ¿Me permite? -pregunté, y él hizo un gesto vago y señaló a su lado-. Son públicos, respondió. Buenas tardes, saludé; buenas, me dijo.

Era un hombre de mediana edad y rasgos marcados a fuego por el sol inclemente de las tres de la tarde; calzaba gorra de un color rojizo, jeans y zapatillas. Soy candidato a... comencé a explicar. Y yo estaciono autos acá en la plaza, me respondió, y tengo sed...ésteee -alargó la e en forma bastante despectiva- ¿Cómo dijo que se llamaba?

En realidad no fue demasiado auspicioso mi primer contacto ciudadano. Luego vi venir hacia mí a una señora de aspecto amable, vestida con cierta elegancia un poco antigua. Poniéndome de pie le pregunté después de saludarla: ¿Qué piensa de la nueva Constitución. ¿Qué piensa usted? Me respondió. Que es necesario cambiarla, le dije. ¿Por qué? -sonrió- si así estamos bien, concluyó. Haciéndome un pequeño saludo cruzó en dirección hacia el otro costado de la plaza donde se alzaba la iglesia principal del pueblo.

Un poco más tarde nos dirigimos a otras calles aledañas a la plaza. Bajé del auto y con decisión casi heroica empuñé una bandera que tenía mi nombre y la enarbolé ante la absoluta indiferencia de las personas que transitaban por las calles. Unas jóvenes mujeres me confesaron tiempo después que me habían confundido con un vendedor de objetos deportivos.

En estas circunstancias, tomando en cuenta la precaria realidad, comenzamos por establecer un plan basado en la colaboración de amigos y militantes socialistas en las comunas en las cuales teníamos nexos de amistad. En Nancagua contamos con el entusiasmo de un exconcejal que en la clandestinidad de la dictadura se hacía llamar Camilo, en honor a su admirado Camilo Escalona, hoy secretario general del Partido Socialista. En Placilla se nos sumaron algunos militantes socialistas, y en San Fernando visité a una familia a la que conocía desde los tiempos en que vivimos en esa ciudad. El problema es que la casa estaba vacía desde hacía muchos años y nadie recordaba a la familia que yo buscaba. La verdad es que la realidad era cruel y no estaba muy alejada de lo que habían expresado los “expertos” electorales. Tenía a mi favor, sin embargo, la unanimidad con la que me habían proclamado las bases del Partido Socialista, las que en ese momento no pasaban, en el mejor de los casos, de ser una abstracción poética.



De modo, querido amigo, que nuestras fuerzas eran escasas y, además, solicitaban que les entregáramos algunos artículos publicitarios, por los menos una foto del candidato.

Se me ocurrió entonces escribir una carta dirigida a los electores donde explicitaba mi compromiso constitucional con al menos 15 puntos en referencia al trabajo, a la educación, a las pensiones, a la seguridad ciudadana, a los derechos de la mujer,

así como a la necesidad del agua y el orden de los riegos, mencionando también las necesidades de la cultura y la creación. En el escrito señalaba mis compromisos anteriores, mi trayectoria como cineasta comprometido con los derechos ciudadanos de los chilenos, mi lucha en la dictadura y mi experiencia como alcalde de la comuna de Palmilla. Una amiga de esta ciudad -la Pili- poseía una impresora y en ella procedió a imprimir 100 ejemplares, lo que para nuestra sorpresa se agotaron de inmediato.

Me reuní con todos los que éramos. No pasamos de cinco efectivos a los que se nos unió Margot, poderosa compañera de figura menuda, cabellera ensortijada, ágil de palabra y dueña de una embrujadora capacidad de entablar diálogo directamente con la gente en toda circunstancia. Me mandó el senador, conozco al candidato y me gusta porque es claro y tiene carácter, nos dijo. El senador al que se refería era Juan Luis Castro, quien fue el único que me apoyó hasta el final de la campaña.

Junto a lo que llamé los tres mosqueteros que, como en la célebre novela de Alejandro Dumas, eran cuatro, y cinco con el candidato, para establecer un plan básico de acción, que consistía en ir creando comuna por comuna bases que, a partir de ellas, nos permitiera crecer con la rapidez necesaria, para finalmente llegar a San Fernando, capital de la Provincia de Colchagua, a Rengo y San Francisco de Mostazal, y de allí arribar a Rancagua con todo nuestro capital electoral acumulado.

Rancagua, la ciudad capital, reúne la mayor cantidad de electores de toda la región y constituye en sí misma el punto principal de toda elección, pudiendo elegir ella misma el candidato que sepa seducirla. Rancagua era, por tanto, nuestro Jerusalén. Ciudad arrogante, misteriosa e inaccesible, orgullosa de su historia. Asomarse a su plaza es un acto audaz y casi un suicidio político. Sería, por lo tanto, nuestra batalla final, ni antes ni después.

La Región de O'Higgins está compuesta por 33 comunas muy alejadas unas de otras, repartidas en 16.387 kilómetros cuadrados. O sea, más extensa que algunos países de Europa y al

menos la mitad de Bélgica. Cercada por la cordillera de la Costa, los caminos serpentean alegremente entre prodigiosos viñedos, enormes piedras que semejan animales prehistóricos en cabalgatas infinitas, de modo tal que a menudo se tiene la sensación de que, por mucho que uno camine, siempre retorna al punto de partida.

Un amigo de Rengo dueño de una imprenta nos obsequió un mapa gigante que salió milagrosamente del vientre de una intrincada máquina. Allí estaban marcados todos los pueblos y villorrios de nuestra región. José Manuel adquirió unos alfileres rojos y unos plumones de colores, y con ellos asistimos a una reunión regional del Partido Socialista en Santa Cruz. Extendimos el mapa y ante la extrañeza apenas disimulada de los expertos y militantes dimos a conocer el plan de acción. Es decir, la táctica y la estrategia tan requerida desde el inicio mismo de la campaña. En definitiva, expresé que nuestro objetivo consistía en llegar a la gente, que no me interesa el contacto con alcaldes o autoridades, pues ellos saben lo que tienen que hacer. Dije que nuestro objetivo es la gente y es a las personas a quienes tenemos que convencer.

La verdad es que no logré romper el escepticismo, sin embargo les aseguré: yo no he perdido nunca una elección y no será esta la primera vez. Vamos a ganar, porque con nosotros está la verdad, la transparencia y los principios.

Los militantes socialistas de provincia, en especial de la región, son gentes curtidas en innumerables batallas electorales. Desde las legendarias campañas de Salomón Corbalán al épico recuerdo de Joel Marambio, el último diputado por Colchagua que encendió las venas y la sangre de los campesinos de esta azarosa tierra. Pero estos antiguos guerreros a los que tenía enfrente estaban acostumbrados en los últimos años a perder una elección tras otra. Sin embargo, y a pesar de las experiencias anteriores, recibieron mis palabras con cierta emoción, como un eco de otros años en el que las victorias populares constituían la base misma de su ser político encerrado en la utopía y anhelo inherente de los socialistas chilenos. Ellos me dieron la primera

señal y supe entonces que la cuestión no era ganar o no las elecciones, si no dar la batalla con el entusiasmo y la seguridad de un hipotético triunfo.

¿No había asegurado Walt Whitman que “las batallas se pierden con el mismo espíritu con el que se ganan”? Tito Valenzuela, ex alcalde de Santa Cruz, me ofreció generosamente su radio “Luna Santacruzana”, donde tuvimos las primeras entrevistas y los primeros jingles que salieron al aire, creando los puentes necesarios entre las comunas, lo que derivó en nuevos y entusiastas adherentes, sobre todo mujeres, y en especial un grupo numeroso de cuidadoras, quienes nos invitaron a tomar té en una de sus casas. Allí me revelaron con palabras sencillas y elocuentes sus íntimos secretos. “Quiero bailar -dijo una de ellas con voz apenas audible- pero no puedo porque tengo que cuidar a mi enfermo”. “A veces quisiera salir a tomarme un café”, susurró una señora de unos setenta o más años. “Quisiéramos que se reconocieran nuestros derechos”, explicó una mujer morena, fuerte y agraciada, mientras nos servía un exquisito trozo de pastel hecho por ella misma. Las palabras fueron tejiendo un aire familiar y una emoción creciente. Yo las miraba una a una. Se habían vestido con sus mejores ropas para la ocasión. Sus ojos apenas maquillados brillaban como espejos a la luz del atardecer mirándose unas a otras, escuchándose con respeto y otorgándole sentido a la palabra solidaridad. Yo, de pronto, sentí el rubor que me recorría las mejillas. Eran tan simples las demandas, tan sencillas y verdaderas, que sentí de pronto el calor suave y áspero de una mano, la apreté con fuerza. Una de ellas con el cabello oscuro en que comenzaban a aparecer las primeras canas y que se había mantenido en silencio, comenzó a decir: “Tengo 53 años y vivimos los tres en la casa, cuido a un parálitico; a veces con mi marido... la verdad es que hace mucho tiempo... que no tenemos relaciones. Mi papá está siempre ahí... y yo no puedo echar fe de su cuerpo”. La mujer echó a llorar quedito. Nos abrazamos todas y todos, y a partir de esos momentos, ese grupo de cuidadoras no abandonó nuestra campaña y fueron apareciendo milagrosamente en todos los lugares que visitábamos.

Banderas en mano enfrentamos la primera feria libre en Nancagua. Allí, entre verduras, frutos, papas, toronjil, tomates y porotos; y un sinfín de colores, esplendidos azules, amarillos deslumbrantes, rojos encendidos, colores y volúmenes perfectamente ordenados, encontré el milagroso recuerdo de amigos que habían trabajado conmigo en “La Tierra Prometida”, película filmada en 1972. “¿Es que no se acuerda de mí?”, me interrogó una señora enorme, de generosos senos, de anchurosas formas y enorme sonrisa. Toda ella abarcaba por completo el espacio existente. “Soy la María Rosa y yo con mi mamá fuimos a filmar las tierras prometidas del Miguel Littin. Aquí estuvimos, en estos cerros en invierno y en verano”, dijo con convicción. Yo pensé: cuántos años habían pasado desde ese entonces, exilios, persecuciones, dolores. Sin embargo, ella reía y su risa borraba los horrores. “Mírenlo, ¿cómo no se va a acordar?”, siguió ella. Y le respondí: Sí, nunca lo olvidaré, ¿cuántos años tenía usted Ud.? “Era cabra chica, andaría por los 12 y era una pitufa flaca y raquítica pues don... mi mamá ya murió y a mi papá y mis hermanos se los llevaron... bueno... usted sabe... ¿Y qué anda haciendo por aquí, oiga ¿de candidato a? Por aquí va a encontrar muchos que anduvieron con usted en las películas”, prosiguió ella, sin atender a candidatura alguna. “Mire ahí enfrente, ¿ve al gordo ese con cara de enojado que vende papas? Ese también anduvo con nosotros”. Y enseguida gritó: ¡Hey! ‘on José, ¿se acuerda de cuando andamos en las películas de ‘on Littin?”. El hombre gordo me miró y de pronto cambió la hosquedad de su rostro y apareció la sonrisa de un niño. “Cómo no me voy a acordar”, exclamó, “si éramos tan felices”.

Y fue así, de feria en feria, como fuimos avanzando con la campaña. En unas se me acercaban por “La tierra prometida” y en otras, más cerca de Rancagua, por “El Chacal de Nahueltoro”. Las conversaciones eran ricas en historias y cuando me pedían que planteara mi programa de acción en caso de ser elegido, aprendí que debía hacerlo con el lenguaje claro y transparente de mis interlocutores.

Chimbarongo. Sentado en una regia silla de mimbre que me ofrecieran los locatarios en una de esas jornadas, comencé

a jugar con una baraja de naipes chilenos que estaban a la mano. De improviso se me acercó una mujer joven que lucía espléndidos collares en su cuello. “Véame la suerte”, me pidió. Sorprendido, la miré y antes que dijera nada, me casi suplicó: “Por favor”. Entonces, extendí frente a ella cuatro cartas y le pedí que escogiera una. “No me la muestre”, le pedí, y agregué: “Ahora, concéntrese y piense en tres deseos y no los diga”. Comencé a descubrir las cartas en silencio, abrí el mazo y le solicité con voz y ademanes profesionales que no delataran mi impericia en el manejo de cartas y los destinos.

“Saque una”, le dije, y extendí el mazo: “Ábrala”. Ella lo hizo casi de forma religiosa. “Ahora, muéstremela”, ordené susurrante. Así lo hizo la joven y frente a nuestros ojos apareció el as de oro seguida de una apuesta sota de basto. “Ha ganado, sus deseos se cumplirán”, le dije con tono de triunfo. “Ahora sí”, respondió ella y sonrió, abriéndonos la mañana y regalándonos la frase que sería, a partir de ese día, el lema de la campaña: ¡Ahora Sí!

Levanté la vista de las cartas. Frente a mí, un grupo numeroso de personas aplaudieron felices y luego me pidieron que viera su destino en las cartas, uno a uno. Así, el juego de las cartas se constituyó a partir de ese día en un acto relevante de nuestra campaña, llenándola de alegría y dándole un aire distinto, alejándonos de controversias y discusiones, las cuales se dieron -sin embargo- en acalorados foros de los cuales aprendimos a escapar como juglares medievales.

Un buen día aparecieron papeles impresos con mi cara y algunos carteles que René Cubillos, de Palmilla, y la Pili, su compañera, repartieron en algunos puntos estratégicos de los caminos principales. La verdad, estimado Sergio, es que a esas alturas había logrado vencer el cansancio de los primeros días, dejar atrás mis dolores de espalda y comenzar a gozar los vientos de campaña que corrían ahora, al parecer, a nuestro favor.

Cumplido el plan de establecer presencia en los lugares más apartados y antes de enfrentar Rancagua, llegamos nuevamente a San Vicente de Taguatagua, donde semanas antes ha-

bíamos iniciado en solitario la campaña. Margot y su grupo de jóvenes mujeres se habían anticipado y nos esperaban en la feria libre de la comuna. Poco antes había hablado por la radio, anunciando nuestra visita a la feria. Cuando me bajé del auto y me dirigí al interior de ese gran recinto, fui rodeado de rostros amigos y, para mi gran sorpresa, escuché mi nombre voceado a lo largo de la feria. La gente me abrazaba con afecto. Encontré el rostro añorado de Trinidad, quien era mi exalumna en el Instituto de Altos Estudios Audiovisuales de la Universidad de O'Higgins, y tras de ella la grata presencia de jóvenes que enarbolaban las banderas de nuestra campaña. De este modo, entramos al recinto y allí eran muchos los hombres y mujeres que también ondeaban las banderas y vitoreaban nuestras consignas. Allí estaban los artistas, cantores populares, el famoso pintor Rafael Ruz y su hermana Giovanna y su madre la maestra, quien decía “aquí todos somos Littin”. En medio de este escenario soñado, con una hermosa bandera de color morado, flanqueando a Margot, volví a ver al hombre acomodador de autos de gorra descolorida con quien tuve el primer encuentro de mi campaña en la plaza de armas de la comuna. Entonces, querido amigo, no tuve ninguna duda de que ganaríamos la elección. Y así fue, venciendo todas las predicciones de expertos y de encuestas.

Rápido resumen

En la feria libre de Rengo, unos niños con ojos de desamparo me regalaron una perrita a la cual Ely bautizó como Victoria.

En Nancagua encontré una señora, que fue nuestra vecina, y que me preguntó por mi hermana, lo que me recordó episodios que había olvidado de mi infancia.

En Peralillo, en la Fiesta de la Vendimia invitado por el alcalde socialista Claudio Cumsille, bajo un sol que rompía en agujeros el aire, escuche una voz:

- Hola Miguel, soy Juan Sutil.

- Hola Juan -respondí, y nos dimos la mano.

- Tengo una encuesta... te gano por dos puntos -dijo con tono cordial.

- Ya... ¿y quién pagó la encuesta?

- Yo -respondió un tanto sorprendido.

La fiesta de Peralillo era en verdad espléndida. De pronto, casi sin pensarlo, le pregunté a Juan:

- ¿Estás seguro de que sabes en lo que te metiste?

- Sí, muy seguro -respondió rápido.

A la mañana siguiente de la elección volvimos a hablar.

- Aló...Hola, Miguel.

- Hola, Juan.

- Recuerdo que me preguntaste si sabía en lo que me había metido.

- Sí me acuerdo.

- Me equivoqué. No, no lo sabía -me contestó lacónico.

A pesar de su gran votación, Juan Sutil quedó fuera por la ley de paridad de género. Esto, querido Sergio, son rápidos recuerdos de lo que fue la última campaña electoral de mi vida.

Queda por decir que luego entré triunfal a la caja de pandora que serían las jornadas del Consejo Constitucional. Y para terminar, querido amigo, agregarte que así como Juan Sutil, yo tampoco sabía en lo que me había metido.

Un gran abrazo con el cariño y el respeto de siempre. Miguel Littin.

Marco Antonio Núñez

El Socialismo Democrático: desafíos electorales y alternativas de futuro



Marco Antonio Núñez nació en Viña del Mar el 2 de septiembre de 1966. Médico de la Universidad de Chile, Máster en Salud Pública de Harvard y PhD en Políticas de Salud de Johns Hopkins, Estados Unidos. Fue Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh) en 1989. En 1991 participó en la fundación de la Juventud del Partido por la Democracia, siendo su primer presidente. Fue electo consejero general del Colegio Médico en el período 1996-1997.

Entre 2001 y 2003 ejerció como Intendente de la Región de Valparaíso en el gobierno de Ricardo Lagos. Fue electo diputado por el distrito de Aconcagua de la Región de Valparaíso, entre 2006 a 2018, obteniendo las primeras mayorías nacionales, y presidió la Cámara de Diputados entre 2015 y 2016. Actualmente es profesor asistente de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile y de la Universidad Finis Terrae, consultor internacional de políticas de salud y miembro de la Comisión Política del PPD.

“La política identitaria puede desviar la atención de las verdaderas causas de la desigualdad, centrándose en la superficialidad de las identidades en lugar de abordar las estructuras y sistemas que perpetúan la opresión”.

Mark Lilla, El Regreso Liberal. Más allá de la política de la identidad.

Elecciones de Consejeros Constitucionales 2023: y tropecé de nuevo con la misma piedra

Competir para obtener un escaño entre los redactores de la nueva Constitución del 2023 se presentó como una oportunidad de contribuir a recuperar a Chile de un período de crisis de la política, de un acelerado desprestigio de las instituciones, y de la derrota electoral que sufrió la izquierda en el proceso constitucional anterior. El tropezar dos veces con la misma piedra constitucional sólo cabía en la cabeza del más pesimista.

Decidí ser candidato a consejero constitucional y encabezar la lista del PPD-DC-PR e independientes en la Región de Valparaíso, con los antecedentes de haber sido intendente del gobierno de Ricardo Lagos y obtener las primeras mayorías nacionales en las elecciones parlamentarias. Este nuevo proceso electoral y político era muy desafiante: ser parte del proceso constitucional definitivo, superando la ilegitimidad de origen de la Constitución de 1980 y, de paso, dejando atrás el fallido intento anterior conducido por un sector, el de una izquierda frenética, seducida por el impulso del estallido de octubre de 2019.

A inicios de 2023, se percibía aún reciente el mayor fracaso del progresismo chileno en medio siglo: el gobierno de Gabriel Boric y su alianza original hegemónica por el frenteamplismo avaló y condujo el intento de constitucionalizar su programa de gobierno en un texto originado desde una “hoja en blanco”. El contundente triunfo de la opción Rechazo en el plebiscito de septiembre de 2022 fue un punto de inflexión política que marcó el fracaso ideológico del gobierno al haber dilapidado su proyecto de transformaciones.

Desde la necesidad de resolver el problema constitucional pendiente nacieron las esperanzas de un nuevo proceso constitucional. Era urgente retomar el perfilamiento del Socialismo Democrático como fuerza hegemónica desde la centroizquierda. En la dirección del Partido por la Democracia (PPD) siempre asumimos como una obviedad el hecho de acordar una lista electoral junto al Partido Socialista (PS) y otras fuerzas afines, diferenciada de las derechas y de Apruebo Dignidad. No obstante, el PS, a última hora, no resistió la presión ejercida por Boric y sus ministros, y rompió una alianza electoral junto al PPD que databa de 1987. Así, en la dirección política del PPD enfrentamos el dilema de concurrir a la llamada “unidad oficialista” o levantar una opción diversa que preservara los valores del Socialismo Democrático. Optamos por la segunda alternativa.

En una reunión intensa e inolvidable, donde junto a Sergio Bitar, Jorge Insunza, Guillermo Ceroni, Salvador Urrutia, autores de este libro, además de Natalia Piergentili, y junto a una decena de históricos dirigentes regionales, nos jugamos por ser candidatos en territorios en los cuales anteriormente habíamos obtenido éxitos como parlamentarios o autoridades locales. Inscrimos la lista denominada “Todos por Chile” junto a los candidatos de partidos afines a la ex Nueva Mayoría para disputar una competencia electoral a cuatro bandas, con voto obligatorio, en circunscripciones electorales equivalentes a las senatoriales.

En la Región de Valparaíso se concentra más del 10% de los electores a nivel nacional, el padrón supera el millón seiscientos mil electores distribuidos en 36 comunas. A todas luces, una candidatura que exigía un esfuerzo enorme y a contrarreloj. Pensábamos que era posible realizar una campaña electoral exitosa, avalando desde el inicio el borrador de la propuesta de los expertos, fruto de un amplio acuerdo político transversal.

Nos embarcamos en un segundo intento que naufragó, esta vez por responsabilidad atribuible a las derechas y su aspiración hegemónica de imponer un texto conservador, lejano al sentido común de los chilenos y que renunciaba a la construc-

ción de la “Casa de Todos”. Sí, como país tropezamos dos veces con la misma piedra.

Las razones que explican la mayoría conservadora: los chilenos desprotegidos y su demanda urgente por más seguridad

El 26 de marzo de 2023 ocurrió uno de los hechos de sangre más impactantes que remeció a la Región de Valparaíso en los últimos años. La carabinera Rita Olivares fue ultimada con un disparo en la cabeza proveniente de una banda de narcotraficantes en la comuna de Quilpué. Según indicó Carabineros, el asesino se había fugado de la Cárcel de Valparaíso en 2021 y tenía dos órdenes de detención: un prófugo de la justicia. La madre de la policía mártir se refirió al hecho en el funeral, en presencia del presidente Boric y de las autoridades del Ministerio del Interior, sentenció: “Las personas estamos desamparadas. Los delincuentes tienen más derechos que la gente trabajadora”. Un grito desgarrador que increpaba al gobierno y de paso a todo el oficialismo.





Al acudir a hacer campaña en terreno al día siguiente a la feria libre del lugar era palpable el ambiente de indignación ciudadana. La polarización era evidente: el gobierno era incapaz de controlar el orden público y el resultado de la elección de consejeros constitucionales evidentemente iba a reflejar el estado de ánimo de amplios sectores populares y de clase media. A partir de ese día, percibí cómo la ciudadanía se polarizó producto del temor y la indignación, y los candidatos tuvimos dos caminos para sintonizar con ese sentimiento: o representábamos la defensa de la gente y su demanda por seguridad, o abandonábamos ese espacio y nos hacíamos cómplices de los delincuentes a vista y paciencia de nuestro electorado.

Con un discurso simplista, de “mano dura”, emergieron y se consolidaron los postulantes del Partido Republicano, y se hicieron fuertes en medio de ese clima hostil. El sentido común ciudadano optó por demandar más protección y control de la delincuencia. El programa de gobierno y sus principales voceros que prometieron la refundación de Carabineros, la apertura de las fronteras a la inmigración libre y la autonomía del Wallmapu generaban distancia y malestar en amplios sectores históricamente progresistas.

La campaña electoral: las presiones desde Palacio y “La Lista de Bassa”

Mi vocación política se ha orientado desde muy temprano a participar de elecciones democráticas representativas. En la dictadura, desde la Universidad de Chile y su movimiento estudiantil, desde la directiva democrática de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh); luego desde el Colegio Médico y, posteriormente, en tres elecciones consecutivas a la Cámara de Diputados logré representar a la mayoría democrática y progresista. Pero este nuevo desafío electoral era distinto, enorme y complejo, y lo asumí como un deber de cumplir una misión, sin importar el resultado, y nos lanzamos a recorrer poblaciones y a conversar con miles de ciudadanos.

La estrategia definida fue reconstruir las redes sociales y de coordinación política en el territorio desde la cordillera en el Valle de Aconcagua, correspondiente al distrito seis o del interior de la región, y de allí proyectarse a las grandes ciudades de Viña del Mar y Valparaíso en una campaña de opinión pública. Habíamos asumido que la combinación virtuosa entre presencia territorial, radios locales y una fuerte campaña digital en las redes sociales era la estrategia de campaña electoral adecuada. Conformamos un equipo humano excepcional que, junto al enorme cariño de la gente del valle de Aconcagua, nos motivó a desplegarlos desde la Isla de Pascua a los pasos cordilleranos.

La idea central era la diferenciación frente a la derecha, y también ante la Lista del Apruebo Dignidad-PS, la que tempranamente bautizamos desde los titulares de El Mercurio de Valparaíso como “La lista de Bassa”. Me llamaba la atención que la Escuela de Derecho de la Universidad de Valparaíso acogía en sus claustros a dos de los principales responsables intelectuales del fracaso Constitucional de 2022, el primer vicepresidente de la Convención y militante del FA, Jaime Bassa, y al responsable del absurdo modelo de sistemas de justicia del texto de aquella Convención, el ex demócratacristiano devenido en izquierdista

Cristián Viera. Como respuesta, obtuvimos el rechazo frontal a nuestro planteamiento por parte del FA y el llamado oportunista a la unidad fueron las inmediatas respuestas desde la lista de izquierda oficialista. Fue así como dimos el puntapié político inicial, el de la diferenciación, logrando visibilizar nuestra propuesta, recibiendo el apoyo de Amarillos por Chile y de dirigentes locales del PS e independientes.

Nos sorprendió el estado orgánico del PPD y de la mayoría de los partidos en la Región de Valparaíso. El PPD ya no era ni en cantidad ni en compromiso lo que habíamos construido durante los 12 años desde el cargo de diputado de Aconcagua. En esos años, recuerdo que conseguimos levantar con el PPD la primera fuerza electoral en el territorio. En cambio, en esta campaña constatamos que los alcaldes, concejales y consejeros regionales se habían reducido a un tercio, y que el ánimo y la disposición a comprometerse con esta campaña eran insuficientes para lograr un buen resultado. La realidad de los otros partidos de la lista (DC y PR) mostraba la misma debilidad electoral, lo que se sumó al hecho de que los candidatos de la de lista no desplegaron campañas visibles y obtuvieron magros resultados que afectaron la elegibilidad de nuestra propuesta por la lógica del sistema D'Hondt de cifra repartidora.

Avanzada la campaña electoral, decidimos profundizar la diferenciación política asumiendo los temas de seguridad ciudadana y concentrándonos en las campañas locales de las provincias de Los Andes y San Felipe, junto a Quillota y Petorca, con una nutrida presencia radial en Quilpué, San Antonio y el gran Valparaíso. El día de la elección estuvimos dando la pelea hasta el final por el quinto cupo de la región al Consejo Constitucional. No lo logramos pese a los más de 50.000 votos obtenidos, de los cuales treinta mil fueron aportados por los electores de Aconcagua, además de una importante votación en el distrito 6 del sector cordillera de la región.

Esta elección de consejeros constitucionales de mayo de 2023 probablemente transcurrió en el momento de mayor reflujo de la opinión ciudadana a favor de las fuerzas del orden y la

mano dura y, en particular, en medio del clamor por la protección ante el delito y la demanda por más seguridad ciudadana.

Lecciones de campaña: el abrazo del oso

El oficialismo construido luego de la última elección presidencial se ha transformado en un lastre electoral para el Socialismo Democrático. El gobierno de Boric, transcurridos ya más de dos años de iniciado, carece de respaldo mayoritario en la base social.

Es un hecho -demostrado históricamente- que todas las experiencias progresistas de gobierno en Chile contaron con una amplia base de respaldo popular a la cual se recurrió en momentos de transformaciones sociales, de enfrentamientos de crisis y elecciones democráticas. Desde Alessandri, a principios de siglo XX, los gobiernos del período Radical, la Revolución en Libertad de Frei Montalva, la Unidad Popular y la Concertación de Partidos por la Democracia, en sus orígenes, contaron con mayorías comprometidas con un proyecto popular de cambio social. No es el caso en el actual escenario, el reducido tercio o menos, que se define simpatizante del oficialismo es básicamente adherente a las ideas de Apruebo Dignidad. Son jóvenes de entre 30 y 40 años, de clase media acomodada, de origen urbano y con acceso a educación y oportunidades.

En las conversaciones con dirigentes de juntas de vecinos, líderes sindicales y rurales dispuestos a dialogar aparecía patente la distancia con el oficialismo y afloraba inmediatamente la demanda por seguridad, la crítica a la inmigración y a la agenda identitaria. Estoy convencido de que la ausencia de un proyecto de mayoría es el principal problema del gobierno de Boric. El pronóstico es reservado respecto de cambios de rumbo en lo que queda del gobierno y abre una interrogante respecto de los futuros resultados electorales, confirmando la necesidad de cuestionarnos, desde el Socialismo Democrático, nuestra política de alianzas electorales superando el estado de “abrazo del

oso” de pérdida de influencia, identidad y autonomía políticas.

Las elecciones municipales de 2024, y fundamentalmente las parlamentarias y presidenciales del 2025, sellarán el futuro de la hegemonía por el liderazgo y la conducción del progresismo en Chile y las lecciones de esta campaña deben ser tomadas en cuenta.

Voto obligatorio, grandes territorios electorales y campañas digitales

La reforma electoral de 2015 se diseñó para aumentar la pluralidad de las fuerzas representadas en el Congreso y superar los incentivos perversos de oferta dual del sistema binominal. Pero su efecto sobre el sistema político ha sido aumentar la necesaria representación pluralista a costa de incentivar la polarización y provocar la balcanización, en particular de la Cámara de Diputados. La reducción de la representatividad por la ausencia de límite mínimo de votos para ser electo, los enormes territorios de representación, el discolaje y la ausencia de oferta programática, consolidaron el actual fracaso del sistema electoral en Chile. Y la probabilidad de una reforma electoral es improbable en el corto plazo, porque depende de los incumbentes para su aprobación.

El conocimiento público de una cantidad significativa de representantes es de origen básicamente televisivo, lo que sumado a campañas y gestión centrada en redes sociales por lo extenso de los territorios electorales son los principales factores que influyen en un deficiente trabajo legislativo e incapacidad para lograr acuerdos. Esta realidad profundiza el descrédito de la institución legislativa, la cual enfrenta un círculo vicioso consistente en el deterioro de la calidad y el compromiso político de los parlamentarios. No veo otra salida para superar esta crisis que impulsar con fuerza una reforma del régimen político electoral como un prerrequisito para superar la anomia y la brecha entre representantes y ciudadanos, y así volver a prestigiar el

Congreso Nacional, lugar predominante de la representación política en Chile.

Un proyecto de desarrollo del Socialismo Democrático y el futuro de la izquierda

Nuestro país se encuentra sin proyecto de desarrollo económico social desde mediados de la década anterior y enfrenta problemas muy complejos. La percepción ciudadana apunta a que estos problemas se han agravado y la respuesta desde la política es insuficiente o derechamente inexistente. Las instituciones, que antes funcionaban, hoy carecen de legitimidad e ideas. Sobran las razones para ser pesimista respecto del futuro. Un golpe de timón desde el progresismo para retomar el camino de una nueva convivencia y la agenda de cambios sociales asoma como una tarea urgente para dar cuenta de la solución al estancamiento económico, la inseguridad social, las pensiones insuficientes, la educación deficitaria, la salud excluyente y de mala calidad, y la falta de vivienda, entre otros temas urgentes de la gente.

Aún está pendiente el análisis reflexivo sobre el agotamiento del ciclo modernizador de la Concertación y las causas del estallido social de octubre de 2019. Después de un período de enorme turbulencia, se asumió, desde las experiencias de dos fracasos constitucionales consecutivos, que como sociedad hemos perdido definitivamente la idea de un proyecto con sentido de país. Ya no transitamos resolviendo con éxito los problemas sociales y ganando optimismo respecto del futuro. Es evidente que la crisis de seguridad ciudadana avanza junto con la crisis de la seguridad social y la del sistema político, retroalimentándose entre ellas. La solución requiere la construcción de una nueva fuerza política y social con un programa de gobierno de transformaciones que haga énfasis en el crecimiento y la superación de la pobreza y las desigualdades.

Una idea fundamental, que comprobé en esta campaña en

terreno, es que se va a prolongar la crisis si no reformamos el sistema político electoral, básicamente disminuyendo la cantidad de partidos políticos con representación parlamentaria y aumentando los incentivos para la colaboración entre el Ejecutivo y el Congreso, rompiendo con la lógica de la polarización populista en la que se han desarrollado y fortalecido tanto el Frente Amplio como los Republicanos.

Debemos asumir que la actual normativa electoral junto a la lógica del juego político, ejercen una fuerza centrífuga en los parlamentarios, los cuales tienden a la independencia partidaria en la toma de decisiones. Es una urgencia de primera prioridad superar esta realidad para afrontar de mejor manera las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales de 2025; por lo tanto, es una tarea urgente para los años finales del gobierno de Boric. Porque de seguir así como estamos será irrelevante el sector político que triunfe en la próxima elección presidencial, pues estará lejos de responder a los desafíos que tiene Chile con la polarización y pérdida de prestigio del Congreso. Es una tarea que obliga a un acuerdo político amplio que debe ser asumido como tarea central antes de las elecciones de 2025.

El ciclo político que comienza con la elección municipal del 2024 será dominado por la seguridad ciudadana, las pensiones, la salud y la inmigración. Si el Socialismo Democrático asume la tarea de impulsar los cambios al sistema político y entrega señales claras de que avanzará seriamente en los temas ciudadanos que importan, podrá obtener ventajas electorales evidentes. Desde el progresismo es posible construir ese escenario virtuoso de propuestas municipales y presidenciales, donde el PS, el PPD y otros sectores de Socialismo Democrático deben retomar su alianza histórica. El Frente Amplio estará concentrado en sus contradicciones internas y en la construcción de su partido único, espacio político donde ni la seguridad ni el crecimiento tienen voceros creíbles, programas elaborados y, lo más importante: credibilidad para la construcción de mayorías. El Socialismo Democrático, en cambio, aún tiene más vinculación perceptible y natural con un discurso de mayoría que otros sectores de la izquierda.

La valoración de sus ministros en comparación con los del Frente Amplio es la evidencia de que la gente aún puede distinguir entre uno y otro proyecto. Es el momento de perfilar esa distinción y reducir el costo de estar asociado a la lógica frenteamplista (recordemos los dos círculos concéntricos de los que hablaba Giorgio Jackson antes de salir del gabinete) y a un programa de gobierno y práctica política de perfil identitario y elitista. Chile merece una centroizquierda seria, capaz de ofrecer gobernabilidad, visión de futuro y condiciones para el reencuentro entre los chilenos.

La unidad de las fuerzas progresistas de cara al futuro sólo será viable siempre y cuando la hegemonía sea ejercida desde el Socialismo Democrático. De lo contrario, el progresismo estará obligado a anclarse en menos de un tercio histórico de votación, lo que hace muy difícil gobernar, construir acuerdos, renovar las ideas y cristalizar una oferta programática atractiva para compartir un sueño de país.

Magistralmente, Susan Neiman en su libro “Izquierda no es igual a woke” plantea que el debate ideológico contra el emergente conservadurismo populista sólo será exitoso si se basa en los valores que la izquierda ha desarrollado en los últimos siglos: un compromiso con el universalismo, la firme distinción entre justicia y poder, y la confianza en el progreso económico y la reducción de las desigualdades. El llamado es a volver la mirada hacia esos valores, superando el identitarismo tribal, la justificación de la violencia como instrumento válido, y el neopopulismo hostil hacia el crecimiento económico y la construcción de mayorías. La crisis de la socialdemocracia es un fenómeno global en pleno desarrollo, y desde Chile aún es posible cambiar nuestro destino social, económico, cultural y político e iniciar un nuevo ciclo virtuoso de cara a la tercera década del siglo XXI.

Ricardo Núñez

Mi reencuentro con Atacama



Ricardo Núñez nació en Sewell el 9 de diciembre de 1939. Profesor de Historia y Geografía Económica y Sociólogo de la Universidad de Chile. Desde muy joven ingresó a las Juventudes Socialistas, siendo dirigente de la Federación de Estudiantes Secundarios en Santiago, y luego dirigente de la Federación de Estudiantes de la U. de Chile (FECh) y candidato a su presidencia. Tras concluir sus estudios universitarios, ejerció como académico en la Universidad de Chile en Santiago y Valparaíso. Durante

el gobierno de Salvador Allende asumió la dirección de Planificación en la Consejería Nacional de Desarrollo Social; y en 1972 fue elegido secretario general de la Universidad Técnica del Estado. Tras el golpe de Estado de 1973, estuvo detenido en el Estadio Nacional y luego en la Penitenciaría hasta mediados de 1974, tras lo cual parte al exilio a la República Democrática Alemana y luego a España, regresando al país en 1979 para ser uno de los artífices del proceso de renovación del Partido Socialista. En 1988 fue uno de los dirigentes que conformó el Comando Nacional por el NO desde un principio, y fue uno de los fundadores de la Concertación de Partidos por la Democracia. Fue senador por tres períodos representando a la región de Atacama entre 1990 y 2010, obteniendo las primeras mayorías en esas tres elecciones. Presidió el Partido Socialista en tres oportunidades. Entre 2014 y 2018 fue embajador en México nombrado por la presidenta Michelle Bachelet.

No me fue fácil tomar la decisión de emprender la campaña electoral para el Consejo Constitucional de 2023. Necesitaba conocer la opinión de mis más cercanos, de mi familia y de mis amigos; es decir, de aquellos que siempre están dispuestos ayudarte en la tarea de iluminar los posibles caminos en medio de la incertidumbre.

Me pesan los años. Aunque la vida me ha sido generosa, he aprendido de ella que los años no siempre estimulan la audacia. Y por experiencia sé que los desafíos electorales requieren una alta dosis de esta. Tenía presente que la última vez que viví unas lides electorales fue en el ya lejano 2002 y que, en determinadas circunstancias, 20 años sí son bastantes.

Movido -sin embargo- por el largo tiempo que le he dedicado a la noble actividad política, traje a mi conciencia una enseñanza que sólo otorga la vida transitada. Hay momentos en que los llamados a la responsabilidad influyen no sólo a los dictados de la razón, sino que también a los que se anidan en el alma. Sentí que en las circunstancias que se vivían había una nueva tarea, una nueva exigencia que podía asumir, tal como lo había hecho en tantas otras oportunidades.

En ese trance tomé la decisión de competir para ser consejero constitucional y reencontrarme con mi querida gente de la Región de Atacama.

Para ello tuve presente un hecho fundamental. Recordé que fui de los muchos que sintieron que el resultado del Plebiscito Constitucional del 4 de septiembre del 2022 había sido mucho más que una mera derrota política. Más que eso. Que tras esa votación se había perdido una oportunidad histórica, única e irrepetible para avanzar hacia una sociedad más justa y digna para todos; y que los responsables directos de aquel texto rechazado por la inmensa mayoría de los chilenos habían enterado la posibilidad de hacer de Chile un mejor país. Reafirmé, por tanto, mi convicción que aquella mayoría de “izquierda” reflejada en la Convención Constitucional se había empapado de un Chile que sólo existía en sus particulares concepciones refundacionales.

Sumido en esas reflexiones, confieso que me entusiasmé con la posibilidad de participar en el Consejo Constitucional. Ser nuevamente candidato por la región que representé en el Senado por largos años me pareció una buena oportunidad para contribuir con mi experiencia y enfrentar un desafío que debía y podía asumir.

Una decisión controvertida

Fue un grupo de compañeras y compañeros del Partido Socialista de Atacama los primeros en proponerme la candidatura. Me argumentaron que tenía una trayectoria política reconocida. Que mi edad, a veces sinónimo de experiencia, ligada a la madurez de tanto bregar por causas nobles, era lo que se requería para lograr el éxito electoral. Que aquellas “virtudes” eran bien vistas por la gente luego del fracaso de la opción Apruebo. Y que mis opiniones críticas a aspectos del texto de la Convención Constitucional rechazado me avalaban para levantar una plataforma que pudiera sintonizar con el sentido común de la gente. Además, según mis entusiastas patrocinadores, mis años como senador habían dejado huella en la zona, y que la gente no me había olvidado a pesar del tiempo transcurrido.

Las razones levantadas por aquellos militantes del socialismo atacameño no eran compartidas, sin embargo, por todos los miembros la dirección de mi partido. Existían dirigentes y parlamentarios que estimaban que era mejor llevar un candidato más joven, menos comprometidos con los llamados “30 años de la Concertación”. Una persona que, junto con poseer la virtud de la juventud y arraigo en la zona, tuviera la capacidad de convocar al voto joven. El voto obligatorio de esta elección -sostenían- obligaba a poner atención en los nuevos votantes.

A mí me pareció válida aquella reflexión. Por ello, no dudé: renuncié a mi posible postulación agradeciendo por escrito a quienes la habían apoyado. Al hacerlo sentí cierto alivio. Podía seguir con mi proyecto de investigación histórica y dedicarle más

tiempo a Pilar Fontecilla, mi compañera por más de 40 años, que a principios de ese 2023 mostraba los primeros síntomas de una grave enfermedad.

Fue ella, sin embargo, la que a pesar de su estado de salud, la primera en lamentar mi decisión. Como en otras ocasiones similares, me insistió en que la revirtiera. Al parecer, intuía que tanto la dirección nacional como regional del PS persistirían en mi candidatura. Así sucedió.

A mediados de febrero tomé mi maleta y nuevamente me fui a la región que por tanto tiempo me había honrado como su representante en el Senado. Sabía que no era el mes más indicado para organizar una candidatura, pues mucha gente se encontraba de vacaciones; y que la mayor parte de las y los dirigentes de mi partido se encontraban en medio de un merecido descanso.





A pesar de todo, persistí. Había que aprovechar el tiempo, pues tenía claro que la campaña sería de corta duración.

De una cosa sí tenía certeza. Tal como en las oportunidades anteriores, en que el voto popular me ungió senador, sabía que tanto la dirección regional del PS como los socialistas que detentaban cargos de elección popular, debían ser los puntales orgánicos de mi campaña. Para ello, era indispensable contar con sus experiencias para emprender la difícil tarea a la que me había comprometido.

Atacama ya no era la misma

A pesar de estas dificultades, aproveché bien esos primeros momentos. Me parecía fundamental reconectarme con la región, estudiar con detención los cambios que se habían producido en ella, en sus territorios, y empapar me de los nuevos problemas o demandas que preocupan a la gente. Saber de las transformaciones que ha tenido el país no me bastaban. Era necesario conocer cómo ellas habían impactado en la sociedad atacameña.

Es así como desde que arribé a su capital Copiapó pude percatarme que me encontraba ante una nueva realidad, que los

cambios experimentados por la sociedad atacameña eran evidentes, que padecía los efectos de una sociedad desestructurada y polarizada políticamente, en la que ni los partidos políticos, ni las organizaciones sociales, ni los sindicatos jugaban un rol importante como el que desempeñaban veinte años atrás. Al igual como en el resto del país, constaté que existía un desinterés palpable por el desafío electoral que se avecinaba y una distancia enorme con la política, sinónimo lamentable -para muchos- de corrupción y de privilegios.

Más allá de asumir que la sociedad política atacameña se encontraba en una situación de deterioro y que las secuelas sociales del neoliberalismo eran manifiestas, lo que más me preocupó fue comprobar que la sociedad civil también carecía de un rol determinante. Percibí que las organizaciones del mundo poblacional y las del mundo del trabajo estaban dominadas fundamentalmente por las exigencias de la inmediatez. Constaté que la mirada larga de las organizaciones vinculadas a la pequeña y mediana minería atacameña se encontraban seriamente debilitadas y que, salvo algunas excepciones, sus dirigentes estaban sumidos en los problemas que impregnan la específica coyuntura más que en la tarea de orientar -ante la carencia de partidos sólidos- las estrategias del desarrollo, como lo exige una región que depende de recursos no renovables.

Confieso que para enfrentar estos problemas me encontraba preparado: podía incluso aventurarme en desentrañar sus causas. Pero para otros no lo estaba. No estaba preparado, por ejemplo, para constatar de cerca el tremendo problema de la delincuencia organizada y el de la inmigración de extranjeros.

Desde luego, me fue chocante comprobar que el centro de la ciudad de Copiapó quedaba vacío al atardecer ante el temor de la gente de sufrir un hecho delictual. Que ese espacio ya no era el mismo que conocí: había dejado de ser el lugar en el que la población socializaba, en el que se entretecía el entramado social en un plano de mayor igualdad.

Supe, además, que algunas poblaciones se encontraban -y se encuentran a la hora de escribir estas reflexiones- dominadas

por bandas de narcotraficantes; y que sectores de Copiapó, brutalmente vandalizada durante el llamado “estallido social”, que cobijan familias de los llamados sectores medios, y que antes lucían viviendas normales, ahora se encontraban enrejadas hasta varios metros de altura. Y que Vallenar, en menor escala, sufría los mismos males.

Como una realidad que golpea a todo el norte del país, desde un comienzo me percaté que Atacama también vivía el problema de la masiva llegada de extranjeros, especialmente de venezolanos, colombianos y peruanos. Que entre ellos eran pocos los que podían exhibir un empleo formal y estable; que la mayoría estaba dedicada al comercio callejero y, lo que es aún más grave, que las tomas indiscriminadas de terrenos fiscales que sufren las principales ciudades de la región tenían como protagonistas a esos mismos extranjeros. De hecho, en las primeras poblaciones que visité en Copiapó pude ser testigo de los serios problemas de convivencia que se dan entre los pobladores antiguos, ya asentados, y los extranjeros que, “loma arriba”, viven en terrenos sin urbanización, colgados de cables improvisados de electricidad, y sin la atención de los organismos comunitarios de la Municipalidad. En varias juntas de vecinos fui conminado, como si aún hubiese sido parlamentario, a encontrar los medios para expulsar a los “delincuentes” que vivían hacinados en las cercanías. Me pareció muy preocupante. Percibí la xenofobia a flor de piel, incluso en dirigentes que se comprometían, como en el pasado, a votar por mí. Estaba claro: Atacama ya no era la misma.

A mi llegada comprobé otro problema que afecta gravemente a la población. Experimenté in situ cuán complejas se han tornado las ciudades de rápido crecimiento urbano. De cómo Copiapó y Vallenar, pero especialmente Caldera, Chañaral y Huasco, ciudades que no estaban diseñadas para que en sus calles circularan tantos vehículos ni que en sus veredas pululara tanto comercio ambulante, eran presa -igual como en otros lugares de Chile- del bullicio descontrolado y del mercantilismo desenfrenado. Experimenté de manera directa cómo la sociedad del automóvil ha terminado por hacer desaparecer aquellos cen-

tros urbanos que hasta hace poco lucían la placidez de lo rural y de la tranquilidad.

A pesar de estas dificultades, recordé algo muy importante: que Atacama es y seguirá siendo tierra de progreso, que su historia ligada a la minería está llena de hechos que la engrandecen. Que muchos nuevos y antiguos problemas puede que la acechen; pero que el esfuerzo de sus gentes, muchas a lo mejor de ideas progresistas, tienen la fuerza suficiente para superar estas y otras dificultades.

Una campaña de “nuevo estilo” y el descontento con la política

A esta reflexión agregué otra consideración. Recordé que, entre todos los partidos políticos con gravitación e importancia regional, el PS tenía una presencia en sus municipios más importantes y en la cabeza misma del Gobierno Regional. Que su estructura orgánica es dinámica y que, gracias a su compromiso con el país y con Atacama, es posible encontrar militantes o amigos simpatizantes en todo su territorio. Como en el pasado, eso me alentó.

Como era de esperar, sólo en los primeros días de marzo pude armar los equipos de campaña y fijar metas y objetivos. Asumí desde un principio que no era pertinente pensar en llevar adelante una campaña “como las de antes”. Desde luego, porque después de tanto tiempo, los “mejores cuadros” de mi partido, los que me ayudaron con su esfuerzo en campañas anteriores, hoy poseen empleos formales, varios permanecen en la administración pública y, como los años no corren en vano, o se encuentran políticamente más relajados o sus compromisos familiares les son más prioritarios. En consecuencia, me convencí de que era necesario pensar en una campaña de “nuevo estilo”.

Para ello, la sabiduría y experiencia de los más jóvenes corrió en mi auxilio. Me enseñaron rápidamente las enormes ventajas de los medios modernos de comunicación, de las redes

sociales, y de cómo no sólo se han arraigado en las nuevas generaciones, sino que son muchos los mayores de edad que forman parte de ese recurso llamado Facebook. Que el Twitter, el Tik Tok, el Instagram y el WhatsApp no sólo llegan a personas jóvenes de familias pudientes, sino que -además de alimentar las redes sociales a la velocidad de un rayo- están al alcance de la mano; o lo que es lo mismo, del celular, que poseen incluso aquellas que pertenecen a las capas desfavorecidas de la sociedad. Esto lo sabía, pero constatarlo en la realidad del territorio es otra cosa. Me convencí rápidamente de que, en el nuevo escenario de la modernidad en el que nos movemos, estas aplicaciones se han transformado en medios esenciales de los cuales no podrá prescindir nadie que tenga la intención de postularse a un cargo de representación popular.

La modernidad, sin embargo, no me atrapó al punto de pensar que podía organizar una campaña a partir sólo de estos medios un tanto alienantes e impersonales. Desde un inicio me dispuse a hacer uso de aquellos a los que recurrí tan frecuentemente en el pasado. Es decir, a las radios regionales y locales, y al tradicional “puerta a puerta”.

Hice el máximo esfuerzo para estar en todas las antiguas y nuevas radios de provincia, que en Atacama han proliferado una enormidad. Para mi satisfacción, pude comprobar que la democratización del dial ha permitido que estas sigan siendo el vehículo de comunicación que aún privilegian los mayores de edad. Mi ventaja en este punto fue que las que aún mantienen alta sintonía en toda la región -o en cada una de sus comunas- eran las mismas que yo había conocido en el pasado. Sus dueños me conocían de sobra, incluido algunos connotados de derecha, por lo que no tuvieron problemas en facilitarme espacios radiales de alta audiencia. Me llamó la atención -eso sí- que casi todos se referían a mí como “senador”, cuestión que no se me ocurrió desmentir en ningún momento.

El “puerta a puerta”, en cambio, me deparó varias sorpresas. A pesar de que mis condiciones físicas han desmejorado notablemente, y que a menudo sentía que el calor abrasador del

norte me derrotaba, traté de practicar con máxima dedicación esta tradicional (y controvertida) manera de llegar al electorado. Lo hice a sabiendas de las frases predilectas de quienes a duras penas te entreabren la puerta de su hogar y que son por lo general del siguiente tenor: “Y usted, ¿qué hace aquí otra vez?”; o bien que “viene a buscar el voto y después se olvida”. Y que la frase más recurrente era: “Me dan igual los políticos, igual debo trabajar mañana”.

Estos inconvenientes no me amilanaron, más bien me alentaron. Gracias a un buen contingente de personas contratadas al efecto, casi todas (la mayoría mujeres) militantes del PS, logré llegar a mucha gente con la tranquilidad de saber que no solicitaba el voto para un cargo parlamentario, sino para formar parte -y por pocos meses- de un Consejo Constitucional que tendría la responsabilidad de elaborar una nueva Carta Fundamental para Chile.

Ese hecho me dio la soltura y la tranquilidad suficiente para intentar conversar distendidamente con la gente sobre la importancia de esta tarea. Para sorpresa mía, la mayoría de las personas, especialmente las dueñas de casa que se atrevían a abrir la puerta estaban bastante informadas. Tenían claro que el sentido común debía volver a reinar en el país y que la nueva Constitución esta vez sí debía ser “para todos”, que no podía ser de unos contra otros, que debía unir y no dividir. Ello reforzó mi convicción y mi discurso: la Constitución que debíamos elaborar los cincuenta chilenas y chilenos elegidos debía ser una que reflejara el alma nacional.

La opinión de esas personas no sólo la recabé visitando las poblaciones de las principales ciudades de la región, sino que también en otros espacios, igualmente relevantes, como en las ferias libres y en las reuniones que sostuve en las juntas de vecinos y en los clubes deportivos. Los “feria a feria”, variante de los “puerta a puerta”, me dejaron con una grata sensación: la gente que sentía deseos de decirme una mala palabra o derechamente un garabato, se la guardaba por el temor de la reacción del o de la que cruzaba apresurado por su lado. En cambio, mis partida-

rios se alegraban de verme, me abrazaban con cariño y no pocos se atrevían a solicitarme “una selfie, por favor”.

La peor noticia de mi vida

Desgraciadamente, lo que parecía ser una campaña relativamente tranquila, con objetivos claros y sin las angustias de las que viví en el pasado cambió drásticamente. Pilar, mi mujer de muchas batallas, me comunicó el 21 de marzo que padecía cáncer y no uno cualquiera, sino que el más agresivo. La noticia me destrozó, una de las más duras que he recibido en mi vida. Esa misma noche volví a Santiago. Para mí, la campaña había llegado a su fin. No era fácil seguir en ella mientras Pilar se debatía contra esa atroz enfermedad.

Pero fue ella misma, la que con voz entera y llena de vida, me conminó a no bajar la guardia, a proseguir en lo que voluntariamente me había propuesto.

Así, regresé a Atacama. Con la conciencia clara que la campaña ya no sería la misma, porque yo ya no era el mismo, me dispuse a sacar lo mejor de mí, de aportar lo que sabía, de entregar mi experiencia. Me propuse que, en este momento tan difícil, debía ser consecuente con algo que golpeaba mi conciencia: la campaña ahora la debía emprender no sólo como un deber patriótico, de un socialista comprometido con la democracia, sino por Pilar, por su entrega, por su inquebrantable compromiso político, pero especialmente por el amor y el cariño que siempre me entregó.

Desde que reinicié el camino tuve la grata sensación de sentirme bien acompañado, que un manto solidario y de afecto se había congregado en torno a mi candidatura. Que más militantes y amigos del PS se sumaban a la tarea de ganar. Y que las diferencias entre los socialistas desaparecían en vista a lograr un buen resultado. Eso me alegró.

También me confortó saber que la alcaldesa de Caldera, Brunilda González, militante activa del PPD, no tenía problema

en proclamar que yo era su candidato. Que la alcaldesa de Chañaral, Margarita Flores, militante del Partido Radical, sostenía a quien quisiera oírle que yo era el postulante más adecuado para la tarea constitucional. O que el jefe comunal de Huasco, Genaro Briceño, independiente, afirmaba algo similar; y que el de Tierra Amarilla, Cristóbal Zúñiga, exmilitante comunista, me había recibido con publicidad en su despacho, una señal importante si se tiene en cuenta que el candidato comunista, Kenssel Rojas, con el que compartía la misma lista, tenía más posibilidades de ser electo que yo, dado el importante cargo de director de Desarrollo Comunitario que desempeñaba en la Municipalidad de Copiapó.

A mediados de abril, la campaña parecía mejor aspecto. Es más, por esos mismos días, bastante ajetreados debido a mis constantes idas y venidas a Santiago para acompañar a Pilar, tuve la sensación de que la candidatura había prendido, que tenía escaso rechazo. De hecho, algunas encuestas que llegaron a mis manos así lo indicaban. Parecía que el esfuerzo no había sido en vano, que los recursos humanos y materiales estaban mostrando su eficacia; y que los aportes económicos del PS y de muchos de mis amigos daban sus frutos.

Al finalizar el mes, en cinco comunas de las nueve que componen la región, habíamos logrado conformar equipos de trabajo estables. Tanto en Copiapó como en Vallenar nos encontrábamos con una campaña plenamente desplegada y con materiales de propaganda diversos que tenían la virtud de poseer un diseño gráfico alegre y colorido. En una época bombardeada por la televisión y por las redes sociales, los materiales de campaña deben ser atractivos, sin mucha literatura y con fotos no sólo del candidato, por muy fotogénico que sea. Me quedó claro, una vez más, que el modesto papel roneo, escrito en blanco y negro, con sendos mensajes del alto nivel de abstracción, son propios del pasado. Me guste o no, fue otra constatación.

No por ello dejamos de recorrer el territorio. La consigna era no dormirse, no dejarse llevar por la vieja frase que tanta contrariedad ha provocado, aquella que dice: “No vote por ese que está seguro, vote por este otro para que salgan los dos”.

Movidos por ese afán, sólo dejé de visitar una comuna, Alto del Carmen, y una localidad, el mineral de El Salvador. El resto de Atacama me vio llegar con mis pies cansados, pero lleno de esperanza.

Reflexiones políticas al final de la campaña

Cuando ya se acercaba el final de esta peculiar campaña, los días de reflexión se hicieron inevitables. Después de recorrer una zona tan extensa, de conversar con tanta gente, de saber sus exigencias y sus desencantos, tuve la sensación preocupante de que nuestro país se encontraba -y se encuentra- en un estado de postración política alarmante, que la democracia que tanto nos costó recuperar está muy debilitada, que ha perdido los horizontes compartidos. Lo que es más grave: la política, esa noble disciplina que nos permite -cuando se ejerce con sentido ético- soñar con un mundo mejor, está con signos de postración lamentable. Y que los partidos políticos se encuentran lejos de asumir con altura las nuevas complejidades de la sociedad chilena; que los liderazgos -incluidos los de las nuevas generaciones- no han logrado calar en el alma de un país que exige a gritos reencontrarse con lo mejor de nuestro pasado republicano y ávido de saber las nuevas coordenadas en las que se mueve su futuro y el de la humanidad.

En suma, aunque al final las urnas me favorecieron de manera clara, que obtuve más votos de lo que yo y mis expertos electorales esperábamos, y que el resultado me permitía llegar con el pecho hinchado de orgullo a sentarme en el Consejo Constitucional, lo cierto es que el triunfo no opacó mis preocupaciones políticas ni menos la enorme tristeza de ver apagarse a Pilar. Como dije, la campaña me dejó un grato sabor por el ambiente positivo y solidario que sentí a mi alrededor. A pesar de las dificultades, pudimos llegar con nuestro mensaje a un vasto sector de la población.

Sin embargo, confieso que me indignó -como atacameño que me siento- que el otro candidato electo ese 7 de mayo de 2023, el señor Paul Sfeir, fue un candidato que estuvo en contadas ocasiones en la región que, al momento de unirse como tal, se encontraba radicado en Miami, Estados Unidos, y que por pertenecer a un partido de extrema derecha (Republicano) exhibía con entusiasmo visiones conservadoras de la vida y la sociedad. En su elección no radiqué la responsabilidad en su partido, ni menos en quienes votaron por él, especialmente personas de sectores populares, sino en nosotros, en las carencias que hemos evidenciado cuando hemos sido gobierno, en las cosas que no tuvimos la fortaleza de impulsar desde que derrotamos a la dictadura. Para mis adentros, pensé que el tiempo en el que toda la responsabilidad la tenían los 17 años de la dictadura pinochetista han quedado en el pasado, y que la presencia de una derecha obtusa apegada a las nostalgias del pasado no nos exime de nuestras limitaciones.

No soy partidario de las autocríticas flagelantes, de esas propias de la izquierda autoritaria; pero eso no significa que no crea en la necesidad de la reflexión colectiva y del análisis crítico sobre lo obrado. Es cierto que lo hemos hecho, pero de modo insuficiente, sin la profundidad que requiere un momento tan complejo como el que vive Chile. La dura enseñanza de haber dejado sin respuestas por mucho tiempo la frase más desafortunada de la historia de Chile, como aquella pronunciada por anónimos irresponsables - “No fueron 30 pesos, fueron 30 años”- aún me persigue.

Si alguna experiencia me ha quedado después de esta campaña es que el progresismo, y dentro de ella, la izquierda se encuentra desprovista de un proyecto político de largo alcance, de uno que ilumine los horizontes de la gente, especialmente de los millones que lo pasan mal. La experiencia del gobierno que encabeza Gabriel Boric debe servirnos para no alimentar nunca más el espejismo de los cambios sin considerar el entorno real en el que nos movemos, que para impulsar nuestro objetivo histórico de hacer de Chile una país más justo e igualitario es fundamental hacerlo con mucha madurez para evitar las frustraciones.

A propósito, me parece conveniente tener presente el siguiente hecho político del que fui protagonista durante los meses de la campaña. A pesar de los esfuerzos que hicimos de mostrar la cara unitaria del Pacto Unidad para Chile, conformado por candidaturas ligadas a los partidos de gobierno, estos resultaron estériles. Cada candidato terminó levantando sus propias propuestas, con énfasis marcadamente diferentes. Es posible que lo breve del tiempo disponible para darse a conocer al electorado, para algunas o algunos candidatos la unidad de propósito que supuesta o realmente unía a la lista no fuera la prioridad. El hecho es que raramente me encontré en alguna actividad electoral con los compañeros o compañeras que conformaban nuestra lista, salvo en muy contadas ocasiones con la otra candidata socialista, Marcela Araya.

Agradecimientos y unidad de propósito

Al concluir, no puedo dejar de reconocer los valiosos aportes a mi candidatura de las y los militantes y dirigentes de mi partido, de los cientos de personas independientes que me expresaron su simpatía, de los amigos de otros partidos aliados, especialmente del Socialismo Democrático, que me alentaron en esta difícil tarea. A estos los alenté a seguir el camino de la unidad de propósito, de entendimientos sustantivos, más allá de las pequeñeces que alteran las buenas causas.

Mis agradecimientos a los expresidentes Michelle Bachelet y Ricardo Lagos, cuyos videos de apoyo me fueron vitales. Mi reconocimiento a mis amigos y compañeros alcaldes Marcos López (Copiapó) y Armando Flores (Vallenar); y al gobernador de Atacama, Miguel Vargas. Ellos, junto al esfuerzo desplegado por los dos jóvenes diputados socialistas de la zona, Daniela Ciccardini y Juan Santana, se constituyeron en firmes pilares de una campaña exitosa. Igualmente, a mi jefe de campaña, Maximiliano Hurtado, joven abogado y dirigente partidario, quien además de su empeño, puso su experiencia de haber sido parte de la Convención Constitucional.

Mis agradecimientos también a Claudia Barahona, destacada miembro de la Comisión Política del PS quien, además de su invaluable aporte gráfico, me ayudó a sobrellevar momentos difíciles de la campaña; y a Jaime Muñoz, que veló por mi salud física y anímica en todo momento. La compañía de ellos y de tantos y tantas fueron vitales para que el inevitable deceso de Pilar, ocurrido meses después, pudiera enfrentarlo en paz y tranquilidad.

De ella no olvido la frase que me dijo al otro día de la elección: “Qué bueno que la paridad te dejó afuera, no me habría gustado verte negociando con tanto ultraderechista”.

Abril 2024

Juan Sutil

Por las calles de mi querida Región de O'Higgins



Juan Sutil nació en Santiago en 1961. Comenzó muy joven a trabajar, primero como junior en una empresa de corretaje agrícola, y luego, con sólo 20 años, se independizó en ese rubro. En paralelo a sus inicios en la agroindustria, cofundó el Hogar de Niños San Ambrosio, en Talagante. Luego formó empresas pioneras y visionarias en exportación de productos agrícolas, tales como berries, frutos secos, champiñones y espárragos, entre otros, y luego viñedos en el Valle de Colchagua. Hoy,

Empresas Sutil se ha diversificado y tiene presencia entre las regiones de Coquimbo y Los Lagos, y todas las compañías recibieron o están en proceso de recibir la certificación como Empresas B. Su actividad gremial comenzó como director de la Sociedad Nacional de Agricultura a principios de la década del 90, siendo propuesto por este gremio como postulante a la presidencia de la Confederación de la Producción y del Comercio, resultando elegido para el período de marzo de 2020 y diciembre de 2022. En materia política es independiente y su primera candidatura electoral fue para integrar el Consejo Constitucional de 2023 por la Región de O'Higgins.

Me resulta difícil comenzar este relato, ya que las decisiones que tomé para postular como candidato al Consejo Constitucional fueron muy personales e íntimas. Sin embargo, a solicitud de la invitación de Sergio Bitar para contribuir con mi experiencia en este libro, consideré oportuno dejar este testimonio que podría ayudar a comprender el proceso político y la realidad que experimenté durante la campaña.

La historia comienza con mi colaboración, como un ciudadano más, en la campaña de la opción Rechazo a la propuesta constitucional de la Convención Constitucional, ampliamente rechazada en el plebiscito del 4 de septiembre de 2022. Desde mi perspectiva, consideré que dicho texto representaba un riesgo significativo para Chile, dado lo extremo de las medidas planteadas y las formas burdas de trabajo y debate. Por lo tanto, decidí oponerme a ella desde temprano.

Mi experiencia frente al trabajo de aquella Convención Constitucional, al que la extrema izquierda denominaba “Asamblea”, resultó traumática. En ese momento, ocupaba el cargo de presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC); por ende, representaba al empresariado chileno en su conjunto. Esto me llevó a sostener numerosas reuniones con los convencionales, siendo -quizás- una de las personas que más interacciones tuvo con ellos y con las diferentes directivas de los partidos políticos que tenían representación en aquella primera instancia de debate constitucional.

En tres ocasiones participé en comisiones para exponer nuestra visión como empresarios, argumentando con evidencia y fuerza el riesgo que veíamos en lo que se estaba gestando. También acudí, a fines de febrero de 2022, a exponer ante los cinco representantes de la Comisión de Venecia¹, como se conoce a la Comisión Europea para la Democracia por el Derecho, que vinieron a observar aquel proceso para emitir un pronunciamiento en marzo de ese año, seis meses antes del plebiscito constitucional.

1 Presentación de Juan Sutil ante la Comisión de Venecia, 28 de febrero 2022 <https://www.cpc.cl/wp-content/uploads/2022/03/220228-Minuta-CPC-para-Comisi%C3%B3n-de-Venecia.pdf>

En todas las instancias posibles representé nuestros intereses, como ante las autoridades de gobierno, el Parlamento y cualquier persona que estuviera dispuesta a escucharnos. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, no logramos flexibilizar ni atenuar ninguna norma. Incluso se abrió una ventana de oportunidad en cierto momento, pero el gobierno de Gabriel Boric tampoco tuvo la capacidad de influir en la dinámica de aquella “orgía” que fue dicha Convención.

Por otro lado, fue crucial reconocer la necesidad de acordar una propuesta constitucional que uniera a los chilenos y chilenas, contraria a la que se estaba fraguando por la extrema izquierda en la Convención Constitucional. Esta visión de unión por el bien del país convocó a una amplia gama de movimientos sociales y partidos políticos, tales como el movimiento “Una que Nos Una”, liderado por Javiera Parada; Demócratas, bajo el liderazgo de Ximena Rincón; Amarillos, con el gran liderazgo de Cristián Warnken; Chile Vamos, encabezado por Francisco Chahuán (presidente de Renovación Nacional), Javier Macaya (presidente de la Unión Demócrata Independiente) y Luz Poblete (presidenta de Evópoli entre mayo y octubre de 2022); Republicanos, liderado por José Antonio Kast; y La Coordinadora, dirigida por Juan Francisco Mackenna. Esta última organización coordinó de Arica a Punta Arenas a los movimientos sociales de manera muy transversal, en cuyas reuniones se presentaron iniciativas populares de norma que fueron rechazadas una a una en aquel proceso de “asamblea constituyente”, como le gustaba llamar a la Convención por parte de la izquierda.

Finalmente, la sabiduría del pueblo chileno se manifestó al rechazar esta propuesta constitucional por un amplio margen del 62%, con una participación ciudadana récord, aquel memorable 4 de septiembre de 2022.

Este proceso concluyó con este resultado contundente y fundamental para el bien de Chile, que evitó que nuestro amado país fuera refundado y conducido a un extremo del cual habría sido difícil retornar. Logramos zafar de una espiral de mediocridad, desolación, decrecimiento y polarización. Incluso conside-

rando que la centroizquierda democrática instó a votar “apruebo para reformar” el texto de la Convención, en mi opinión no habría sido factible construir un futuro común en paz y prosperidad para todos, dada la extrema naturaleza de sus propuestas.

Las razones de mi postulación al Consejo Constitucional

Mi decisión de postular como candidato al Consejo Constitucional, que surgió como una segunda instancia para dotar de una nueva Constitución a Chile surge de tres razones fundamentales.

En primer lugar, estaba mi compromiso de cumplir con la promesa expresada durante la campaña de la opción Rechazo, donde destacué la necesidad de elaborar una Constitución adecuada a los desafíos del país, o bien hacer reformas a la actual, promulgada bajo el lema de la Casa de Todos por el presidente Ricardo Lagos en 2005, con el objetivo estratégico de que nos uniera como chilenos.





En segundo lugar, me impulsó mi profunda convicción de asumir la responsabilidad ante ese compromiso adquirido, viendo en la candidatura el mejor camino que se presentaba para enfrentarlo, trabajando desde adentro del nuevo Consejo Constitucional.

En tercer lugar, creí firmemente en el aporte que los empresarios podíamos hacer, aportando nuestra visión al país y a su gente. Dada nuestra misión de desarrollar empresas en beneficio de Chile, generando empleos de calidad y promoviendo valores compartidos, creí esencial ofrecer nuestra experiencia y mirada sobre la importancia del desarrollo y el crecimiento sostenible en una Constitución moderna, pragmática y unificadora.

Recorriendo la Región de O'Higgins

Es así como decidí postularme como candidato por la Región de O'Higgins, que considero mi región por adopción, dado que toda mi trayectoria empresarial y profesional la he desarrollado allí, estableciendo empresas, creando empleo y colaborando con las personas y las comunidades de la zona.

Junto a un pequeño equipo, nos embarcamos en esta tarea los primeros días de marzo de 2023, recorriendo la región, comuna por comuna, junto a Felipe Uribe y Kevin Ortega, los grandes de mi equipo cuyo trabajo hizo posible mi campaña. Siempre nos planteamos como propósito el comprender las necesidades de la región en materias como la seguridad social y ciudadana, la educación, la salud, la autonomía de los gobiernos comunales y regionales, el desarrollo económico, la libertad de elegir, y muchos otros temas que influyen en la vida cotidiana de los chilenos. Muchas de estas necesidades eran, y quizás todas, compartidas por personas de todo Chile, sin distinción política.

La primera reunión que tuvimos para comenzar a organizarnos tuvo lugar en la casa del exsenador Alejandro García-Huidobro. Recuerdo con gran alegría haber llegado por la mañana y encontrarme con representantes de Chile Vamos, Amarillos y Demócratas, así como con miembros de las diversas facciones de dichos partidos. Me llamó gratamente la atención que, a pesar de las tensiones habituales de la política, que a menudo los convierten en adversarios, dicha cita se caracterizó por la unidad y el propósito de apoyo, algo que siempre agradeceré y recordaré con profunda gratitud. De esta manera, iniciamos una campaña unida y bien planificada, lo que nos permitió obtener excelentes resultados en las elecciones del 7 de mayo².

Al salir de la reunión, recibí una llamada de Francisco Chahuán, quien me dijo: “Lograste lo que nadie había logrado: unirlos”. Acto seguido, recibí una llamada de Javier Macaya expresando lo mismo. Como lo señalé, cabe destacar que ambos eran los presidentes de sus respectivos partidos, RN y la UDI, respectivamente. Esta unión en torno al bien común fue fundamental para la campaña, y el compromiso de mantenerla y trabajar en pro de ella estuvo presente desde el principio. Con el tiempo, se fueron sumando más personas, incluidos miembros

2 Juan Sutil compitió como independiente en el cupo de Renovación Nacional y obtuvo 76.025 votos, situándose en segundo lugar de las preferencias, pero no obtuvo un escaño en el Consejo Constitucional por motivo de paridad de género. En su reemplazo, asumió Ivonne Mangelsdorff, quien consiguió 9.256 votos.

del Partido de la Gente, a quienes agradezco representados en la figura de Pedro Gubernatti, así como a algunos amigos republicanos por su apoyo explícito y público.

Iniciamos nuestros recorridos en marzo visitando diversos establecimientos educacionales para comprender la realidad educativa de la región. También nos reunimos con organizaciones sociales, municipios y nos conectamos con las bases políticas de nuestro sector, así como con sectores de centroizquierda, logrando el apoyo de una gran parte de ellos. Recorrimos los diferentes gremios, incluyendo el comercio, la agricultura, la agroindustria, la pesca, el turismo, los emprendedores, los feriantes, los clubes deportivos, los representantes de las tradiciones, de las iglesias, los cuerpos de bomberos, entre otros. En cada encuentro, fui nutriéndome de las preocupaciones, de los anhelos, los desafíos y las realidades que deseaban llevar al debate del Consejo Constitucional.

Durante el transcurso de la campaña observé una serie de aspectos positivos, tales como el espíritu de lucha del chileno y la chilena, su determinación para trabajar y progresar, así como su sentido de responsabilidad y solidaridad, tanto entre ellos como hacia quienes los rodean. También noté su preocupación por la educación de sus hijos, la salud, y su inquietud frente a la inseguridad, la delincuencia y el narcotráfico, que afectan gravemente a sus barrios y a sus familias. Pude apreciar su espiritualidad y respeto por la religión, independientemente del credo, así como su aprecio por las tradiciones nacionales, nuestra bandera y los valores patrios. Agradezco el hecho de que muchas personas compartieron conmigo aspectos de su vida diaria y las carencias que enfrentan, muchas veces debido a las deficiencias del Estado.

Pobreza y mala educación

Una de las tristes realidades que descubrí durante mi campaña fue la persistente pobreza que aún aflige a nuestro país. Quedé consternado al observar la deficiente gestión de algunos

municipios y del Gobierno Regional, así como la falta de una fiscalización oportuna y la ausencia de libertades necesarias para atender adecuadamente las necesidades específicas de los habitantes.

Tuve numerosas experiencias al respecto que me gustaría compartir. En cada visita a una iglesia pude observar la necesidad de mejorar su infraestructura y brindar apoyo a sus feligreses y familias que enfrentan diversos problemas sociales. Esto se refleja en la necesidad de seguridad social que responda a sus demandas y carencias. Asimismo, al visitar innumerables clubes de adultos mayores, sedes sociales, clubes deportivos y colegios municipales o fiscales, constaté numerosas deficiencias en infraestructura y carencias económicas.

Más preocupante aún fue comprobar la baja calidad de la educación impartida y el aprendizaje de los niños en estos establecimientos. En contraste, en colegios o liceos particulares subvencionados, me encontré con niveles de educación e infraestructura notablemente superiores, así como con claros principios y valores. Muchos de estos problemas e inquietudes radican en la burocracia del Ministerio de Educación y de la Junta de Auxilio Escolar y Becas, que impide incluso aprovechar los almuerzos de los niños ausentes, desperdiciando recursos y esfuerzos, debido a regulaciones anacrónicas que nadie se esfuerza por mejorar.

Destaco a los colegios particulares subvencionados, como el Colegio Graneros (“Los Grillitos”) de la comuna de igual nombre; Santa Teresa de los Andes, también de Graneros; Federico Errázuriz, de Santa Cruz; Nehuen, de San Vicente de Taguatagua, entre otros. Todos ellos tienen propósitos claros, disciplina, excelentes profesores y, sobre todo, un cuerpo docente y directivo con vocación educativa. Resalto el hecho de que estos colegios que menciono -y muchos más de la región- acogen en promedio a un 70% de alumnos vulnerables.

Así, llegué a la conclusión de que la Ley de Educación debe ser revisada. Conversando con el exalcalde de Rengo, Marcos Gatica, comprendí la importancia que él dedicó a la educación

durante su mandato y el dolor que siente al ver cómo ha decaído en la actualidad. Esta misma preocupación la compartí con el actual alcalde de Chimbarongo y amigo, Marcos Contreras, quien lamentó tener que entregar los colegios municipales al Servicio Local de Educación Pública de Colchagua, y constatar el deterioro educativo, valórico e infraestructural en que cayeron en tan poco tiempo.

Para mí, mejorar la calidad de la educación era una preocupación personal desde antes de la campaña, debido a su evidente deterioro, politización y mediocridad, llegando incluso a situaciones donde no se podía reparar un simple vidrio, además de la falta de matrícula que se ha evidenciado en el último tiempo. Entiendo que el futuro de un país depende en gran medida de cómo se forme y eduque a las generaciones jóvenes, proporcionándoles una educación de calidad y una infraestructura adecuada. En Chile, cerca del 8% de la educación es privada y el 57% es particular subvencionada, donde considero que no residen los problemas fundamentales. En cambio, las dificultades se encuentran en la educación pública y municipal, especialmente en aquellos municipios cuyas autoridades no han dado suficiente atención a este tema, a diferencia de los alcaldes mencionados anteriormente.

Durante la campaña, en reuniones con grupos de 60, 100 e incluso 200 personas, planteaba la pregunta de si les parecía justo el proceso de selección de colegios mediante la famosa “tómbola”, sistema que a veces obliga a los padres o apoderados de los menores a pernoctar durante dos noches para obtener un cupo, sin tener derecho a elegir el colegio de sus hijos; y, peor aún, con niños que son asignados a establecimientos muy lejanos de sus barrios, debiendo viajar diariamente grandes distancias. La respuesta era evidente, con la audiencia mostrando su descontento con aplausos al mencionar la posibilidad de incluir en la futura Constitución un mandato claro para enmendar y mejorar el sistema de educación particular subvencionada, descentralizándola y asegurando una fiscalización adecuada. En lo personal, considero evidente el fracaso de la educación pública, situación que pude constatar en terreno durante esta campaña.

A nivel nacional, en las conversaciones con padres y apoderados, me manifestaban una y otra vez que ya no deseaban postular a sus hijos a los liceos emblemáticos, como el Instituto Nacional o el Barros Arana y muchos otros, debido al deterioro y la falta de selección de sus alumnos. La gente valora el mérito y el esfuerzo, y no desean la mediocridad para sus hijos.

Una mejor salud

La falta de una adecuada gestión en el sistema de salud es otra de las grandes carencias del Chile actual, lo que pude constatar en mi contacto con la gente. Esto se evidencia no tanto en la calidad de la atención en los hospitales, sino en la administración general del sistema. Recuerdo que una señora me comentó: “Aquí en el hospital me atendieron muy bien, el problema es que me costó años llegar a ser atendida”. Asimismo, al conversar con un hombre mayor en Rengo, me dijo: “Señor Sutil, quitaron al urólogo de aquí y ahora debo ir a atenderme a Rancagua. Comprenderá que, a mi edad y con mis recursos, es casi imposible para mí ir hasta allá, y las consecuencias para nosotros los ancianos son fatales”. En otra ocasión, un hombre en la calle en Rancagua se me acercó para contarme que logró -después de tres años- que le sacaran una radiografía de cadera y que iba a requerir de una operación. Entonces, me pregunto si deberán pasar otros tres años para esa intervención quirúrgica, porque si se hubiera atendido hace dos años sin duda que hubiese evitado su deterioro y calvario que deberá llevar de por vida. Esto, claramente, es más que un problema de recursos, es un problema de gestión. Lo mismo ocurre en otros ámbitos, como el acceso a la vivienda, los servicios públicos y, como dije, en la educación pública.

Juan, ¿tienes claro en qué te estás metiendo?

Un hecho que me marcó ocurrió en la Fiesta de la Vendimia de Peralillo de marzo de 2023, la primera desde que fue suspendida por la pandemia del COVID-19, donde todos los candidatos estábamos presentes, algunos con decoro y otros sin pudor. Me tocó sentarme al lado de Miguel Littin. Él me dijo: “Juan, ¿tienes claro en qué te estás metiendo?”. En ese momento, creía que sí lo tenía claro, que entendía mi propósito de ser candidato y contribuir al nuevo proceso constitucional. Sin embargo, a medida que me fui adentrando y conociendo más a fondo las realidades, anhelos y carencias de la población, me di cuenta de que Miguel tenía razón y comprendí la amplitud de su pregunta.

Durante mi recorrido, experimenté una gran cantidad de apoyo y unidad, como lo mencioné anteriormente sobre nuestra primera reunión en casa de Alejandro Gracia-Huidobro para formar los equipos de campaña. Hubo mucha gente que respaldó nuestras propuestas para llevarlas al Consejo. Sin embargo, también me encontré con la mezquindad de algunos, especialmente con el llamado “fuego amigo” de ciertos republicanos que, aunque ya superado, resultó doloroso en su momento. Además, me percaté que algunas personas afines, en ocasiones, complicaban más que resolvían los asuntos de la campaña. Así, fui entendiendo el funcionamiento de la política en toda su complejidad, con sus virtudes, carencias y luchas internas.

Los salineros de Cáhuil, los emprendedores y la seguridad

Una experiencia notable sucedió durante una visita a las Salinas de Cáhuil, ubicadas a 15 kilómetros de Pichilemu. Mientras conversábamos con los salineros en una noche de abril junto a

una fogata, me contaron sobre su dificultad para comercializar la sal. Resulta que la legislación antigua aún requiere que la sal sea yodada para su venta, a pesar de que hoy en día el yodo ya no es necesario debido a su presencia en muchos alimentos. Esta normativa impide que los salineros de Cahuil puedan vender su sal marina artesanal en el comercio establecido. Este caso ilustra cómo Chile enfrenta problemas cuando se trata de los detalles que pasan desapercibidos para muchos, y nadie interviene para solucionarlos. A pesar de los intentos de algunos diputados por resolver esta situación, aún no se ha logrado ningún éxito. Es preocupante ver cómo casos como el de los salineros de Cahuil son pasados por alto y quedan sin resolver, afectando a muchos segmentos de la población, en especial al sector productivo.

Durante una reunión de las cámaras de comercio de la región, organizada por don Rafael Cumsille, una figura destacada en la historia reciente de Chile, tuve la oportunidad de participar junto a otro candidato de centroizquierda. En este encuentro, pude abordar temas fundamentales como el emprendimiento, el comercio, la formalidad y la seguridad, aspectos esenciales para impulsar la noble actividad del comercio. Fue sorprendente constatar que el gobierno actual ha recortado los programas de apoyo al emprendimiento de Sercotec, los cuales son vitales para dar ese primer impulso tan necesario para comenzar un negocio.

Además, durante aquella reunión se discutió el impacto devastador del comercio informal y la delincuencia en el comercio minorista, resultado de políticas públicas deficientes y falta de visión. Estos problemas requieren una atención urgente y decidida por parte del país. En aquella ocasión, enfatiqué la necesidad de que la Constitución otorgue un mandato claro para garantizar el orden y la seguridad, independientemente del gobierno de turno.

Esta propuesta fue recibida con una ovación, similar a cuando mencioné la eliminación de la “tómbola” educacional, un tema que abordé en detalle durante mis más de dos meses de conversaciones y reuniones con más de 5.000 personas en la región.

Con el pasar del tiempo, considero que pude representar genuinamente el sentir de la gente, aunque lamentablemente quedé fuera por la paridad de salida.

La dignidad que trajo la Pensión Garantizada Universal

No puedo dejar de compartir una experiencia conmovedora que tuve mientras me encontraba en una entrevista en una radio de San Fernando, hablando sobre el progreso de la política social, especialmente sobre el impacto positivo de la Pensión Garantizada Universal (PGU), implementada durante el gobierno del presidente Sebastián Piñera. Al salir del programa y dirigirme hacia mi auto, fui abordado por un grupo de mujeres que me esperaban afuera.

Una de ellas, una profesora jubilada, se acercó y me contó que antes de la PGU, su pensión era de \$230.000 después de 35 años de trabajo, pero que gracias a este programa, ahora recibía \$430.000, lo que había transformado por completo su vida. Otra señora me compartió su historia, diciendo que estaba a cargo de su nieta y que su pensión anterior era de \$176.000, lo que obviamente no era suficiente para cubrir las necesidades básicas. Antes, tenía que recurrir a comedores comunitarios y compartir el almuerzo con su nieta para poder alimentarla adecuadamente. Sin embargo, con la PGU, ahora tenía la dignidad de poder hacerse cargo de ella sin depender de la caridad y de las ollas comunes, lo que había mejorado significativamente su calidad de vida.

Estos testimonios me conmovieron profundamente y reforzaron mi convicción de trabajar incansablemente para que Chile vuelva a ponerse en marcha, retomando su camino hacia el crecimiento, la generación de empleo y la superación de divisiones obsoletas, muchas de ellas basadas en visiones ideológicas anacrónicas. Es fundamental implementar más y mejores políticas públicas de calidad, como la PGU, que deben ser

mejoradas continuamente según la disponibilidad de recursos. Creo que es posible y es un imperativo ético poner todo nuestro esfuerzo en rescatar a Chile de años de estancamiento y llevarlo hacia un futuro próspero.

Otra política pública que tuve la oportunidad de conocer mejor es el Programa de Mejoramiento de Barrios. Mientras caminaba por Rancagua junto a Eduardo Soto, un exalcalde muy querido y respetado por la ciudadanía, pude constatar el impacto positivo de esta política pública en la comunidad. En medio de nuestra caminata, la gente expresaba su deseo de que Eduardo regresara a la alcaldía, lo que refleja el aprecio y la confianza que la gente le tiene.

Durante nuestra conversación, observamos los edificios de viviendas sociales que lucían renovados, con pintura fresca, buena aislación y ventanas nuevas. Eduardo me explicó que esto se debía al Programa de Mejoramiento de Barrios, una política que él implementó con gran éxito durante su mandato como alcalde.

Sin embargo, no todos los programas públicos son implementados adecuadamente por el Estado. Muchos de ellos no logran cumplir con sus objetivos y no generan el impacto deseado en las personas y las familias. A pesar de esto, estos programas continúan existiendo sin que se tomen medidas para mejorarlos o eliminarlos.

Aunque sé que este tema no está directamente relacionado con la Constitución, considero importante mencionarlo, ya que como candidato pude constatar la efectividad de este programa y la importancia de evaluar adecuadamente todas las políticas públicas para garantizar su impacto positivo en la sociedad.

Recuerdo con alegría que siempre que anduve por las calles de ciudades, pueblos y barrios de la región, la gente fue amable, cariñosa y, sobre todo, respetuosa. Nunca fui agredido ni insultado, aunque algunos expresaron con cariño que no me apoyaban y otros que tenían opiniones distintas, pero aún así me respetaban por mi transparencia y claridad.

Incluso en los últimos días de la campaña, mientras caminaba por Rancagua en una feria al costado de la Medialuna con

Eduardo Soto, recuerdo que Maricarmen Orueta, Lenin Arroyo y el equipo de campaña liderado por Felipe Uribe, una señora me insultó y grabó, tratando de provocarme en voz alta. Poco después, otro señor más adelante también intentó agredirme. Fue una situación desagradable y dolorosa, pero rápidamente comprendí que no era representativa de la realidad. La mujer era una activista comunista conocida y el otro individuo representaba un extremismo político del Partido Republicano que, afortunadamente, varios están dejando atrás en beneficio de Chile.

Con esta experiencia, y observando desde una perspectiva más amplia, llegué a la conclusión de que la mayoría de la gente en Chile desea avanzar en paz, buscando acuerdos y evitando divisiones odiosas y extremas.

La responsabilidad de la prensa en el debate nacional

Uno de los hitos fundamentales dentro de cualquier campaña, y la del Consejo Constitucional no fue una excepción, es la participación en programas de debate de ideas diseñados por los canales de televisión de alcance nacional, a los cuales se invita a los candidatos a exponer y debatir sus visiones y propuestas para hacer de Chile un mejor país. Se trata de espacios mediáticos con una audiencia masiva a la cual entregar un mensaje y contrastarlos con los de los demás participantes. Así, los votantes se informan de primera fuente y pueden ejercer de mejor manera su derecho a sufragio, sea cual sea su preferencia. En una democracia, el papel de los medios de comunicación es fundamental para construir una mejor sociedad para todos.

Mi experiencia como candidato que concurrí a estos programas, que se hacen en Santiago, no fue grata, pues considero que los intereses de algunos programas y de los canales que los sustentan, van más en la línea de usar las lógicas del espectáculo, de la frase fácil, de la interpelación al voleo, la descontextualización, la interrupción de la argumentación y, además, el ataque personal.

En ningún caso, mi planteamiento debe ser interpretado como una crítica a la libertad de expresión o de información. Sólo pretendo llamar la atención de que la democracia, el respeto por el otro y la sana convivencia, deben primar en un país al cual todos aportamos a su desarrollo.

Considero que en el último tiempo, parte del deterioro que ha sufrido la buena política y las relaciones democráticas, se debe a un proceso destructor que impulsaron los medios de comunicación y algunos periodistas desde el llamado estallido social del 18 de octubre de 2019. En ese entonces, fuimos testigos de lo que ocurría en los matinales y los noticieros, donde muchos periodistas parecían más bien actores políticos de un sector determinado, entregando opiniones que, a mi juicio, eran absolutamente inaceptables o incorrectas. Y hubo profesionales de la talla de Rafael Cavada, Mónica Rincón, Daniel Matamala y Julio César Rodríguez, que fueron evidentes y cayeron en esta lógica del espectáculo, que mucho daño ha hecho al país, crispando aún más los ánimos, generando polarización, y relativizando o justificando de alguna manera la violencia que vivimos en ese período que muchos llaman “octubrismo”. Muchas veces cometieron errores en las informaciones o en las interpelaciones que formularon.

Llevado este diagnóstico a la campaña de consejeros constitucionales, este tipo de espacios siguieron esa misma lógica, salvo algunas excepciones a las cuales fui invitado, como el programa Aquí se debate de CNN, el 21 de marzo de 2023, conducido por Mónica Rincón, en el cual pude expresar con algunas interrupciones o cuestionamientos nuestros puntos de vista con otros candidatos como Camila Miranda (Frente Amplio), Sergio Bitar (Partido Por la Democracia) y Ricardo Ortega (Partido Republicano). Otro tanto sucedió con el programa 24 Debates, de la señal 24 Horas de Televisión Nacional de Chile, el 12 de abril de aquel año, en que, no obstante, la conductora Constanza Santa María tensionó el debate de la regionalización de manera artificial.

Pero donde viví el aportillamiento de los periodistas fue en el programa Los 100 Indecisos de Mega -conducido por Juan

Manuel Astorga, y con la activa participación de Tomás Mosciatti y Andrea Arístegui-, cuyo eslogan era “candidaturas en debate para un voto informado”, lo cual lo veo hoy como un contrasentido, pues este espacio estuvo marcado por los emplazamientos y cuestionamientos personales, más que por el sano debate de las propuestas constitucionales que no pudimos desarrollar en este show periodístico. Cabe resaltar que esta elección no era para cargos ejecutivos o legislativos, sino que para elegir personas que durante unos pocos meses iban a concordar un nuevo texto constitucional. Esta situación también afectó a los candidatos participantes: Natalia Piergentili (Partido Por la Democracia), Beatriz Hevia (Partido Republicano) y Ricardo Núñez (Partido Socialista).

Desde el inicio me vi expuesto a los emplazamientos descarnados, y si uno mira lo que ocurrió, me pregunto qué pretendían Tomás Mosciatti y Andrea Arístegui, quienes más que alentar el debate generaron un clima de tensión, presión y contra preguntas que lo único que hacían era tratar de destacar lo negativo de los candidatos, no permitiéndoles, en muchas oportunidades, poderse expresar, siendo interrumpidos e incluso me atrevería a decir maltratados los candidatos en su conjunto.

Me atrevo a hacer esta crítica en un sentido constructivo, porque a mí me parece que “esta forma de informar”, basada en la pura confrontación e inmediatez, sólo contribuye a la destrucción de las ideas, del razonamiento y de la buena convivencia del país, en circunstancias de que se trataba de exponer y defender ideas para un proyecto con incidencia en todas las áreas de país como lo es toda Constitución Política. En cambio, vivimos en carne propia un espacio sin altura de miras, con una actitud beligerante, incluso despreciativa de parte de estos profesionales.

Cuando el programa estaba concluyendo, nos dieron algunos segundos para expresar un mensaje a los televidentes a modo conclusión. En mi caso, dije lo siguiente: “Lo que hubiera esperado es poder explicar y que tuviéramos más tiempo para profundizar. Lo que vamos a enfrentar es un proceso que

tiene que unir a todos los chilenos, que tiene que ser positivo y constructivo, no lo que hemos visto en este programa, donde nos interpelan y no nos dejan expresarnos correctamente. Lo que tenemos que hacer es una Constitución que una a todos los chilenos, que nos represente a todos los chilenos, que logremos encontrar el diálogo, la comunión de intereses y hacer un Chile del futuro para todos”.

Dije aquellas palabras, porque a pesar de que me podrían criticar, creo que no es conveniente callar ante esta suerte de circo que me tocó vivir. Porque, a fin de cuentas, se trató de un espectáculo disfrazado de un programa periodístico serio. Puedo entender que la televisión busque ganar audiencia, pero no es correcto hacerlo a costa de denigrar -en función de ese objetivo- un debate legítimo en torno a una Constitución. Me parece que cuando uno está jugado por un proceso tan relevante como lo es el futuro del país y sus reglas de largo plazo, el periodismo debería alejarse de esta lógica del espectáculo y la cuña fácil, para abrazar un diálogo correcto, bien documentado y con los tiempos adecuados para desarrollar las ideas.

La labor de los periodistas es construir la verdad, no manipularla o torcerla. Estoy de acuerdo que se corrija a cualquier candidato que falte a la verdad, pero no pueden los periodistas instalar verdades que no existen.

Avanzar en paz y buscar acuerdos

Me gustaría concluir estas reflexiones expresando que ser candidato fue una experiencia gratificante y enriquecedora que me brindó la oportunidad de conocer más a fondo mi país, a sus ciudadanos y a sus diversas organizaciones sociales y autoridades. Creo firmemente que Chile es un país extraordinario, lleno de desafíos y necesidades, especialmente evidentes entre las personas más vulnerables. Estos desafíos deben reforzar nuestro compromiso como sociedad y el mío personal por mejorar la política, ya que es a través de una práctica política responsable

que podemos resolver democráticamente los problemas y demandas reales de los chilenos.

Es fundamental dejar atrás las ideologías extremas y avanzar con seriedad y pragmatismo hacia un Chile que progrese, que crezca y que promueva la justicia social; un país que incluya a todos y no deje a nadie rezagado. Creo en la importancia de trabajar juntos para construir un futuro mejor, más equitativo para todos los ciudadanos de nuestro país, y así dejar en el pasado más de una década de estancamiento.

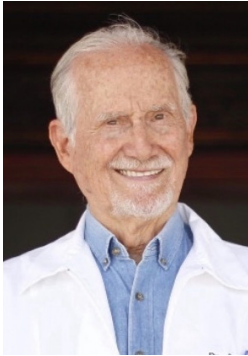
Quiero concluir expresando mi profundo agradecimiento a todos aquellos que fueron parte de esta travesía. Es fundamental reconocer la importancia de reencontrarnos y construir acuerdos para implementar políticas públicas que eficienten el accionar del Estado, que atiendan adecuada y eficazmente las necesidades de quienes más lo requieren. Sin acuerdos, el avance se hace difícil. Creo haber cumplido también con mi presidente y amigo Sebastián Piñera (QEPD), habiendo hecho realidad el compromiso de participar de este proceso que lamentablemente fracasó.

Agradezco especialmente a mi familia y a mi amada esposa, María Isabel, por permitirme ponerme al servicio de Chile. También quiero reconocer la invaluable contribución de tantas personas, en especial de Rebeca Cofré por su amor a Chile y compromiso con mi campaña; a José Ramón Barros, Hugo Toro (QEPD), Carla Morales, Jorge Vargas, Alex Becerra, Diego Schalper, Víctor Blanco, Alvin Saldaña y su esposa Lucía, Marcos Rivas, Bryan Moreno, Loreto Silva, Alejandro García-Huidobro, Patricio Crespo, Constanza Macaya, Félix Sánchez, Pía Lazo, Eduardo Soto, Lenin Arroyo, Gabriela Errázuriz, José Ramón Parraguez, Enrique Del Barrio, José Ribera; a mis compañeros de lista de Chile Vamos y a muchos otros de todos los sectores políticos que hicieron posible esta campaña. Agradezco el respaldo y la confianza que me brindaron.

No puedo dejar de mencionar mi profundo agradecimiento a la hermosa y pujante Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, de cordillera a mar y de norte a sur, por haberme dado el privilegio de ser elegido. ¡Viva Chile, viva su futuro!

Salvador Urrutia

Lo que vi, viví y aprendí en esta campaña



Salvador Urrutia C. nació en Valdivia el 17 de julio de 1942. Estudió en el liceo de su ciudad natal y, entre 1960 y 1966, Medicina en la Universidad de Concepción. Posterior a ello, se radicó en Arica Parinacota como médico general de zona, para luego formarse en Oftalmología en la Universidad de Chile, regresando a Arica, donde ejerce su profesión hasta la fecha. En su trabajo gremial en esa ciudad, fue Presidente del Colegio Médico y encabezó los paros médicos en contra de la dictadura en

los años 80; fue elegido presidente de la Asamblea de la Ciudad local y luego dirigente del Comando por el No, siendo en esos días detenido por hacer propaganda por elecciones libres en la vía pública. Fue fundador y primer presidente del Partido Por la Democracia en Arica en 1987. Se jubiló en 2023 del Hospital de Arica, habiendo sido Jefe del Servicio de Oftalmología y Director del Servicio de Salud. Fue diputado por el distrito de Arica por dos períodos (1994 a 2002); y alcalde de esa ciudad entre 2012 y 2016. Casado con Lidia desde 1970, tienen cuatro hijos y siete nietos.

Mejor tener amigos que dinero

Mi buen amigo, dilecto y benemérito Sergio, me incentivó a convertirme en relator de mi propia experiencia y aprendizaje personal como candidato al Consejo Constitucional de 2023 y, tal como cuando en 1993 me invitó a ser parte de la dupla ganadora del PPD en Arica, él como senador y yo como diputado, acepté encantado en esta oportunidad.

Esta vez fui como candidato independiente apoyado por el PPD. Es curioso como nuestra apreciación de la edad de los otros va cambiando con el tiempo: a mis 15 años consideraba a alguien de 30 como adulto maduro; de 50 como un sabio fogueado; y de 70 o más lo veía como un maestro Yoda, con toda la sabiduría del mundo, dedicado solo a transmitirla.

Ahora, en cambio, a mis 81 años, mi visión ha cambiado: los de 50 me parecen adultos en práctica; y los de 30, jóvenes inexpertos; los de 70, en tanto, los veo más como avezados sobrevivientes capaces de enfrentar cualquier desafío.” ¡Todo es relativo!”, Einstein dixit.

Por eso, cuando algunos amigos del PPD local me sugirieron ser candidato al Consejo Constitucional pensé que estaban en el camino correcto: cambiar a los jóvenes delirantes de la fallida Convención Constitucional de 2022, que había fracasado tan estrepitosamente, por adultos sabios, que darían la talla haciendo una mejor Constitución, me hizo sentido, sonaba como algo lógico.

Pero debo confesar que en esta ocasión dudé asumir este desafío electoral y político, pues con 81 años consideraba que, más que un político activo, podía seguir siendo un tranquilo gurú político ocasional y continuar mi trabajo habitual como médico oftalmólogo. Prefería que hubiera candidatos jóvenes o adultos nuevos; pero, en esta ocasión, no había ni jóvenes ni adultos interesados, como siempre los hubo en cualquier elección tradicional. Incluso en las candidaturas a concejales de comunas rurales se compite entre varios aspirantes, y para qué decir de

las elecciones a alcalde o parlamentario, en que los candidatos brotan como callampas.

Pero ahora lo constitucional no atraía a los candidatos, y creo que la jugada maestra de los que pusieron la cláusula que impedía a los consejeros constitucionales postular a cargos de representación popular -y su breve duración- fue la principal causa de ese desinterés. Eso permitió que se recurriera a muchos “viejos tercios” para competir en esta nueva gesta constitucional, porque cumplíamos cuatro requisitos claves: ser personas con experiencia y sabiduría, se suponía; es decir, la antítesis de los convencionales del primer proceso, por lo cual esta vez serían preferidos por la ciudadanía, suposición que se cumplió sólo parcialmente. También se sabía que habían probado muchas veces su compromiso con las ideas políticas y de justicia social, algunos incluso arriesgando la vida y su propia libertad, además de no tener interés en “pechar” por ser candidatos otra vez. Asimismo, se argumentaba que esta vieja guardia había tenido votaciones interesantes y muchos de sus antiguos votantes volverían a hacerlo por ellos en 2023.

Y para que aceptaran el desafío había también dos motivos poderosos: los verdaderos guerreros, y muchos políticos lo son, no rehúsan jamás, por más jubilados y viejos que estén, a combatir de nuevo si se les pide defender otra vez lo que defendieron antes. La historia lo confirma con muchos ejemplos.

Además, pesaba el hecho de que las elecciones son adictivas para todo político que ha sido candidato anteriormente, pues ha vivido esos momentos emocionantes de tensión y entusiasmo, en que los días se suceden aceleradamente dentro de la burbuja llamada campaña, una batalla por conquistar los corazones y mentes de los votantes. Así, cada candidato se autoconviene que va a ganar y que todo lo que dice y hace es admirable, cosa que todos los que lo rodean, excepto su núcleo familiar, confirman; y donde va lo acompaña un aura brillante que lo destaca, euforiza y dinamiza, lo que se mantiene hasta el momento de conocerse el resultado de la elección. En ese momento, el que pierde nota que su luz se oscurece y apaga en segundos;

en tanto, el ganador siente su luz brillar más que nunca durante un par de horas para luego disminuir hasta desaparecer antes del día siguiente. En ambos casos, ganador y perdedor, sólo desean descansar, pues la burbuja energizante y embriagadora de la campaña y su estela luminosa han desaparecido y hay que enfrentar la realidad: no son perfectos, no todos los quieren y hay muchas tareas y responsabilidades esperándolos en el caso de los ganadores.

Para mí, trabajar para hacer una buena Constitución me pareció una tarea valiosa y muy necesaria, sobre todo después del desastre que ocurrió con el primer intento. Creí que esa mala experiencia serviría bastante para hacer algo mucho mejor en el segundo intento. Me sentía preparado para aportar al trabajo colectivo en esa nueva instancia constitucional.

Desgraciadamente, no fui elegido y la mayoría vencedora de la derecha extrema volvió a hacer una mala tarea que fue rechazada por la ciudadanía. Sin lugar a duda, aquel viejo y sabio refrán que dice que el hombre es el único animal que tropieza dos o más veces con la misma piedra, tomó más fuerza, siendo la pura y santa verdad.





Max Weber, epítome de la ética política, dijo que los que participan en política lo hacen de tres maneras: o vivimos para la política como amateurs; o vivimos de la política como profesionales; o somos un híbrido. Estas tres maneras son éticamente correctas, pero la independencia mental es diferente: la primera y la tercera manera son más libres, y por eso no me sentí presionado, aunque lo estaba en parte, cuando algunos amigos de Santiago, donde siempre se corta el queque, también me plantearon ser candidato y acepté con gusto y decisión, tal como un adicto al tabaco acepta un habano Cohiba.

He sido candidato tradicional seis veces en mi vida: tres oportunidades a diputado, dos a senador y una a alcalde. Gané tres veces y perdí otras tres, por lo que conozco muy bien la victoria y la derrota. Ya sé que competir por una buena causa me entusiasma y la campaña me anima. Me interesa ganar y me esfuerzo para lograrlo, pero perder no me deprime, pues el pueblo eligió y habrá que mejorar nuestra oferta.

Una elección demasiado diferente

Esta elección constitucional iba a ser muy diferente a las tradicionales y todos lo intuían, menos los candidatos.

Antes, competí por cargos con poder práctico inmediato: ya sea como parlamentario o alcalde, y la gente, militante o no, sabía que si era elegido podía influir en cargos públicos, en leyes o proyectos que iban a satisfacer sus deseos, sean económicos, valóricos y/o políticos. Al contrario, lo constitucional era algo vago para la gran mayoría, y quitaba interés también a la militancia sin cargos directivos, que apoya con su firma para la inscripción de los partidos, pero no tiene ganas ni le atrae asistir a reuniones y tampoco vota en las elecciones internas, salvo que sea transportada e incentivada, por razones familiares, de amistad o clientelares, incluso gastronómicas, por dirigentes eternos.

Problema creciente: partidos congelados y alejados de la realidad

Estoy convencido que esta es una de las raíces de la decadencia de los partidos políticos y, por ende, de la política en general, en Chile: los militantes no participan, no retroalimentan ni controlan a las directivas, las que pasan a ser pequeños grupos que, inevitablemente, se aíslan y apenan por décadas y décadas. Ellos son los que deciden quiénes van a ser candidatos y quiénes serán nombrados en cargos de confianza; actúan en forma endogámica, con nepotismo incluido. De este modo, la ciudadanía se va o apoya a partidos con gente nueva y el ciclo recomienza, cada vez con menos mística, confianza y paciencia.

Yo fundé dos partidos nacionales y en ambos pasó lo mismo. Juntamos casi mil firmas para cada uno en Arica, los inscribimos, luego citamos a los firmantes a asamblea regional general

y asistieron 50 personas en el primer caso (PPD) y 30 en el segundo (PRO). Luego de ello, la asistencia -reflejo de compromiso- no mejoró, sólo empeoró. Esto pasó en todo Chile y los partidos han sido dirigidos por esas minorías, con renovaciones parciales y ocasionales.

Reconozco que algunos partidos, entre ellos el PPD, lo han hecho mejor, y lo atribuyo a que sus primeras directivas, aquellas de los años 1987 y 1988, estaban integradas en un ciento por ciento por militantes forjados en años de lucha por la democracia en tiempos de dictadura, y algo de esas enraizadas virtudes democráticas se han mantenido.

Claro, lo fácil es juntar firmas; lo difícil es lograr que los firmantes participen en las actividades del partido. Creo que si los partidos son forzados mediante una buena normativa que los regule, con supervisión constante del Servicio Electoral, a tener participación de todos sus militantes -o de la mayoría de ellos- en su quehacer se podría lograr que el descrédito y la decadencia actual se puedan revertir. Para ello se deben usar los avances tecnológicos en las comunicaciones y las votaciones, con transparencia, con cuentas públicas periódicas, buzón de reclamos y sugerencias con respuesta obligada, padrones de acceso fácil para los militantes, registros obligatorios y disponibles de las reuniones y asistencia, exigiendo un porcentaje mínimo de participación en las elecciones internas, además de fijar un número mínimo de asambleas comunales. En fin, hay muchas medidas para democratizar la práctica de los partidos.

Los partidos son la matriz de donde salen y se designan todas las autoridades y directivos superiores de a los menos dos poderes del Estado, el Ejecutivo y el Legislativo, e indirectamente también del Judicial, por lo que se hace indispensable, para mejorar los gobiernos y al Estado en su conjunto, empezar por modernizar primero a los partidos políticos.

Desinterés de líderes sociales: una señal ominosa

Pero volvamos a la campaña que nos convoca, la del Consejo Constitucional de 2023. Nunca vi, en elecciones anteriores, lo que pasó en esta elección.

Lo más llamativo: no aparecieron los “líderes, dirigentes o caciques” dueños, según ellos, de bolsones de votos (ya sean 100, 500, mil o más) que siguen sus directrices a pie juntillas a la hora de enfrentarse a las urnas. Unos dicen manejar votos familiares, otros los de los comités de vivienda, juntas de vecinos, clubes de adultos mayores o deportivos; o bien a grupos organizados interesados en terrenos para pequeños proyectos industriales o desarrollos agrícolas; otros que aspiran a leyes o proyectos que repararán situaciones que los afectan, sean temas relacionados con el medioambiente, la salud, el aislamiento, o bien injusticias de género o materias relacionadas con el arte, la cultura, la educación o la seguridad.

Recuerdo que en las elecciones tradicionales, estos dirigentes aparecían pidiendo reuniones apenas se hacía público el nombre del candidato. Pero en la campaña reciente para consejero constitucional no llegó ninguno, y cuando los contactamos y se les invitó a algún encuentro, sólo unos pocos explicaron que no sería posible reunirse, y la gran mayoría permaneció en silencio.

Evoco, en especial, a un patriarca de una familia de más de 100 parientes, que religiosamente me había invitado a un almuerzo familiar en cada una de mis anteriores candidaturas y que, en esta ocasión, estando vivo y coleando, no dio señales de vida. Pienso que, aunque mantenemos una cordial relación, él me ha ayudado y yo también a él, en política el pueblo chileno tiene una sabiduría intuitiva que dice que hay chanchos que dan manteca y chanchos que no la dan. Y estaba claro, para él y todos los dirigentes de grupos sociales interesados en algo, los candidatos al Consejo Constitucional daban cero manteca, por

lo que no había para qué inflarles la cambucha y perder el tiempo en reuniones. Frente a esta “sabiduría popular”, los políticos no tenemos nada que hacer. Como que esos líderes intuían que todo lo que proponíamos no se haría realidad y no estaban dispuestos a ser parte de una utopía.

Para nosotros, los políticos, en cambio, la Constitución es lo más importante, es nuestro dogma: se trata de la columna vertebral de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la justicia social. Es la gran madre de las leyes y la abuela de los proyectos concretos. En tanto que para esos dirigentes, ese dogma no tenía peso ni prioridad. Para ellos, su objetivo son los proyectos concretos y alguno que otro proyecto de ley, lo que es muy comprensible. Mucha gente cree que la Constitución es algo etéreo y difuso. Esta es la eterna dicotomía entre Sancho y el Quijote.

¿Constitución? ¿Qué es eso?

Volvamos a la campaña: en los puerta a puerta y en el trabajo en las ferias libres y lugares públicos, casi nadie sabía de qué se trataba esta elección, y explicarlo requería horas o ser invitados a una bebida o tecito didáctico, lo que hacía que de las 200 casas programadas en un día, solo alcanzábamos a visitar 20 o máximo 30, no más que eso.

En las áreas rurales hablar de Constitución era como explicar a un estudiante de primer año de Medicina la interpretación de un ECG, tarea no imposible, pero que toma días.

En tanto que a las reuniones con militantes, presenciales o telemáticas, sólo asistían los que tenían cargos de confianza y algunos de sus familiares. Peor aún, a los encuentros en que se convocaba al público en general, en alguna institución u organización no política, sólo iban los candidatos, los anfitriones y sus equipos cercanos. La indiferencia política y ciudadana arreció en esta campaña.

Tuve una señal de advertencia, una luz amarilla, no conscientizada, que presagiaba el desinterés general: mi familia, es-

pecialmente mi querida esposa Lidia, que siempre antes comentaba entusiastamente mis aventuras electorales, sea a favor o, a menudo, en contra, ahora comentó poco el tema y mis intentos por tocarlo en las reuniones familiares tenían poco eco.

Todo este escenario de desinterés y apatía ciudadana -y familiar- que impregnó esta campaña, bajó el magnetismo de los candidatos, y aprendí que esa condición brota principalmente de la gente, y que el candidato concentra en su cuerpo, en su ánimo y mente, toda esa energía colectiva. Como aquí hubo poca energía, los candidatos en esta elección no éramos soles fulgurantes, sino que pálidas lunas de distintos portes que iluminaban muy poco, desmotivadas y enfriadas por el clima reinante.

En resumen: lo constitucional no motivaba a casi nadie y, si no hubiera habido voto obligatorio, creo que la abstención habría sido monumental.

De mis contactos locales, forjados en 55 años de trabajo médico, actividad política y vida ariqueña, pude conocer que los evangélicos, que aborrecen el feminismo, la ropa y el trato informal, el aborto y el divorcio; y todo el mundo militar y policial, familias incluidas, estaban cuadrados con los candidatos republicanos, pues los consideraban defensores de los valores nacionales tradicionales y bíblicos.

También capté que lo que preocupaba a los votantes en esos días era la inseguridad y la delincuencia de los migrantes, culpando al gobierno de la situación; los temas económicos y los de las minorías y valóricos importaban mucho menos, cosa que antes era al revés: la inseguridad y los migrantes no era tema y sí la marcha de la economía.

Las redes sociales se imponen más y más

Mi anterior campaña fue en 2017 y el cambio de técnicas y método fue enorme: las redes sociales, como Facebook, Instagram y TikTok reemplazaron lo callejero. Las palomas, las gigantografías, los afiches, los letreros, las banderas y los volan-

tes casi desaparecieron. Y la publicidad en la prensa de papel bajó mucho; las radios, en cambio, mantuvieron su presencia y aprovecharon la ocasión como siempre lo hacen en épocas electorales. Constaté -reitero- que ninguna organización territorial o funcional pedía o invitaba a reuniones, cosa que era tan frecuente en las elecciones tradicionales, y que para lograr concretar una sola cita había que tener padrinos que hubieran, recientemente, hecho algo o fueran a hacer algo para ese grupo.

Lo que no cambió, y empeoró en esta ocasión, es que ya no existen los voluntarios para trabajos electorales, a menos que seas un empleador público o privado y puedas “pedirles” a los que ayudaste a ser contratados que te ayuden, ojalá con sus familiares, en la campaña. Por lo tanto, no quedaba otra alternativa que pagarle a casi todo el mundo que te ayudaba, excepto a tus familiares y amigos muy cercanos, como sucedió en mi caso, a quiénes agradezco el tiempo y el esfuerzo que dedicaron a mi campaña.

Tampoco hubo profesionales que se ofrecieran espontáneamente a colaborar, como siempre hubo muchos en elecciones tradicionales. Y qué decir de los otrora muchos aportes financieros. Esta vez, salvo el del partido, que fueron tres millones de pesos, y de familiares y amigos míos, completando un presupuesto total para la campaña de seis y medio millones de pesos, con los que pude hacer una austera y eficiente campaña.

A propósito, como dos datos útiles para los candidatos primerizos, debo decir que los amigos, los familiares y la ciudadanía en general, salvo contadas excepciones, da por hecho que uno tiene un buen colchón de dinero y que no necesita ayuda financiera, y los llamados públicos a depositar en la cuenta personal electoral caen en el vacío más absoluto.

El segundo dato es que la rendición de ingresos y gastos electorales que se hace ante el Servel tiene muchas complejidades, lo que hace necesario contar con un administrador electoral muy responsable y minucioso, tal como el que tuve en esta ocasión y a quien agradezco en forma especial su esforzado y excelente trabajo.

Veamos ahora detalles operativos: no fue necesario esta vez implementar el cargo de generalísimo de la campaña, personaje tan importante antes y que viene de baja en lo operacional, aunque en lo simbólico sigue siendo útil en las elecciones tradicionales. En cambio, tuve un “Director”, un magnífico gerente ejecutivo de mis magras huestes, que me permitió hacer campaña sin distraerme en armar agendas ni asignarles tropas ni municiones.

En esta elección, mi mejor generalísimo fue un community manager, Francisco Molina, que gestionó las redes sociales y orientó a los creadores de contenido.

Me atrae esta tecnología, que también usé en las campañas de 2012 y 2017; pero hoy en día se han complejizado, pasando al primer lugar de importancia en las campañas electorales. Por eso se requiere a cargo de ellas a gente muy calificada, y hay que destinar una buena parte del presupuesto electoral y también tiempo del candidato y de su círculo cercano. Eso sí, algo que me desagrada de las redes sociales es lo que llamo la “dictadura de los algoritmos” que rigen estas plataformas, así como sus normas y precios inapelables e innegociables. Estos algoritmos pueden rechazar publicaciones pagadas sin dar explicaciones detalladas, salvo mensajes clichés que te informan que no cumpliste las normas, pero no te dicen qué o cómo cometiste una infracción a las mismas. Además, cobran barato por día y volumen, y te ofrecen segmentación y alcances que sólo se podían soñar antes que existieran, pero es imposible saber si los alcances que te informan son reales o no. Son como diosas que requieren fe total de tu parte.

Por ahora, las redes sociales digitales y sus algoritmos gozan de una imagen de imparcialidad y de cierto apoliticismo, pero tarde o temprano quedará claro que eso es un mito, como lo fue la prensa escrita, la radio y la televisión en su momento, y será necesario impulsar normativas y supervisión estatales que eviten la parcialidad y se politicen esos monopolios informáticos, que están regidos por seres humanos. Si alguna vez las máquinas inteligentes llegan a regirlos ya no habrá que preocuparse

de su imparcialidad, porque habrá llegado el fin de la historia humana y seremos precursores de otra cosa, como lo fueron los neandertales.

En gran medida, el trabajo de Pancho Molina en las redes sociales me permitió obtener una buena votación: 9,5% del total y mi lista obtuvo el 19%. Arica eligió dos constituyentes: un republicano con el 15% y su lista sumó 38%; una socialista que sacó 11% y su lista el 24%.

También hubo humor y optimismo

Un capítulo divertido fue lo de la franja electoral. Había estado en varias antes y los cambios fueron enormes, aunque una cosa siguió igual: la absoluta seguridad en sí mismos del equipo de filmación, desde la directora (una joven empática y tranquila) hasta las maquilladoras e iluminadores, quienes siempre actúan como si el candidato fuera un paciente que ingresa a un pabellón quirúrgico y debe aceptar dócilmente, incluso agradecido, que lo pinchen y pongan catéteres, que lo rasuren en cualquier parte, incluso aquellas, que se ponga en poses extrañas y si esboza una pequeña resistencia, te dicen maternalmente: “No se preocupe, esto es necesario para la operación”.

Lo que cambió en esta campaña fueron el tiempo y los medios utilizados: de estadías de tres días en un centro veraniego rural, o en un buen hotel capitalino, con clases de instructores expertos en comunicación y actuación ante las cámaras, con todos los candidatos concentrados, definiendo ideas fuerza de la campaña y cada cual ensayando su mensaje en un set de grabación, se pasó a dos citaciones de medio día en un barrio patrimonial de Santiago. Allí, los equipos hicieron proezas para informar cómo se trabajaría, modificando los textos que cada uno llevaba, el maquillaje, convenciendo a los transeúntes de no interferir con las escenas que hicimos en la calle, además de convencer a unos dirigentes vecinales que no querían que grabáramos una franja política en su barrio. Pese a todos estos

inconvenientes, se logró filmar nuestros paseos con cara decidida y convincentes mensajes.

Fue muy grato reencontrarnos con muchos próceres que no veíamos por décadas, compartimos momentos alegres y optimistas, también divertidos, confirmando que el buen humor y optimismo van de la mano con la longevidad.

En esta campaña, tampoco hubo los generosos bufets de antes, sino un austero food truck que servía café o té, y una ayudante de filmaciones que repartía agua mineral. La condición era que había que llegar desayunado o almorzado, lo cual nos vino muy bien a los que estábamos tratando de bajar de peso.

Novedosa paridad: tómbola solidaria

Otro punto muy especial fue constatar lo del compañero de lista, que por la norma de paridad convenía que fuera mujer. En cambio, antes, tu compañero era casi siempre un varón muy competitivo que podía superarte, por lo que competías simultáneamente con él y con las listas contrarias; ahora tu compañera podía sacar menos votos que tú, pero lo paritario hacía que fuera elegida ella y no tú, lo que se decidía en el escenario electoral nacional tras un engorroso cálculo. Todo esto hizo que tu compañera fuera tu aliada, sus votos podían elegirte y viceversa. Al final, era como si el azar decidiera y no las votaciones personales. Todos estos factores propiciaron que la campaña con mi compañera de lista, Macarena Riveros, una joven e inteligente mujer, fuera de mucha colaboración, camaradería y amistad.

Ahora lo inevitable: consejos y reflexiones

Como abuelo que soy, debo ceder a la tentación de reflexionar, recordar, reiterar y dar consejos:

Como veterano de todas las elecciones habidas en Chile des-

de el Plebiscito de 1988 hasta ahora, con una activa participación en todas, y como candidato en seis contiendas tradicionales y una constitucional, puedo decir que constaté que estos comicios para elegir consejeros constitucionales no atrajeron ni de lejos el interés de la ciudadanía, la misma que vota sin conocer ni leer ningún texto, y sólo es guiada por las preocupaciones del momento.

En base a esto, opino que, tras los dos intentos constitucionales fracasados, un nuevo intento debería esperar mínimo media generación, algo así como 10 años. O mejor, seguir con la actual cambiándola en lo esencial mediante el quórum de los 4/7 (antes era mayor), hasta que haya una nueva crisis social tan grave que obligue a la clase política a intentar un nuevo proceso -el tercero- para escribir una nueva Constitución, teniendo presente en esos momentos, las lecciones y errores cometidos en los dos episodios constitucionales fallidos, ejemplos fantásticos de lo que no hay que hacer.

El problema es que si no se educa cívicamente a la gente -durante una década como mínimo- sobre lo importante que es una Constitución, la situación no cambiará si las fuerzas políticas siguen empatadas. Para un nuevo intento constitucional exitoso debe haber un poder político fuerte y dominante, como ocurrió en países como Estados Unidos, Francia, Rusia, China, Alemania, Japón, Cuba y Venezuela, y con las constituciones de Chile de los años 1833, 1925 y 1980.

En cuanto a las elecciones que están a la vuelta de la esquina -las municipales y de gobernadores regionales de octubre de 2024, y las presidenciales y parlamentarias del próximo año-, a estas alturas del partido me atrevo a entregar consejos a modo de silabario electoral:

Primero. La gente vota mayoritariamente por quien ofrece solucionar los problemas del presente y, quien quiera ganar, debe diagnosticarlos con un estudio acucioso e imparcial del cuerpo social llamado “pueblo”, y luego proponer soluciones creíbles por la audiencia.

Segundo. Montar una campaña de propaganda cuyo pilar, pero no único, (lo territorial siempre será importante), sean

las redes sociales digitales, acciones que deben empezar mucho tiempo antes de que se sepa oficialmente que se va de candidato. Ello debe complementarse con presencia en paneles de televisión, notas en portales web, entrevistas radiales y de prensa escrita.

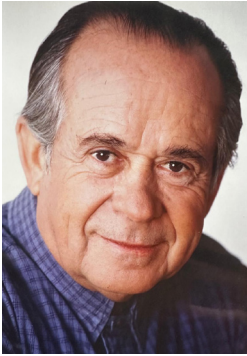
Tercero. Creo que todo es relativo y mis opiniones valen para elecciones en ciudades grandes, como Arica, pero en localidades pequeñas, como nuestras comunas rurales, el trabajo territorial y un transporte bien planificado siguen siendo la llave del triunfo.

Queridos lectores, concluyo diciendo que esta elección fue una motivadora experiencia y aprendí bastantes cosas nuevas y conocí muchas personas amables y solidarias. También me reencontré con muchas amistades que no veía en años y revisité hermosos lugares, especialmente rurales, cuya hospitalidad volví a agradecer.

Ganar es importante, desde luego, pero mucho más trascendental es que haya candidatos compitiendo por la aprobación de la ciudadanía, haciendo realidad aquello que dice que el poder reside en el pueblo, quien decide a través de su voto. Por eso digo a todos: no rehúyan ser candidatos, pues es la mejor ayuda que hacen a sus ideas y a la democracia. Y sí, seguro se harán adictos a las campañas; pero en política, como todo en la vida, siempre hay que pagar un precio por algo bueno.

Andrés Zaldívar

¿Por qué y para qué acepté ser candidato?



Andrés Zaldívar nació en Santiago el 18 de marzo de 1936. Abogado de la Universidad de Chile, desde muy joven comenzó su labor política, siendo electo en 1956 como secretario de la Unión de Federaciones de Estudiantes Universitarios. Al año siguiente participó en la fundación del Partido Demócrata Cristiano (PDC), presidiendo la Juventud de la colectividad en el Tercer Distrito de Santiago. Entre 1964 y 1967, durante el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva, fue nombrado

subsecretario de Hacienda. En 1968 juró como ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción, y luego como biministro de Hacienda y Economía, concluyendo el gobierno de Frei como titular de Hacienda. En las elecciones parlamentarias de 1973 fue electo senador por la Segunda Agrupación Provincial Atacama y Coquimbo. Fue un férreo opositor al régimen militar, presidiendo la Democracia Cristiana entre 1975 y 1982, siendo exiliado en 1980. Tras su regreso al país en 1983, asumió un rol decisivo en la lucha contra la dictadura, desempeñando altos cargos en el PDC, en la campaña por el No y en la creación de la Concertación de Partidos por la Democracia. Fue senador por la Región Metropolitana entre 1990 y 2006; ministro del Interior de la presidenta Michelle Bachelet en 2006, y senador por la Región del Maule entre 2010 y 2018. Presidió el Senado en dos oportunidades, entre 1998 y 2004, y entre 2017 y 2018.

En el mes de noviembre de 2022, me contactó la directiva del Partido Demócrata Cristiano para pedirme que aceptara ser candidato a consejero constitucional en la elección a realizarse en mayo de 2023. Se me indicó que podría elegir postularme por la Región Metropolitana, la Región del Maule o la Región de Aysén. Me hicieron ver la importancia que tenía el hecho de que pudiéramos llevar nuestro mensaje demócratacristiano en una materia tan importante y trascendental como era darle al país una nueva Constitución.

El contexto de aquella petición no era el mejor para Chile: hace solo unos años, habíamos sido remecidos por la violencia de grupos radicalizados y anarquistas, infiltrados por delincuentes, lo que por varias semanas procedieron destruyendo, incendiando, saqueando, asaltando y destruyendo los espacios públicos, comercios y las estaciones del Metro en el denominado “estallido social”. Hubo un sinnúmero de víctimas en los enfrentamientos entre los manifestantes y las fuerzas de Carabineros. Aquel movimiento, conocido como “octubrismo”, que comenzó en octubre de 2019, puso en riesgo la convivencia democrática en el país.

Ante este escenario, los partidos políticos con representación parlamentaria, con excepción del Partido Comunista, lograron el llamado “Acuerdo por la Paz”. Por ese acuerdo, el Parlamento delegó su poder constituyente en el cuerpo que sería elegido por voto de la ciudadanía en mayo de 2021, tras el plebiscito de octubre de 2020, que habilitó el posterior primer proceso constituyente, el mismo que fracasó con el contundente resultado del Plebiscito de septiembre de 2022, que rechazó la propuesta. Ante ello, los partidos políticos decidieron darse una nueva oportunidad constitucional con los resguardos necesarios que evitaran la refundación del país y de sus instituciones.

En ese escenario estaba el poder político cuando me ofrecieron ser candidato al nuevo Consejo Constitucional.

Reflexiones antes aceptar ser candidato

Mi reflexión de si aceptaba o no este desafío, pasaba, primero, por responder la primera parte de mi interrogación: “¿Por qué tenía que aceptar tan noble e importante responsabilidad si ya tenía cumplidos los 85 años y había estado desde muy joven en cargos designados o de representación popular? Pensando en las actuales nuevas generaciones, puedo decir que asumí altas responsabilidades en el servicio público desde los 27 años, cuando el presidente Eduardo Frei Montalva me nombró subsecretario de Hacienda, luego ministro de Economía, llegando a la cartera de Hacienda durante su gobierno (1964-1970). También fui ministro del Interior de Michelle Bachelet en 2006. Y entre los cargos de representación popular, fui senador electo por Atacama y Coquimbo en 1973; de la Región Metropolitana entre 1990 y 2006; senador por la Región del Maule entre 2010 y 2018; y mis pares en el Congreso me eligieron presidente del Senado en dos ocasiones (1998 hasta 2004; y entre 2017 y 2018). Asimismo, presidí la Democracia Cristiana en tres oportunidades, siendo, además, elegido presidente de la Internacional Demócrata Cristiana. En fin, una larga trayectoria y desafíos que incluyeron victorias y también derrotas electorales, además del exilio.

Mi primer fracaso en las urnas ocurrió en 1971 en la campaña senatorial para sustituir en el Senado al presidente Salvador Allende en la circunscripción de Chiloé, Aysén y Magallanes. Aquella elección me hizo reflexionar, opté por el servicio público y renuncié al ejercicio de mi profesión de abogado, que me auguraba una vida cómoda y auspiciosa. Decidí ser candidato en esa campaña, sabiendo que no íbamos a ganar el cargo de senador, pero sí íbamos a seguir la huella y el ejemplo de los fundadores del PDC, quienes no dudaron en su momento asumir candidaturas sabiendo que eran imposibles, pero que eran necesarias para ir sembrando el mensaje del proyecto político que nació en la Falange Nacional, cuna de la Democracia Cristiana chilena.

Entonces, me pregunté si podía negarme a asumir en el 2023 la responsabilidad que se me proponía y que, con toda razón, podía justificar por mis años y por las tareas cumplidas. En mi reflexión de ese año, recordé una decisión que me marcó y de la cual no me arrepiento en lo más mínimo. Transcurrían los primeros años de la dictadura y había tenido el dilema de aceptar un importante cargo internacional, fuera de Chile, en el Banco Interamericano de Desarrollo. Decliné y tomé la decisión de quedarme en mi país para tomar un lugar en la lucha para derrotar a Pinochet y su régimen.

Volviendo al planteamiento de la directiva del PDC para postular al Consejo Constitucional, recuerdo que dije, eso sí, que si surgía alguien que quisiera tomar esta responsabilidad, yo sería el primero en dar un paso al costado y me habría quitado la carga de conciencia de decirles que esta vez no contarán conmigo. Pero no fue así. Se me pidió ser candidato con la opción de escoger entre las tres regiones que mencioné. Al final, elegí la zona más difícil geográfica y políticamente: Aysén.





Lo hice porque volvería a encontrarme con una región donde había dado mi primera campaña cuando tenía 35 años, con la que había tenido siempre contacto con muchos dirigentes; y la cual había visitado en muchas oportunidades en mi vida como ministro y parlamentario. Una región que siempre he creído que es de gran importancia para el futuro de Chile. Adolfo, mi hermano, había sido electo allí como senador y se le recordaba por el gran e importante aporte que había hecho a su gente y al desarrollo de Aysén. Sabía que, para ser elegido, la lista en que participaba era muy débil frente a las otras, por lo que debía tratar de llegar no en primer lugar, sino que al menos segundo en el resultado, aunque siempre supe que era muy difícil lograr un éxito electoral en un sistema binominal.

El propósito de mi candidatura

¿Y entonces para qué lo hice? Precisamente, como lo he dicho, en estas decisiones no se puede pedir que te den la sandía calada. Uno debe hacerlo con la convicción que puede aportar, aun cuando no se logre éxito y que con fe se puede -a veces- lograr lo imposible. Acepté, porque pensé que podía contribuir

transmitir mi experiencia, no sólo por los cargos que había desempeñado, sino porque me sentí capaz de poder aprovechar esta instancia para transmitir nuestro mensaje político en todos los foros en que me tocara participar, en una campaña en el terreno, en los medios de comunicación y también en las redes sociales.

Asimismo, me apasionó el hecho de que para nada me sentía un novato en las materias constitucionales. En mis pasos por el Senado tras el retorno de la democracia, fui en varias oportunidades miembro de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia de la Cámara Alta; participé en muchos proyectos de reforma constitucional, y como presidente del PDC en plena dictadura patrociné y apoyé al denominado Grupo de los 24, formado en 1978, que trabajó transversalmente en la elaboración de un texto Constitucional como contraparte al impuesto por la dictadura el año 1980.

Recuerdo que, siendo presidente del Senado, y de común acuerdo con el presidente Ricardo Lagos, trabajé en el despacho de la reforma a la Constitución del año 2004, en la cual no sólo se eliminaron los llamados “enclaves autoritarios”, como los senadores designados, sino que incluso se reemplazó la firma de Pinochet y sus ministros, por las de Lagos y sus ministros en 2005.

También creí que estaba habilitado para transmitir criterios que deberían aportarse a la nueva Constitución, producto de haber trabajado con un grupo importante de constitucionalistas de la DC, todas ellas personas de gran prestigio, presidido por Claudio Troncoso e integrada por profesionales como Patricio Zapata, Tomás Jordán, Javier Cousso, Humberto Nogueira, Elisa Walker, Alejandra Precht, Ignacio Walker, Jorge Correa, Edgardo Riveros, Cristián Suárez, Gonzalo García, Cristina Escudero, Esteban Zmulewicz, Augusto Quintana y Soledad Lucero.

Este equipo profesional había elaborado una completa propuesta de texto constitucional que hizo llegar al primer proceso de la Convención Constitucional elegida en 2021. Por supuesto, no fue considerada, porque en aquella instancia predominó el imponer un texto que representara a esa mayoría

heterogénea de diversos intereses de grupos radicalizados que nunca entendieron que una Carta Constitucional era para todas y todos las y los chilenos, sin exclusiones de ningún tipo.

Con esa convicción de poder aportar a un proceso constitucional serio y responsable con Chile y su gente, asumí la responsabilidad de ser candidato. Desde un primer momento, supe que para acometer esta nueva tarea debía sacrificar mi vida familiar y salir de mi merecido receso público. Sabía que no contaría con Inés¹ ni con mi familia en esta aventura. Inés siempre me había acompañado en mis campañas y en la labor política. Ella estaba siempre junto a mí en el terreno con la gente, tenía gran capacidad de organización, sabía ganarse el cariño de quienes la rodeaban. No rehusó jamás hacer frente a las dificultades, me acompañó al exilio, y siempre me impulsó a asumir este desafío ante las dudas que yo sentía. Pero, esta vez, su salud no le permitiría hacerlo.

Aprovecho estas líneas para hacer un reconocimiento público a Inés por los 65 años que tuvimos de vida en común. Ella me regaló siempre su apoyo y aliento para afrontar en la vida pública los momentos más difíciles y dolorosos. En el desempeño de todos mis cargos públicos y en las campañas estuvo colaborando en la primera línea. Fue, y lo reitero, mi principal apoyo. Hoy ya no me acompaña físicamente, pero siempre sé que está y estará junto a mí.

El esfuerzo de realizar una campaña en terreno

Volviendo a la campaña que da vida a este relato y reflexión, debía organizar una que no duraría más de noventa días. Si bien iba a contar con el apoyo del PDC, por la información que se me entregó, no iba a ser suficiente, pues la crisis interna nos afectaba muy especialmente en Aysén, donde muchos de

¹ Inés Hurtado Ruiz-Tagle, esposa de Andrés Zaldívar, falleció en enero de 2024.

nuestros dirigentes estaban ausentes o distantes. Claramente, había un sentimiento regional que se utilizaría para objetar mi representatividad regional en el nuevo Consejo Constitucional de haber sido electo. Entendía que ese sentimiento en contra del “afuerino” era algo arraigado entre muchos ayseninos. Si bien esto no se hizo presente en la campaña en forma explícita, sí lo percibí en el transcurso de esta.

Ya de lleno en esta nueva aventura política, recibí el apoyo de los dirigentes territoriales del PDC, de los alcaldes, consejeros regionales y concejales del partido; del diputado Miguel Ángel Calisto y de su equipo de trabajo en terreno, encabezado por su madre, la señora Georgina Águila, así como de su jefe de gabinete, Andrés Rivadeneira, y de su encargado de prensa, el periodista Nicolás Gutiérrez. También me apoyaron la candidata a senadora y exgobernadora Paz Foitzich, el exdiputado Baldemar Carrasco, el doctor Eduardo Cruces, y muchos dirigentes de organizaciones sociales.

Participé en todos los foros radiales, de TV nacional y local, así como en la implementación de la campaña en las redes sociales. Pero lo más importante fue la decisión de realizar un intenso trabajo en terreno, como siempre lo había hecho en todas mis campañas, en lo que llamaba “casa a casa” o el “puerta a puerta”. No obstante, fue difícil hacerlo en esta región por las distancias, el clima y las malas condiciones de los caminos. Más difícil fue hacerlo sin la compañía de Inés, aunque sí conté con personas amigas y cercanas, especialmente de mi nieto mayor Manuel Andrés, que me acompañó día a día.

Fueron aproximadamente sesenta días muy intensos. Se programó que la campaña me obligaría a tener cinco días completos en Aysén en terreno y dos días de presencia en Santiago para cumplir tareas como la participación en programa nacionales de televisión y temas relacionados con la campaña, como propaganda, materiales y financiamiento. Debí viajar cada semana de ida y regreso, estaba en el aeropuerto de Pudahuel a las siete de la mañana del lunes y regresaba el sábado en la noche desde Coyhaique a Santiago. Las últimas dos semanas -previas a

las elecciones-, las dediqué por completo al trabajo en terreno, en contacto directo con la gente.

Al recordar hoy estas giras, después de un tiempo transcurrido, me doy cuenta del inmenso esfuerzo desplegado. Mi sede de operaciones estaba en Coyhaique. Me alojaba en la casa de una sobrina. Partíamos muy temprano, con jornadas de trabajo de 12 y 14 horas diarias. Nos concentramos en las poblaciones para reunirnos con organizaciones sociales, juntas de vecinos, y clubes de adultos mayores, deportivos, además de autoridades locales. Y aprovechamos para participar en los programas radiales de cada localidad que visitamos. Tampoco falté a los actos oficiales a los que nos invitaban, en los cuales nos encontrábamos los candidatos y nos permitía conocernos e intercambiar experiencias.

Además de los trabajos en Coyhaique y Puerto Aysén, cuya población representaba más del 60% del electorado, visitamos innumerables ciudades más pequeñas y pueblos, como Balmaceda, Puerto Ibáñez, Chile Chico, Cochrane, Guadal, Tortel, Puerto Tranquilo, Murta, Cerro Castillo, Mañihuales, Puyuhuapi, La Junta, Puerto Cisnes, por nombrar algunas. Varias veces pude ser testigo de los amaneceres bordeando el Lago General Carrera, espectáculo de gran belleza que se nos quedaba grabado en nuestras mentes.

Fueron cientos de horas y miles de kilómetros recorriendo los caminos de la Región de Aysén, algunos pavimentados y muchos de ripio o tierra. La conectividad es un problema en esta zona donde muchas familias de chilenos y chilenas esforzados hacen patria de manera aislada. Fui testigo de aquello en el Chile profundo, donde -como dije- uno de los problemas más graves de esta zona austral es la falta de una red caminera de calidad, fundamental para su desarrollo y para paliar en parte la incomunicación en que se vive. Este desafío de infraestructura vial es social y económicamente algo esencial que se debe abordar con fuerza para un mejor futuro de estos compatriotas.

No puedo negarlo, esta campaña significó para mí un esfuerzo inmenso y sacrificado en todo sentido, sobre todo a mis

85 años, pero gratamente compensado por el cariño que nos regalaba la gente en cada lugar. Sentí satisfacción por recorrer otra vez en mi vida esta tierra que ofrece en cada rincón la belleza y espectáculo de una naturaleza que compensa en demasía el esfuerzo que uno haga por conocerla. La Patagonia chilena es un territorio inmenso y bello que invita a conectar con la naturaleza de un modo especial, personal y profundo.

Una lista con candidatos débiles

Recuerdo que en el tramo final de la campaña, el comentario que se hacía, incluso por los candidatos de las otras listas, indicaba que era muy posible que yo resultara electo. Por mi parte, no obstante, siempre tuve una mirada realista. Creía que podríamos tener una buena votación, pero no para ser elegido en un sistema binominal y con una lista con candidatos débiles que me acompañaban, ya que no se les veía en el terreno ni en campaña. Nadie tampoco preveía el fenómeno que se dio en la elección con la alta votación que obtuvo el candidato republicano, Fernando San Cristóbal, médico que tenía gran prestigio y labor profesional, que no se había visto haciendo algún tipo campaña ni publicidad. Pero cuando se hizo el escrutinio dio la sorpresa de una importante votación (12,2%), que si bien no le alcanzó para ser elegido, fue una sorpresa electoral no prevista.

El día de la elección, el 7 de mayo, me trasladé a Santiago. Al conocer los resultados, no se había logrado que nuestra lista “Todo por Chile” eligiera un consejero constitucional. Sí lo logró Nora Cuevas por la lista de Renovación Nacional y la UDI; y Julio Ñanco por la lista del Frente Amplio y del Partido Socialista, con el 7,2%, quien, si bien había sacado menos votos que yo (obtuve el 7,9%), su lista había dado en conjunto muchos más votos que la nuestra.

Así, a pesar del esfuerzo y las ganas que pusimos en esta campaña, no logré ser elegido, como me hubiera gustado, para ser parte y contribuir con mi experiencia y los valores de la De-

mocracia Cristiana en el nuevo Consejo Constitucional. Hice lo posible para cumplir con mi promesa de campaña, que no era otra que, como país, necesitamos una Constitución para todas y todos.

Sueños frustrados de la derrota electoral

Hoy en día pienso que para cumplir con este objetivo había que comprometerse a abrir el diálogo democrático y buscar acuerdos entre todos. Hubiera querido estar presente en aquella instancia constitucional para haberme jugado por una Constitución no representativa de un grupo -por numeroso que fuere-, sino que para construir una normativa constitucional que interpretara la sociedad chilena en su conjunto, en todos los ámbitos. Un texto que nos diera estabilidad política, respetuosa de nuestros derechos fundamentales como personas; un sistema político que nos procurase estabilidad y que garantizara la alternancia en el poder; que fuera exigente de los derechos sociales, no excluyente, y que respetase la diversidad de hoy y la del futuro; que tuviera como uno de sus ejes una descentralización real que apoye la capacidad de las regiones para resolver sus problemas de acuerdo a su realidades locales; con un Parlamento con vocación de representación y no fragmentado; con partidos políticos fuertes y responsables; con un Poder Judicial independiente y que respondiera con eficiencia al reclamo de justicia. Una Constitución con organismos autónomos como el Banco Central, las superintendencias de diversos rubros, y con municipalidades autónomas dotadas de presupuesto y facultades para responder a las demandas vecinales, además de un largo etcétera que quedaron como sueños frustrados en aquella derrota electoral.

Tenía confianza que aquella tarea era posible, sobre todo después de conocer el informe de la Comisión de Expertos designados por todos los partidos representados en el Congreso, en el cual también estaba plasmada la visión de la Democracia Cristiana en la persona de la camarada y abogada Alejandra Krauss. Este informe, que serviría de base a los nuevos conse-

jeros para cumplir su cometido, fue aprobado por unanimidad, lo que significaba un esfuerzo de representar la diversidad de los pensamientos de las diversas expresiones ideológicas de los partidos políticos. Pero, los consejeros constitucionales, en vez de abocarse a perfeccionar ese acuerdo transversal, procedieron igual que en la primera Convención: buscaron el camino de la imposición de unos en contra de otros, y terminaron -al igual que en el primer intento- con una derrota aplastante de su propuesta por parte de un electorado que no quería más confrontaciones y peleas. En el Plebiscito de salida del 17 de diciembre de 2023, la gente no aprobó el texto propuesto por abrumadora mayoría del 55,76% en una elección de carácter obligatorio.

Así, Chile sufrió una nueva frustración por culpa de una clase política sin visión, que no supo responder a las demandas de la ciudadanía. En cambio, la mayoría republicana y de Chile Vamos del Consejo Constitucional prefirió quedarse con la Constitución del año 80, y que el Poder Constituyente volviera al Parlamento, a quien le corresponde ejercerlo. A mi modo de ver, se dio la paradoja de que quienes eran críticos en extremo de la Constitución de la dictadura y de Pinochet, terminaron aceptando que, al parecer, era mejor que la que se estaba proponiendo en este segundo esfuerzo constitucional.

Tras la experiencia de esta campaña que perdí, estoy seguro de que, en mi caso, no podré afirmar, como lo expresó el anti-poeta Nicanor Parra ante la inminencia de su partida, cuando dijo: “Me voy, pero volveré”.

El pueblo chileno y sus instituciones realizaron un histórico esfuerzo, con tres plebiscitos entre 2020 y 2023, por aprobar una nueva Constitución en democracia. Ese empeño fracasó y una nueva Constitución quedó inconclusa. La tarea no puede quedar pendiente, es más necesario que nunca hallar los acuerdos para un nuevo pacto social que nos una para construir un futuro mejor para Chile. Este libro presenta los testimonios de campaña de 10 candidatos al último Consejo Constitucional en 2023, todos con extensas trayectorias, quienes relatan sus vivencias, lecciones y aprendizajes. De su experiencia en las calles, con la gente, en distintas regiones, los 10 transmiten ideas que deberían ayudar a abrir nuevos caminos en el tiempo que viene. El mundo se está transformando vertiginosamente y nuestra sociedad no puede quedar rezagada.

www.ariadnaediciones.cl

